

Resiliencia

Vidas que enseñan

Alejandro Gorenstein



Del Nuevo Extremo

Gorenstein, Alejandro

Resiliencia, vidas que enseñan / Alejandro Gorenstein; coordinado
por Mónica Piacentini; dirigido por Tomás Lambré.- 1ª ed.-
Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2012.

160 p.; 23X15 cm.

ISBN 978-987-609-324-8

1. Superación Personal. I. Piacentini, Mónica, coord. II. Lambré, Tomás,
dir. III. Título
CDD 158.1

© 2012, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.

A. J. Carranza 1852 (C1414 COV) Buenos Aires Argentina

Tel / Fax (54 11) 4773-3228

e-mail: editorial@delnuevoextremo.com

www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas

Corrección: Diana Gamarnik

Diseño de tapa: Sergio Manela

Diseño de interior: Marcela Rossi

Primera edición: junio de 2012

ISBN: 978-987-609-324-8

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Hecho el depósito que parca la ley 11.723

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dedicado a la memoria de Silvina Kohan

Agradezco

A mis padres, Silvia y Fernando, por haber entendido y apreciado mi vocación por el periodismo y por haberme apoyado en este hermoso proyecto.

A Eli por estar siempre conmigo y por elegirme día a día.

A toda mi familia y mis amigos por quererme, valorarme y apuntarme en las buenas, pero principalmente en las malas.

A la licenciada Eliana Vasconcelo y al doctor Roberto Sivak por ayudarme a comprender el mundo de la resiliencia.

Y especialmente a todos los entrevistados, por compartir sus historias de vida que le dieron forma a este libro.

Prólogo

Vidas que enseñan es un conjunto de entrevistas realizadas por el periodista Alejandro Gorenstein a hombres y mujeres de distintas edades, actividades y extracción social quienes, enfrentados a situaciones adversas, las afrontaron con esperanza y creatividad, modificando a veces creencias previas, hallando nuevas perspectivas u objetivos en su vida. Esta actitud se denomina *resiliencia*, del latín *resilio*, y se relaciona con el potencial para afrontar creativamente la adversidad, que está latente en todos nosotros.

He conocido a Alejandro a través de su tarea como comunicador en temas de salud, comprobando su sensibilidad, dedicación y ética en el trabajo, cualidades que ratifica en este libro, al cual me siento honrado de prologar.

Como repiten todos los prologuistas: “la tarea de prologar implica una responsabilidad ética y estética: se trata de escribir de modo ameno, sugiriendo e interesando y a la vez aportando a la relación entre el autor y los lectores, entre los lectores y el texto”. En su “Prólogo de Prólogos”, Borges enfatiza revisar la importancia, la novedad, la unidad y la veracidad. La *importancia* permite destacar la utilidad del texto, pero a la vez la utilidad del prólogo. La *nove-*

dad permite establecer el grado de originalidad del texto. La *unidad* permite el logro de un conjunto con un hilo conductor. La *veracidad* implica “conciencia”, “sinceridad”, un “esfuerzo por la verdad”.

Acepté prologar este libro porque me siento comprometido con la temática y considero que es importante, novedoso, presenta un eje común, es sincero y veraz. Me identifico como persona, con varias de las entrevistas, a partir de mi historia de vida, en la cual me ha tocado afrontar adversidades. Además, quizá como resultado de esas vivencias, me formé como médico psiquiatra y psicoterapeuta. Trabajo hace treinta años en la asistencia privada y pública de personas con situaciones de estrés intenso o situaciones traumáticas como accidentes, asaltos, atentados, muertes de seres queridos en catástrofes, enfermedades severas, violencia de género, urbana o laboral.

¿Qué enseñan estas historias de vida? En primer lugar, que las situaciones potencialmente estresantes o traumáticas pueden ocurrir en cualquier momento y a cualquier edad. Solo dos de cada diez personas afectadas por estas situaciones enferman severamente. El estudio de los factores que permiten al ser humano seguir adelante es relativamente reciente.

Al comienzo, las situaciones adversas como asaltos, catástrofes o muertes súbitas pueden ser vividas como un fuerte impacto, generando estupor, confusión, desesperanza, enojo, y provocando aislamiento u hostilidad. Es posible que al comienzo se viva en un estado de irrealidad: “esto no me puede estar pasando, ¿por qué a mí?”.

El estrés inicial puede acompañarse de ansiedad, insomnio, temor, o un estado de parálisis que puede durar días o semanas. Las reacciones de lucha, huida o bloqueo son clásicas frente al estrés. La lucha puede llevar a una actitud realista, en el caso del afrontamiento adecuado, buscando ayuda, consejo y compañía. Pero también puede haber una fuga hacia delante, poniendo en riesgo la propia vida, al intentar socorrer a otros. La huida puede llevar de modo realista, a protegerse y esperar

otro momento más favorable: el hecho de refugiarse en una guerra o una inundación para sobrevivir. En otros casos, huir implica negar el problema: no realizar estudios o tratamientos médicos frente a una enfermedad, buscar soluciones mágicas o caer en la victimización.

En las entrevistas que este libro nos ofrece, podemos observar que, luego del shock inicial, hay una búsqueda interior que lleva a cuestionarse por qué, para qué y cómo seguir viviendo. Progresivamente, esto permite adoptar una actitud realista y esperanzada. En todo momento hay una constante: la familia, los valores morales, espirituales o religiosos, que a la vez dan confianza, empujan a encontrar sentido y aprender frente a la adversidad. Aquí, podríamos agregar el término más moderno de *crecimiento postraumático*, que implica tomar al trauma como momento de oportunidad de cambio, de transformación.

Miremos algunas historias. Juan se apoya en su religiosidad y es apoyado por su equipo de fútbol y la hinchada. David encuentra una oportunidad en la enseñanza a los más jóvenes. Brenda logró ser madre, al confiar en volver a embarazarse, a pesar de sus pérdidas: Chloe le da nuevo sentido a su vida. Muchas mujeres damnificadas por violencia de género, como Olga, hallan, con la ayuda de grupos y terapeutas, el espacio para ubicar su situación en una dimensión más realista, al luchar por su derecho a la justicia.

Los protagonistas nos cuentan que debieron superar dificultades como la culpa por haber sobrevivido, la soledad, la incompreensión. Muchos relatan que crecieron a partir de desafiarse a sí mismos y desafiar los límites, la incertidumbre. Los ayudó dedicarse a la docencia, el deporte, el arte, la actividad comunitaria, el identificarse con otros pacientes, padres, sobrevivientes.

Las historias que van a conocer gracias a Alejandro, van a conmovérselos, angustiárselos, sorprenderlos, emocionárselos, hacerlos sonreír; les evocarán duelos, imágenes de situaciones tristes o reconfortantes. Los protagonistas crecieron, desde el trauma de la enfermedad,

la violencia y la injusticia, a partir del apoyo de amigos, vecinos, familiares y la identificación con valores, modelos sociales, históricos, religiosos o políticos. Los invito a aprender de estas historias de vida, para seguir creciendo, afrontando creativamente las adversidades.

ROBERTO SIVAK*

* Médico psicoanalista. Psiquiatra. Docente del Departamento de Salud Mental de la Facultad de Medicina, UBA. Profesor titular de Clínica Psiquiátrica de la Universidad Maimónides. Presidente del Capítulo “Estrés y Trauma”, de la Asociación Argentina de Salud Mental. Miembro de la Sección “Intervención en Desastres”, de la Asociación Mundial de Psiquiatría.

Introducción: el poder de la Resiliencia

Todas las historias de vida que se presentan en este libro tienen como protagonistas a hombres y mujeres de diversas edades que en algún momento de su vida atravesaron una experiencia resiliente.

Pero ¿qué es la resiliencia? El término resiliencia proviene del latín *resilio* que significa rebotar, volver atrás. En física, es la capacidad de ciertos materiales de recobrar su estado original luego de soportar la presión que los llevó a deformarse.

En el ámbito de la educación, se refiere a la capacidad que tienen los niños para rehabilitarse, resocializarse y tener logros a partir de su potencial como seres humanos, luego de padecer situaciones sociales conflictivas, como pasar muchos años en la pobreza, perder a sus padres, ser víctimas de tragedias, etcétera.

Más tarde, este concepto fue aplicado en las ciencias sociales, siendo uno de los pioneros el psiquiatra francés Michael Rutter, quien la define como “un conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilita una vida sana en un medio hostil”.

Llevado a la salud mental de las personas, que es el área que se aborda en cada una de las entrevistas que componen este libro, la resiliencia es la capacidad de cualquier ser humano de enfrentar

situaciones que hayan puesto en riesgo su integridad psicofísica, por haber perdido a seres queridos, haber enfrentado una dura enfermedad, haber estado privado de su libertad, haber sido sometido a agresiones físicas y sexuales, entre otros traumas.

Podría decirse entonces, que la resiliencia es un mecanismo de respuesta mediante el cual una persona, frente a situaciones adversas, no solo logra transformarlas de manera creativa, sino que sale fortalecida y transformada.

La resiliencia se construye en el tiempo, no surge de un día para otro. Es un proceso subjetivo en el cual la persona no posee previamente esa capacidad para atravesar las adversidades de la vida, sino que esas mismas circunstancias negativas son las que producen las condiciones que aumentan sus posibilidades prácticas de actuar sobre la realidad en la cual vive y transformarla o transformarse.

Componentes de la Resiliencia

- **Introspección:** es el arte de mirar hacia el interior, preguntarse a sí mismo y darse una respuesta honesta.
- **Independencia:** saber fijar límites entre uno mismo y el medio con problemas. Es la capacidad de mantener distancia emocional y física sin caer en el aislamiento.
- **Capacidad de relacionarse:** habilidad para establecer lazos íntimos y satisfactorios con otras personas para equilibrar la propia necesidad de afecto con la actitud de brindarse a otros.
- **Iniciativa:** capacidad para hacerse cargo de los problemas y ejercer acciones positivas sobre ellos.
- **Humor:** predisposición del espíritu a la alegría. Encontrar lo cómico en la propia tragedia.
- **Creatividad:** capacidad de crear orden, belleza y finalidad a partir del caos y el desorden.

- **Moralidad:** consecuencia para extender el deseo personal de bienestar a toda la humanidad y capacidad de comprometerse con los valores.
- **Autoestima consistente:** base de los demás pilares y fruto del cuidado afectivo consecuente del niño o adolescente por parte de un adulto significativo.

Esta transformación y cambio positivo que un individuo experimenta como resultado del proceso de lucha que nace a partir de la vivencia de un suceso traumático, por lo general, no suele darse en soledad.

La experiencia grupal para afrontar esos traumas es muy importante. Las investigaciones sostienen que cuanto más homogéneo es el grupo en relación a la pérdida sufrida, más se potencia el efecto transformador. La persona que perdió a un ser querido, que padeció una enfermedad crónica severa o que su integridad física corrió peligro de muerte, se siente a gusto entre pares porque puede compartir sin prejuicios sus sentimientos y sus temores, y esa identificación tiene un efecto transformador y potenciador.

Cuando se percibe la semejanza con el padecimiento del otro se desarrolla una confianza en cada palabra y se genera esperanza en el propio desarrollo.

La terapia también es un factor importante en el trayecto de estas personas hacia la resiliencia. Las sesiones con un especialista propician el corrimiento de ese lugar de víctima hacia un lugar transformador para ocupar en la vida cotidiana. Muchas veces la mirada externa y las palabras de ese otro ayudan a modificar la mirada interna para elevar la autoestima.

La psicoterapia puede ayudar a modificar los circuitos de pensamiento, mostrando que hay otros caminos y otros recursos que el paciente desconoce para salir adelante. Esa mirada activa ese potencial, otorgando seguridad y confianza. No solo tiene que ser

pensada como terapia verbal de búsqueda de significados inconscientes. También puede ser utilizada para motorizar búsquedas de nuevos caminos de creatividad o para alentar a la persona a que se vuelva a conectar con aquello que fue valioso en su momento.

Las características que poseen las personas resilientes son:

- Mayor coeficiente intelectual y mejores habilidades de resolución de problemas.
- Disminución de la ansiedad y la depresión.
- Buenos estilos de enfrentamiento.
- Autoestima alta.
- Sentimientos de esperanza.
- Autonomía e independencia.
- Empatía, conocimiento y manejo adecuado de las relaciones interpersonales.
- Sentido del humor positivo.
- Mejor percepción de la calidad de vida; hay menos enojo.
- Ampliación de la red vincular.
- Mejor actitud de afrontamiento de situaciones de estrés inevitables.
- Desdramatización de los hechos cotidianos.

Las personas resilientes salen fortalecidas, con más confianza y seguridad en sí mismas, transmitiendo bienestar pese al dolor que no se borra nunca. Muchos desean transmitir ese sentimiento y despertar en otros esta capacidad para revertir la situación y a pesar de todo lo vivido, salir adelante.



ISABEL YACONIS

su hija fue asesinada y ayuda a otras
mamás en la ONG Madres del Dolor

Ni morís, ni te volvés loca, estás de pie.

En el living-cocina de su casa de la calle Vilela al 1800 siguen estando las fotos de Lucila en su cumpleaños de 15, posando con una dulce y angelical sonrisa junto con su hermana Analía que hoy tiene 30 años.

Antes de empezar la charla, Isabel Yaconis (60) recoge una carpeta que tiene a su alcance en donde guarda cada una de las entrevistas que dio a los medios tras el asesinato de su hija. Repasa cada uno de los titulares con mucha vehemencia, como si con esa descarga pudiera mitigar el dolor por la pérdida de esa hija que hoy cumpliría 25 años.

Lucila era un canto a la alegría, quería cantar y ser actriz. Tenía gracia, comicidad y era muy fina es sus modales. Tenía un arrastre tre-

mendo con los niños y con los ancianos. Era, según sus compañeros, la líder de la división y la que ponía los paños fríos cuando había algún enfrentamiento.

Las palabras emanan de la boca pero fundamentalmente del corazón de la mamá de Lucila, la joven que fue asesinada el 21 de abril de 2003 en un intento de violación, en un paso a nivel del barrio de Núñez, a solo 50 metros de su casa. Tras nueve largos años de sufrimiento, sus padres aún no tuvieron el consuelo de hallar al asesino que les permita que su hija descanse en paz.

Aquel día fatídico

En la época que mataron a Lucila, Isabel tenía dos trabajos. Por la mañana se desempeñaba como empleada en una mueblería en la avenida Cabildo y por la tarde colaboraba en un estudio contable.

Esa fatídica tarde, Lucila salió del colegio y se dirigió a lo de su abuela en donde se encontró con su madre. Por esas cosas del destino, Isabel tenía que ir hasta Villa Crespo para visitar a un cliente y le pidió a su hija que no la esperara para regresar, porque ella volvería de noche. Le dijo que no fuera sola a la casa, ubicada a unas ocho cuadras de la de su abuela.

A las ocho de la noche me llamó mi marido diciéndome que volviera pronto. Pedí hablar con mi otra hija y me dijo que habían traído la mochila de Lucila y que no sabían nada de ella, recuerda sin olvidar un solo detalle.

Isabel cuenta que era imposible que Lucía se fuera sin avisar y menos que dejara la mochila tirada. Al regresar a su casa, en lo que para ella fue el viaje más largo de su vida (de Villa Crespo a Núñez) se enteró de la peor de las noticias.

Cuando llegó, observó a casi un centenar de personas en la puerta de su casa y pensó que algo muy grave había pasado. En la co-

cina de su casa, una psicóloga poco amable y menos acogedora le dijo: "Pregúnteme lo que quiera". *Yo fui muy directa: ¿Lucila está muerta? Ella me lo confirmó. Hasta el día de hoy no lloré y no grité. Necesitaba ponerme adentro de una coraza, y me fui a dormir; algo me dieron.*

Al día siguiente, Isabel no quería que le contaran nada sobre cómo había muerto Lucila. No vio televisión porque no podía aguantar enterarse del sufrimiento por el que había pasado su hija. A los pocos días se informó por la fiscalía que no llegó a ser violada, pero que como se resistió, el atacante la golpeó y la asfixió tapándole la boca y la nariz.

Al principio sintió culpa por no haber vuelto con su hija como casi todas las tardes, pero con el correr de los días fue transformando ese dolor en acción. Se quedó solo con su trabajo en la mueblería y pasaba la mayor parte del tiempo entre la fiscalía, la policía y las entrevistas con los distintos medios.

Empecé a tener contacto con los vecinos, con la prensa. Me llamaban a las seis de la mañana de las radios, le puse todo el cuerpo a eso porque la memoria de Lucila siempre va a estar presente a través de lo que yo haga.

Isabel cuenta que los detectives investigaron la vida de su hija, luego el entorno, la familia y después el barrio. Sin embargo, después de nueve años, el crimen continúa impune.

Parece que este asesino cometió casi un crimen perfecto, aún existiendo el ADN del homicida (por corrimiento de semen en la ropa de Lucila). Empezaron a ver todos los delincuentes sexuales que habían quedado libres en ese momento, a cruzar datos, pero no se encontró nada. Es como buscar una aguja en un pajar, se queja Isabel, quien reclama insistentemente la creación del banco de datos genéticos para empezar a "cercar" a los violadores.

Su labor en Madres del dolor

Uno de los momentos más emotivos para Isabel fue cuando, a los pocos días de la muerte de su hija, golpeó las puertas de su casa Juan Carr, titular de Red Solidaria, quien la contactó con algunas otras madres y al poco tiempo formaron Madres del dolor, una ONG entre cuyos objetivos figura brindar servicios de asistencia y contención integral a víctimas y familiares de hechos de violencia.

Fue así como al poco tiempo que asesinaron a Lucila, Isabel comenzó a ponerse en contacto con otras mamás que perdieron a sus hijos. Vivian Perrone (mamá de Kevin Sedano), Emilce Peralta (mamá de Diego Peralta), Marta Canillas (mamá de Juan Manuel Canillas) y Elsa Schenone (mamá de Marcos Schenone) fueron algunas de las primeras en hacer oír su voz en reclamo de justicia por la memoria de sus hijos.

Más adelante se fueron agregando otras mamás y los periodistas, cada vez que nos veían en las marchas, decían 'ahí vienen las madres del dolor'. Cuando decidimos hacer la ONG dijimos que el nombre no había que cambiarlo, explica.

Isabel cuenta que la ONG se pone a disposición de los familiares de víctimas de accidentes de tránsito, violaciones, secuestros o asesinatos para brindarles contención y asesoramiento jurídico.

Con Madres del dolor hemos entrado al mundo. Tomamos contacto con ONGs de Colombia, España y EE.UU., cuenta orgullosa Isabel, que resalta los varios proyectos que presentaron en relación a la seguridad vial, a la reforma del artículo 84 del Código Penal y a la creación de bancos de datos genéricos en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, entre otros.

Aunque esperó en vano muchos años por justicia, una de las cosas que la emocionaron luego del asesinato de su hija fue la creación de una plazoleta en 2004, en la calle Comodoro Rivadavia (a metros de

su casa) en la que los vecinos colocaron una placa en honor a Lucila. “Lucila nos recuerda que los jóvenes deben ser cuidados y protegidos para vivir seguros, para vivir libres, para vivir”, es la frase esperanzadora que la emociona cada vez que se acerca a la plazoleta.

Me encantó, no le agregué nada. Ahora estoy en contacto con la Legislatura para que el año que viene oficialmente la plazoleta se llame Lucila Yaconis. Son pequeños mimos y es honrar su memoria todos los días.

Es el día de hoy que Isabel no bajó del placard de la pieza de Lucila el álbum de fotos de la infancia de su hija. *Es como que me involucré con la muerte para acá. Me duele todo, especialmente cuando sus amigos suben fotos de chiquitos y la veo de chiquita a ella, dice con voz entrecortada.*

A nueve años de la muerte de su hija, Isabel ya no se ilusiona con encontrar al asesino porque considera que en el país no hay gente capacitada para investigar este tipo de delitos. Además, solo quedan tres años por delante antes de que la causa prescriba. Sin embargo, se permite unos segundos para pensar cómo sería hoy Lucila, a sus 25 años. *Me la imagino con un empleo, quizás de novia, todavía soltera, con ganas de formar una familia, viviendo con nosotros, aventura.*

¿Cómo se sigue adelante después de semejante dolor?

Seguís viva. Desgraciadamente sería muy fácil morir porque ahí se termina el sufrimiento. Pero ni morís, ni te volvés loca, estás de pie. Le agradezco a Dios haberme brindado el razonamiento. La mejor forma de cuidar a mi marido y a Analía es estando yo de pie, responde.

Y antes de guardar la carpeta que marca el antes y el después de su vida, Isabel tiene unas palabras de aliento para aquellos padres que, al igual que ella, no pudieron ver crecer a sus hijos.

No hay que encerrarse, ni aislarse. Hay que salir a pedir ayuda. Hay mucha gente generosa en este país. Si querés que a tu hijo se lo recuerde, la única forma de honrar la memoria es con la acción.

CONCLUSIONES:

Isabel pudo salir adelante gracias a:

- El ímpetu que sostuvo para mantener viva y honrar la memoria de su hija.
- Compartir su experiencia con las otras “Madres del dolor” le sirvió como contención para apaciguar esa angustia.
- La ayuda que recibió de su esposo y de su otra hija y de personas desinteresadas que están a su lado desde hace nueve años.



DAVID GALANTE

sobreviviente del holocausto,
formó una familia en la Argentina

Al principio sentía culpa por haber sobrevivido.

Al ingresar al departamento de David Galante (87), sobreviviente del Holocausto, inmediatamente uno se topa con una mesa redonda que oficia de vitrina donde se exhiben como trofeos todos los reconocimientos y obsequios que recibió en cada sitio de la Argentina y del mundo al momento de compartir su historia de vida.

Una foto con los reyes de España que le regalaron la Constitución de aquel país, diplomaturas en relaciones internacionales, plaquetas con su nombre, pequeños y grandes relojes, son algunas de las distinciones que viene recibiendo David desde el año 1995, cuando después de pasar 50 años en silencio, pudo contar por primera vez las atrocidades que vivió durante la Shoá.

De Rodas a Auschwitz

Para el año 1943, David tenía 18 años y vivía junto a sus padres y sus cuatro hermanos en la isla de Rodas, Grecia, donde la comunidad judía sefardí alcanzaba aproximadamente unas 1800 personas, la gran mayoría descendientes de quienes habían sido expulsados de España durante la Inquisición.

Si bien existía algún que otro problema racial, los judíos vivían en Rodas “como reyes, en un paraíso” como él mismo lo describe. Sin embargo, cuando a mediados de 1944 el ejército alemán ocupó la isla, los obligó a recluirse en un edificio, despojándolos de sus documentos, dinero y joyas.

A los pocos días, a David y a su familia los embarcaron hacia Atenas y desde allí fueron trasladados en trenes de carga directamente hacia el campo de exterminio de Auschwitz, en Polonia.

Íbamos 80 personas por vagón, todos hacinados en un viaje que duró 12 días. No teníamos comida ni agua y cada tres días paraba el tren y teníamos que arrojar al vacío a quienes se iban muriendo, relata David a la distancia.

Una vez que llegaron a Auschwitz comenzó la verdadera pesadilla para David y para cada uno de los prisioneros que descendía de ese tren y de todos los trenes que llegaban a los campos de exterminio con el propósito de cumplir con la Solución Final, el plan de Adolf Eichman para aniquilar a todos los judíos de Europa.

Nos hicieron descender a los palazos e inmediatamente nos colocaron en dos filas: una de mujeres y otra de hombres. Mientras tanto, los oficiales alemanes decidían mediante señas quienes iban directamente a la cámara de gas y quienes eran enviados a trabajar.

Con un nudo en la garganta, cuenta que ese día fue el último que vio a sus padres y a sus hermanas. Y desde ese momento en lo único que pensó fue en salir con vida de ese infierno llamado Auschwitz. Y

sabía que cuanta más fuerza tuviera para poder trabajar, más tiempo podría permanecer con la ilusión de seguir viviendo.

Uno tenía que buscarse siempre el trabajo menos duro, menos fuerte, tratar de pasar los días sin desgastarse porque cuando ya no dabas más te liquidaban. Pasábamos mucha hambre, mucha gente moría de tifus. Solo nos daban una rebanada de pan y un tazón de caldo por día.

Al borde de la muerte

En su primer trabajo en una de las barracas, a David le llamó mucho la atención que había chicos de entre 8 y 10 años. Con el tiempo se enteró que estaba en el lugar donde Iosef Mengele experimentaba con los órganos que les quitaban a los niños una vez que los asesinaban.

Durante el tiempo que estuvo en Auschwitz, muchas veces su vida corrió serios peligros. Una noche regresaba de una de las barracas donde estaba trabajando y los nazis, como siempre, los contaban y él recién se estaba incorporando a la fila. El oficial le empezó a dar golpes en la cara, le rompió dos dientes y cayó desmayado en la nieve y se salvó de morir congelado por un muchacho francés que lo levantó y lo ayudó a recomponerse.

Una vez íbamos llevando unos tablones por la nieve con otro compañero que se resbaló y se fue al suelo. En ese momento el oficial agarró un revolver y le pegó un tiro. Yo pensé que me iba a disparar a mí también pero me salvé de milagro porque finalmente él llamó a otro prisionero para reemplazar al joven que había asesinado, nos cuenta.

Uno de los peores momentos para David fue cuando estaba en el baño y no podía abrocharse los pantalones por el frío que hacía. Entonces se acercó a un fuego que estaban armando los nazis para calentarse las manos. Uno de ellos le pegó una patada, cayó dentro del fuego y que se quemó ambos pies. Las heridas empeoraron, tuvo

mucha fiebre y ya no podía trabajar por lo que decidió ir a la enfermería “que era la antesala de la muerte”.

Sin embargo, la suerte otra vez lo estaba acompañando. Una orden de Berlín de enero de 1945 obligaba a los alemanes a destruir las cámaras de gas y los crematorios para no dejar evidencia porque los rusos estaban muy cerca de la liberación de los campos.

Volver a vivir

Después de unos días, el ejército soviético llegó a liberar Auschwitz.

Cuando se acercaron y vieron la cantidad de muertos que habían quedado desparramados por la nieve, los mismos rusos se descomponían, no podían aguantar ver ese espectáculo, rememora.

Una vez que fue liberado, David fue llevado a un hospital porque pesaba tan solo 38 kilos, “era piel y hueso”. Después de pasar dos meses internado y cuando aumentó 20 kilos fue enrolado en el ejército ruso, pero luego logró escapar en Breslau una vez que finalizó la guerra.

Regresó a Rodas y no encontró a nadie de su familia y sus amigos. En esos días mezclados de felicidad y tristeza, se enteró por la radio del Vaticano (donde daban a conocer los nombres de los sobrevivientes) que su hermano Moshé estaba vivo y que se encontraba en Roma. Tras un interminable y emotivo abrazo, se enteró de que sus tres hermanas habían fallecido en el mismo campo donde ellos habían sobrevivido.

Como David y Moshé tenían otro hermano mayor que vivía en la Argentina desde antes del inicio de la guerra, pudieron venir clandestinamente en un barco que salió del puerto de Bari (Italia).

Desde el momento en que llegué a la Argentina di una vuelta de hoja, no quise saber más nada de lo que me había pasado. Quería rehacer mi vida, cuenta David, que al principio trabajó en un negocio mayorista

de tejidos y luego se desempeñó durante 50 años en una fábrica de bicicletas.

Fue en el casamiento de un amigo en común donde conoció a Raquel con quien se casó hace 55 años y con quien tuvo dos hijos: Sandra y Ezequiel, quien también le regaló dos nietos que viven en Israel: Daniel y Yamit. Todos ellos, asegura, son los responsables de que él haya podido salir adelante y disfrutar de los afectos y de la vida.

Después de haber pasado 50 años sin contar ni una sola palabra de sus vivencias en Auschwitz y cuando vio la película *La lista de Schindler* (dirigida por Steven Spielberg), comenzó a pensar en la posibilidad de contar todo el horror que vivió y así transmitirlo a los más jóvenes, para que hechos aberrantes como la Shoá no vuelvan a suceder nunca más.

Fuimos a la Fundación Memoria del Holocausto con otros sobrevivientes. Nos juntamos, empezamos a conversar y vimos que no nos hacía tanto daño recordar; contás y vas sacando todo el veneno que tenés adentro, porque en un principio nos sentíamos culpables por haber sobrevivido.

Desde 1995 David recorre universidades, colegios, iglesias, legislaturas y comisarías de la Argentina y del mundo contando su experiencia de vida ante miles de espectadores que lo escuchan atentamente y que no paran de llenarlo de preguntas, las que él responde con mucho gusto.

Una tarde de 2007 recibió la propuesta de su ahijado, Martín Hazán, para volcar en un libro su historia de vida desde su niñez en Rodas, pasando por el horror de Auschwitz hasta llegar a su vida en la Argentina. El libro se publicó en 2009 y David agrega que la recepción del público fue muy buena.

¿Por qué se llama *Un día más de vida*?

Cuando nos tocaba ir con el carro a vaciar las letrinas en el campo de las mujeres, pasábamos por la cocina y ellas nos tiraban un pedazo de pan o una papa y eso significaba un día más de vida, responde.

Él está feliz por poder narrar su historia una y otra vez y las veces que sean necesarias para que el mundo entero conozca cómo fueron aquellos tristes días que vivió la humanidad.

CONCLUSIONES:

David pudo salir adelante gracias a:

- El incondicional apoyo de su esposa, hijos y nietos que lo ayudaron a rehacer su vida en la Argentina.
- Al encuentro con otros sobrevivientes con quienes pudo compartir el horror que vivió durante el Holocausto.
- Su predisposición por contar su historia una y otra vez para que estos hechos aberrantes no vuelvan a repetirse.



BRENDA LEITEFUTER

perdió tres embarazos y finalmente logró ser mamá

Chloe hizo que todo el sacrificio valiera la pena.

Con un pantaloncito rojo, una remerita blanca cuyas flores hacen juego con una hebilla que sostiene su pelo rubio y unos simpatísimos zapatitos rosas que dicen su nombre, Chloe disfruta de la compañía de su tía Karen en el sillón del living de su casa en La Parnal. Su mirada parece hipnotizada frente al televisor. Los dibujitos del canal israelí Baby Tv son sus preferidos, aunque la señal local Paka Paka también llama su atención.

Brenda Leitefuter (30) está feliz. Mientras insiste en ofrecer café o gaseosa, bombones y unas galletitas de agua, sube rápidamente por las escaleras para buscar el oso preferido de su hija que no puede estar ausente en la sesión de fotos. Madre e hija sonríen felices. Y no es para menos. Chloe llegó al mundo hace siete meses para iluminar

el corazón de su madre que la esperó cuatro años, luego de perder tres embarazos.

Desde chiquita siempre supo que en algún momento quería formar una familia, más aún cuando a los 17 años conoció a Damián, el amor de su vida. En 2006 se casaron y al año siguiente quedó embarazada. Brenda cuenta que su embarazo venía sin ningún problema hasta que una tarde (cuando transcurría la semana 14) se sintió mal y presintió que algo feo estaba pasando. Decidió ir al hospital de urgencia y la ecografía confirmó que el corazón de su bebé había dejado de funcionar.

En ese momento su obstetra trató de consolarla diciéndole que era muy común que esto sucediera durante el primer trimestre.

Llegamos a casa y fue muy duro porque me dieron una pastilla para tomar para poder largar al bebé. Yo sentí cómo salió de mi cuerpo y cómo cayó en el agua del inodoro. Estaba con los ojos cerrados, mi hermana abrazándome y tirando la cadena, recuerda.

Si bien sintió el impacto, en ese momento se mostró positiva y confiada en que en el corto plazo iba a quedar nuevamente embarazada. Mientras trabajaba diseñando unos cinturones de cuero junto a su cuñada, no veía la hora de volver a verse con panza.

Fue así que al año siguiente volvió a quedar embarazada. Sin embargo, su felicidad no fue tan explícita como la primera vez. Tenía mucho miedo de que le volviera a pasar lo mismo.

Esta vez no guardé la primera ecografía en la billetera como hace la mayoría de las mamás, ni me saqué fotos con la panza. Tomé más recaudos y principalmente no me ilusioné tanto como la primera vez. No estaba efusiva y me decía a mí misma que no iba a depender de mí que mi hijo prosperara o no.

Todos sus temores se hicieron realidad cuando en la semana siete empezó con pérdidas, razón por la cual decidió ir inmediatamente a la clínica de la Trinidad donde le realizaron una ecografía transvaginal. Había empezado a perder su segundo embarazo.

Fue durísimo. Me preguntaba por qué otra vez me pasaba esto y los médicos me respondieron lo mismo que la primera vez. Me deprimí mucho, lloraba y estaba mucho tiempo en cama. Pensaba que nunca iba a poder ser mamá, que era mi sueño desde que era chica.

Sin embargo, Brenda contó con el apoyo de toda su familia que no la dejó sola en ningún momento, y esa contención fue muy importante para no que no abandonara su trabajo y principalmente las ganas de ser mamá. Además, se metió en los foros de Internet y dialogó con otras mujeres que habían pasado por su misma situación más de una vez, lo que le permitió comprender que no era a la única que le sucedía.

El tercer intento, el más doloroso

Después de los dos primeros intentos fallidos por ser madre, Brenda cambió de obstetra y a principios de 2009 volvió a quedar embarazada. Su tercer embarazo venía sin complicaciones, hasta que una tarde de mayo le comentó a su médico que sentía fuertes dolores en el abdomen. El profesional le dijo que era normal porque se le estaba estirando el útero y que se quedara tranquila. Sin embargo, a los dos días comenzó a tener contracciones y su médico le aconsejó reposo y le recetó unas pastillas. Por el contrario, las contracciones seguían y eran cada vez más fuertes. Fue en ese momento que se trasladó a la clínica Suizo Argentina donde una enfermera le dijo que si las contracciones no cesaban “no se iba a poder hacer nada”.

Brenda recuerda que se puso a rezar para que acabaran las contracciones, pero a la madrugada sintió que ya no podía más y rompió bolsa. La enfermera le dijo que tenía que parir. No se podía hacer nada porque tenía desprendimiento de placenta y el bebé se estaba quedando sin alimento ni oxígeno.

Entrar al quirófano fue terrible porque era una situación igual a la que se da cuando un padre y una madre van a dar a luz. Me abrí de piernas, Damián se puso su bata y su gorro, me agarró la mano fuerte y empecé a pujar sabiendo que el bebé iba a nacer muerto. Estaba consciente de todo, los dolores eran impresionantes porque no llegaron ni a darme la anestesia, recuerda con un nudo en la garganta. Gracias a Dios que en dos pujos pude largar a Uma. Sentí un dolor emocional terrible. No quise ni verla y en ese momento se me vino el mundo abajo.

Brenda estaba triste por su tercer embarazo perdido y cuenta que sin quererlo se la agarraba seguido con su marido: *Mi bronca iba hacia Damián porque era la persona con la que convivía, no me la iba a agarrar con mis padres. Él llegaba tarde de trabajar, me veía angustiada y en la cama. Pero todo esto igual te une como pareja y realmente él es muy contenedor.*

Nunca bajó los brazos

Brenda resalta que pese a los tres intentos fallidos por ser mamá, nunca perdió las esperanzas de poder cumplir con su anhelo. Decidió volver a cambiar de obstetra, quien le recomendó una hematóloga para que se hiciera estudios complementarios y ver si existía algún problema en la sangre que le impidiera la formación de bebés.

Fue la doctora Adriana Sarto, especialista en hematología de la reproducción, quien le diagnosticó trombofilia, que es la propensión a desarrollar coágulos sanguíneos y que puede causar abortos recurrentes.

Una vez que Brenda se enteró del motivo por el cual perdía sus embarazos, se convenció de que el cuarto intento sería el definitivo. Por eso, una vez que quedó embarazada comenzó a hacer un tratamiento que la ayudaba a licuar la sangre de su cuerpo, por lo que tuvo que darse dos veces por día inyecciones en la panza durante los nueve meses de embarazo.

Fui a la farmacia y compré las inyecciones que por suerte OSDE me cubrió, porque son muy caras. En cada caja había 10 y costaban \$800. Chloe costó \$40.000, dice con una sonrisa de oreja a oreja mientras su hijita se duerme tomando la teta.

Reconoce que en ese momento comenzó un camino complicado. No quiso sacarse fotos, hizo reposo absoluto, no trabajó ni un solo día de su embarazo, pero estaba convencida que esta vez sí iba a poder ser madre.

El embarazo fue excelente, no tuve ningún problema, pero recién pude disfrutarlo en el octavo mes y ahí le dije a un amigo de mi marido que es fotógrafo que me hiciera un book de fotos de la panza.

Brenda no quiso saber el sexo de su bebé. Para la mañana del sábado 9 de octubre de 2010 tenía fecha para una cesárea programada. *La noche anterior fui a comer con mi hermana y mi cuñada. El bebé pateaba más que nunca, sabía que esta vez no se me escapaba.*

En medio del parto, le gritaba a su médico preguntándole cuál era el sexo del bebé. Cuando le dijo que era una nena, supo que la llamaría Chloe. Producto de la anestesia y la falta de aire, recién tomó conciencia de que había nacido su hija en la habitación cuando la vio prendida a su teta.

La verdad que tanto sacrificio valió la pena. Tengo la felicidad a flor de piel. Chloe es sumamente sana, es pura teta y yo estoy las 24 horas del día con ella. No la dejo ni a sol ni sombra. No hay nada que me importe más que mi hija. No me importa no dormir con tal de verla bien a ella con esa sonrisa, dice mirándola a los ojos.

Su mamá dice que a Chloe le gusta mucho el puré de papa, de batata, de zanahoria, la vitina y la polenta, aunque explica que día a día prueba otras comidas para que su hija tenga una alimentación sana y variada.

Mientras Chloe ya se aburrió de la teta de su madre y está más despierta que nunca, queriendo tocar el aparato que graba la en-

trevista, Brenda dice que Chloe “es la perdición de sus abuelos” y que anhela darle uno o dos hermanitos “más allá de todo el esfuerzo que eso implica”.

Chloe es la luz de mis ojos, está ella y el resto. Es especial porque la esperé cuatro años. Esto me reconforta y me hace sentir más sana y más viva que nunca.

CONCLUSIONES:

Brenda pudo salir adelante gracias a:

- Su profunda convicción por ser madre que hizo que nunca bajara los brazos, a pesar de haber perdido tres embarazos.
- El apoyo y la contención de su marido, de sus padres, de su hermana y de sus suegros que lucharon para sacarla del pozo depresivo que implicó cada pérdida.
- Compartir su experiencia con otras mujeres que pasaron por su misma experiencia, lo que le permitió darse cuenta de que no era la única que había pasado por esos tristes momentos.



CLAUDIA ALBORNOZ

padeció las inundaciones en Santa Fe en 2003
y logró reconstruir su casa y ayudar a los vecinos

*Siempre fui muy optimista y pensaba
que iba a salir adelante.*

Claudia Albornoz (46) regresa a su casa en barrio Chalet, en el sudoeste de la ciudad de Santa Fe, ubicada a solo dos cuadras del club Colón. En esa zona, la mayoría de las calles son de tierra, a excepción de alguna que cuenta con asfalto de penetración. La suya es un chalet californiano con techo de tejas a dos aguas y en la entrada sobresalen unas rejas azules. Tiene tres dormitorios, un gran living comedor, una cocina larga y un patio donde hay un limonero, un naranjo y un asador muy grande. Es una vivienda en la que se encuentra muy a gusto, y cuya reconstrucción le llevó mucho tiempo, sacrificio y dinero, tras soportar las inundaciones que azotaron esa ciudad a finales de abril del 2003.

Claudia cuenta que los días previos al lunes 28 de abril de ese año llovió mucho y el pronóstico anunciaba que el mal tiempo iba a continuar. Ese día comenzó el desborde del río Salado y por la noche las primeras víctimas de la inundación fueron los vecinos del barrio Santa Rosa de Lima.

Como estaba segura que, tarde o temprano, las inundaciones llegarían a su barrio, llamó a una sobrina para que pasara a buscar a su mamá y a su hijo de cinco años para que estuvieran al resguardo en el centro de la ciudad. Enseguida, junto a otros vecinos, comenzó a llenar bolsas de arena y a colocar los terraplenes en las vías del tren para evitar que el agua llegara a Chalet.

Junto a un grupo de mujeres fuimos como a las dos de la mañana a la vecinal y empezamos a subir todos los libros de la biblioteca para salvarlos. También rescatamos algunas computadoras, porque pensábamos que el río iba a llegar hasta un metro o metro y medio a lo sumo, recuerda.

Ni bien regresó a su casa, colocó sábanas y algo de ropa en bolsas y llamó a un amigo para que trajera un camión para sacar más pertenencias de su casa y de la de sus vecinos. A eso de las tres de la tarde del martes 28 de abril el agua invadió todas las casas de la zona.

La gente hacía paredes con ladrillos y cemento, tiraban arena para que el agua no entrara a sus casas. Me acuerdo que un hombre no quería salir de su hogar y que tuvieron que golpearlo para sacarlo. A eso de las 7 de la tarde el agua llegaba a los 4 metros de altura.

En ese momento de caos y desesperación, recuerda, muchos de sus vecinos se trasladaron hacia algunas escuelas que funcionaron como centro de evacuados. Algunos fueron rescatados en lancha hacia las zonas menos inundables de la capital. Otros, en cambio, permanecieron refugiados en los techos de sus casas.

En pocos minutos, aproximadamente 40.000 familias (unas 130.000 personas) de Chalet habían perdido sus casas, no tenían luz y como si eso fuera poco, la lluvia aún era incesante. Se vivía en un

completo caos, como si la ciudad hubiera sido devastada como consecuencia de una guerra.

Claudia nos cuenta que el agua permaneció durante unos 15 días adentro de la casa y que todos los días se trasladaba en lancha para ver qué cosas podía rescatar, pero luego se desplomó el cielo raso e hizo que todo intento fuera en vano.

Sentía mucha desesperación, desolación e incertidumbre, porque no sabés lo que va a pasar con tu casa. Mi lugar en el mundo estaba destruido, hacíamos todo para defender a los vecinos, para no pensar en donde íbamos a vivir. Cuando el agua comenzó a bajar estaba todo transformado en mugre, basura, desecho. Estaban los placares podridos y tuvimos que tirar todo. No pude recuperar nada.

Empezar la reconstrucción

Como es psicóloga social y además tiene una gran vocación de ayudar a las personas que más lo necesitan, Claudia comenzó a organizar, junto a otros vecinos, el ingreso de los especialistas para vacunar a los más chicos, ya que estaba latente el riesgo de que se produjera una epidemia de leptospirosis. Debían trabajar con guantes y barbijos, mientras se repartían la escasa cantidad de lavandina que les entregaban los funcionarios. También se ocupó de distribuir la comida que traía el ejército.

Hasta el momento de las inundaciones, Claudia se desempeñaba como peluquera y atendía a los clientes en su casa. Como se había quedado sin trabajo, comenzó a cortar el pelo en la plaza 25 de mayo donde instalaron la llamada "Carpa Negra", como medida de protesta ante la inacción del gobierno encabezado por Carlos Reutemann.

Mientras vivía junto a su hijo y a su madre en una casa que alquilaban en otro barrio, Claudia comenzó la reconstrucción de la suya y continuó con el reclamo en la carpa, que duró 197 días.

Durante esos días, armó un centro de salud en la vecinal, y en octubre de 2003 fue nombrada promotora de salud. Allí ayudó a paliar las necesidades de los damnificados. Al poco tiempo comenzó a conducir un programa de radio: Voces de barrio, donde contaba a los oyentes las verdaderas carencias de sus vecinos, las que —según cuenta— fueron omitidas por los grandes medios de su ciudad.

Claudia y su familia estuvieron un año fuera de su casa hasta que creyó que estaban dadas las condiciones para volver. *La vuelta a casa fue dolorosa. El espejo donde me miraba no estaba más, el mate no era el mismo, las cosas ya no tenían nuestro olor. Tuvimos que reconstruir todo nuestro hogar. Habíamos perdido libros, fotos y todo lo que es parte de la identidad de una familia.*

Sin embargo, de a poquito y con mucho esfuerzo, fue rearmando su casa. Lo primero que compró fueron las camas, los colchones y algunos muebles. Para volver a tener la heladera y algunos electrodomésticos tuvo que esperar casi dos años.

En el 2007 los habitantes de los barrios más pobres de Santa Fe Capital fueron sorprendidos por nuevas inundaciones (esta vez por las copiosas lluvias) y Claudia volvió a perder algunos muebles y el placard lo tuvo que rehacer de nuevo. Como prevención, dice que desde ese momento, siempre tiene a mano una valija para “salir corriendo” y recoger lo justo y necesario para pasar en otro sitio esos momentos de angustia.

Ahora los vecinos estamos muy alertas del río, vemos cómo va subiendo el Salado, estamos atentos a si están hechas las defensas. Sabemos cuáles son las obras, qué es lo que se adeuda. Faltan obras de desagüe en el noroeste y sudoeste, denuncia. Y dice que con todos estos reclamos, cobró visibilidad social y que la gente la reconoce y le pregunta por la calle cómo va el curso de los pedidos que les realizaron a las autoridades.

Desde hace unos meses le extendieron el contrato como empleada pública y trabaja como agente comunitaria, a solo dos cuerdas de su casa. Además, todos los lunes a las 23 horas, conduce un

programa de género en la radio LT10... Y en algunas ocasiones les corta el pelo a sus clientes más fieles que la visitan en su domicilio.

Pero principalmente disfruta de Joaquín, su hijo que actualmente tiene 14 años. *Él participó de la lucha. Dormíamos juntos todos los viernes en la plaza. Tenemos una relación increíble, de mucha confianza, es una belleza de chico*, dice Claudia que además comparte su vivienda con su madre, de 85 años.

Si de pasiones se trata, confiesa que es fanática de Colón de Santa Fe y que va a ver todos los partidos que juega de local, junto con su hijo, con quien comparte la idolatría por el bichi Fuertes. Además, cuenta que le encanta recibir todos los domingos a sus familiares, a quienes agasaja con un asado que ella misma prepara.

A nueve años de la tragedia que le tocó afrontar, Claudia sueña con un lugar que no se inunde y aunque está convencida de que no quiere mudarse de su casa en Chalet, afirma que le gustaría tener una vivienda de fin de semana en el barrio Sauce Viejo, cerca del aeropuerto, para poder ir los fines de semana junto con su hijo.

Siempre fui muy optimista y pensaba que iba a salir adelante, concluye.

CONCLUSIONES:

Claudia pudo salir adelante gracias a:

- Su inquebrantable lucha, que le permitió estar fuerte para reconstruir su casa y ayudar a sus vecinos.
- Ser siempre optimista y nunca dejar de pensar que en poco tiempo volvería a vivir en su casa.
- La ayuda que recibió de sus familiares, que fue fundamental para mantenerse en pie y contener a su madre y a su hijo.



ROBERTO PICCARDI

ex combatientes de Malvinas, da charlas en colegios
y fundó un museo de ex Veteranos

*Mi familia ha sido el pilar fundamental
de todo esto.*

Roberto Piccardi (49) toma el micrófono y les cuenta su experiencia de haber luchado en Malvinas a un grupo de alumnos que lo visita en el Museo de ex combatientes, en Lomas de Zamora. Más tarde, ante la atenta mirada de los niños y sus maestros, les muestra un video con imágenes y testimonios. A su derecha se exhiben diversas condecoraciones, trofeos y también ropa del ejército de un compañero que peleó a su lado. Minutos después guía a los chicos hasta un cañón verde, símbolo vivo de esa guerra cruel e injusta. Mientras ellos juegan, una persona les toma la tradicional fotografía que en unos días cada uno podrá llevar a su casa como souvenir de la visita.

Roberto hizo el servicio militar en el Regimiento 7 de La Plata y se desempeñó como chofer de camiones y ambulancia. A tan solo siete días de salir de baja, su tropa se había acuartelado porque el ataque a las Islas Malvinas parecía inminente. En ese momento, un superior les dijo que debían prepararse para viajar a combatir.

Tenía 19 años, al principio estaba eufórico, pero también había una cantidad de dudas inmensas. Me acuerdo que el domingo anterior a la partida, tuvimos la oportunidad de despedirnos de nuestros padres en una misa que dio un cura. Te imaginarás la poca atención que le dieron a ese sacerdote. Nuestros viejos querían vernos, tocarnos, estar con nosotros.

Roberto cuenta que el 13 de abril de 1982 partieron rumbo a Malvinas, pero que cuando llegaron no pudieron aterrizar porque había ráfagas de viento en la pista de más de 100 kilómetros, y que recién pudieron hacerlo dos días después.

Desde el momento en que llegaron a Malvinas, él y sus compañeros comenzaron a darse cuenta de que el panorama no era tan alentador como se lo pintaban en el continente, y ni bien tomaron posición, fueron testigos de los impactos de balas, señal de que ya se había combatido y bastante.

Herido en combate

Como los bolsones de equipaje donde cada uno de los soldados llevaba algo de abrigo, eran muy pesados, les habían ordenado dejarlos en el campamento, por lo que los primeros días Roberto sufrió en carne propia las consecuencias de la inclemencia del tiempo: *Los primeros días llovió mucho y nos mojamos un montón. Estábamos con la ropa que llevábamos puesta, en un galpón donde secaban pieles de oveja, y ahí nos apiñábamos entre dos o tres para tratar de darnos calor y secarnos, porque estábamos empapados y congelados. Recibíamos una sola*

comida diaria que al principio era guiso con carne pero con el tiempo ya no nos dieron más carne. Entonces empezamos a matar ovejas y las cocinábamos a escondidas.

Roberto se había desempeñado en el continente como chofer de la Compañía Servicios, pero como en Malvinas no tenía que conducir ningún vehículo, pasó a ser infante y realizó guardias y caminatas. Posteriormente colaboró en tareas de logística en el aeropuerto: su función era descargar las municiones y las armas que llegaban desde el continente. Trabajaba entre ocho y diez horas, luego dormía dos y de vuelta volvía a sus obligaciones laborales. Sin embargo, cuando no quedaron más tareas de logística para desarrollar, lo colocaron en una compañía de infantes casi sin resguardos, a la espera del bombardeo naval y aéreo, y del combate cuerpo a cuerpo.

Estábamos expectantes, éramos la fuerza de reserva por si atacaban los ingleses. Esa noche nadie durmió. Se oían los gritos, las descargas de ametralladoras. De repente, empezamos a recibir a nuestros compañeros heridos y los ingleses nos comenzaron a tirar con todo. Primero hirieron a un par de compañeros y cuando venía la bomba, nos tiramos cuerpo a tierra, una cayó justo al lado mío y me hirió una pierna. Me acuerdo que tenía el calzoncillo largo debajo de la bombacha de campo, y de pronto me encontré con un pedazo de hierro en la pierna, y cuando me lo estaba sacando, cayó una bomba más, que por suerte dio delante de la piedra que nos servía como refugio, relata con lujo de detalle. De ahí me llevaron al puesto de enfermería y cuando me trasladaron al hospital, fui testigo de las peores cosas de la guerra: un gran salón con alambres de lado a lado con los sueros colgados, tipos tirados en el piso, y los médicos operando como podían. Yo tuve que esperar porque lo mío no era de gravedad.

A los pocos minutos, recuerda, lo subieron, junto a los otros heridos leves, a un camión y lo trasladaron en avión, primero a Comodoro Rivadavia (Chubut) y más tarde a Bahía Blanca donde fue atendido en un hospital. Allí se reencontró con sus padres, después

de dos meses de ausencia. *Fue realmente emocionante. Yo no sabía que iban a estar ahí. Nos abrazamos, lloramos, y después almorzamos juntos.*

Volver a empezar

Tras permanecer internado un tiempo en Campo de Mayo, Roberto comenzó a buscar trabajo. Por aquel entonces, cuenta, algunas empresas del estado como Segba, Obras Sanitarias o el Banco Nación tomaban como empleados a los ex combatientes. Pero como estuvo un tiempo internado, no tuvo acceso a esa posibilidad.

Al poco tiempo comenzó a trabajar como chapista, con un tío suyo, y fue recibiendo agasajos de vecinos y de ex profesores del colegio. En uno de esos encuentros conoció a una mujer cuya hija le había enviado una carta cuando él estaba en Malvinas. Como la señora trabajaba como mucama en la casa del interventor del PAMI de esa época, logró que le tomaran una prueba dactilográfica y en octubre de 1982 ingresó en la obra social de jubilados y pensionados. A los pocos meses participó de un Congreso para Veteranos de Guerra y presentó un proyecto para crear en el PAMI un área de atención para todos los sobrevivientes de Malvinas. Nueve meses después recibió el OK a su propuesta y lo trasladaron de la seccional de Lanús a casa central.

Por aquellos años, Roberto fue testigo del suicidio de algunos veteranos y vio como muchos de ellos se encontraban incapacitados para trabajar y sin recibir ningún tipo de ayuda. *Queríamos conseguir prestaciones médicas para los heridos y familiares de los caídos que no tenían obra social. Y por suerte, logramos la sanción de la ley 24310 de reconocimiento de incapacidad. El PAMI recibió a todos los veteranos de guerra, cuenta orgulloso.*

Paralelamente, junto a otros ex combatientes, fundó el Centro de Veteranos de Malvinas de Lomas de Zamora en 1984, en un terreno

que le cedió la municipalidad de ese distrito. Posteriormente comenzó a dar charlas en los colegios con la clara misión de contar lo que había vivido en la guerra.

Notamos que los chicos se interesaban, que nos hacían preguntas. Llevábamos recuerdos y efectos personales, medallas, latas de raciones de comida, tierra de Malvinas, ropa con la que habíamos combatido.

Como el programa fue creciendo, Roberto y sus colegas hablaron con la gente del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires y de esta forma se creó el programa "Malvinas: historia viva en la aulas", otorgándole un marco y un programa oficial a estas charlas orientadas a alumnos de los últimos años del secundario, para el que confeccionaron especialmente un video institucional.

Unos años después, entusiasmado por el éxito de este nuevo programa, a Roberto se le ocurrió armar un museo de Veteranos de guerra en Lomas de Zamora, "atendido por sus propios dueños". *Todo lo que tenemos en el museo tiene un significado. Cada cual eligió qué cosas podía donar: hay condecoraciones, medallas, vestimentas del ejército, botas, esquiras, cartas con mucho afecto que mandaban los viejos, fotos, réplicas de armas, balas desactivadas, cuadros de los caídos, describe.*

Roberto cuenta que los chicos hacen muchas preguntas, se sacan fotos y que él les dice que nunca deben olvidarse de la historia de Malvinas.

A raíz de todos estos logros, visitó en el Vaticano al Papa Juan Pablo II y participó en congresos y conferencias junto a veteranos de guerra de Vietnam, Portugal, Polonia y la ex Unión Soviética, entre otros países.

Todo esto que consiguió Roberto se lo debe al amor y al apoyo que le brindó desde siempre su familia: tanto sus padres, como su mujer Alejandra y sus hijas Luciana e Ivana: *Mi familia ha sido el pilar fundamental de todo esto. Si hay algo a lo que yo estoy agradecido*

del post Malvinas es haber tenido la familia que tuve. Mis dos hijas son muy defensoras de todo esto, e incluso me acompañaron a Bahía Blanca a buscar un cañón gris que exhibimos en el museo.

Actualmente trabaja en PAMI como responsable del área de Veteranos de guerra de la zona sur luchando para conseguir atención médica, odontológica y social a sus colegas y continúa dando charlas en los colegios. Y, obviamente, disfruta de la gran familia que formó.

CONCLUSIONES:

Roberto pudo salir adelante gracias a:

- El apoyo y la contención que tuvo en todo momento de sus padres, esposa e hijas.
- La entereza y la vocación por transmitir a toda la sociedad la verdadera historia de Malvinas.
- La unión y los proyectos en común que tiene con los otros Veteranos de guerra.

MARÍA

tiene HIV desde hace 20 años y asiste a pacientes en la Fundación Huésped

Quiero dejar mi huella.

María conversa por teléfono en su oficina, mientras termina de escribir un trabajo en la computadora que le había quedado pendiente. Es simpática, tiene una sonrisa muy bonita y por sobre todas las cosas se muestra muy comprometida a la hora de contar su historia, para poder ayudar a otras personas que padecen su misma enfermedad.

A los 22 años, María llevaba una vida normal como la de cualquier adolescente. Estudiaba en la universidad (Derecho), salía a bailar con sus amigas y estaba de novia. Pero una mañana de julio de 1992 su vida cambió completamente.

Estaba en pareja desde hacía dos años, comprometida con anillo y convencida de que su primer novio iba a ser el padre de sus hijos y

el amor de su vida. Un día, él comenzó a sentirse mal, con extraños síntomas que lo llevaron a abandonar su trabajo.

A la distancia, María cuenta que el médico que atendió a su novio le preguntó si era adicto intravenoso, y confiesa que esa fue la “primera bomba” que recibió, porque no estaba al tanto de esa conducta. Esa misma tarde le confirmaron que era HIV positivo.

Yo estaba preocupada, pero hasta ahí era un tema de él. Lo acompañaba como la novia. Mi única pregunta a la doctora fue cuánto tiempo de vida le quedaba, me respondió que aproximadamente seis meses y que yo también debía hacerme el chequeo.

La peor noticia

Apoyada por sus padres y sus dos hermanas, se realizó los análisis en un laboratorio privado y como era de esperar también dieron positivo. *Esa noche estábamos comiendo y yo no reaccionaba hasta que de repente exploté. Tiré los cubiertos por el aire, grité por qué me pasa esto a mí, y dije que no iba a poder con la esa situación.*

La semana siguiente se la pasó todo el tiempo en la cama y solo se levantaba para hacer pis. No comía y no quería hablar con nadie. *La idea era: me duermo y me muero. En ese momento el SIDA era algo terrible. Sentía que no tenía la fuerza para soportar eso y no quería que mis viejos me vieran así.*

Sin embargo, una noche hizo el clic cuando su mamá subió a la habitación, se sentó junto a ella y se le escapó una lágrima que le cayó en la cara. *Por esto me voy a levantar y voy a seguir adelante,* se dijo a sí misma esa noche. *Eso no me lo olvido nunca más.*

Desde ese momento contó con la compañía y el amor de su familia, y también se refugió en la contención de una iglesia evangélica, mientras que los médicos del Hospital Fernández consideraban que en ese momento no debía recibir medicación.

La idea era alimentarme bien, cuidarme del frío. Mi viejo me iba a buscar todas las noches a la parada del colectivo cuando volvía de la facultad. Y también estuve muy contenida por mis dos amigas de toda la vida.

Sin embargo, más allá de todas las ganas que puso para luchar día a día contra la enfermedad, a María le costó reinsertarse en la sociedad y hasta los 27 años prácticamente estuvo recluida en su casa sin ir a bailar ni buscar trabajo por miedo a ser discriminada.

Cuando conocía a alguien y existía la posibilidad de seguir esa relación, se me venía el mundo abajo. Yo misma me trataba de boicotear y hacía lo posible para que me dejara, hasta que una vez conocí a un chico que me gustaba, le conté lo que me pasaba y él no me dejó; estuvimos tres años de novio, cuenta. Aunque esa relación finalmente no prosperó porque ella no aceptó su propuesta de casamiento.

Vientos de cambio

Los años fueron pasando y María se animó a retomar viejos anhelos. Si bien no terminó la facultad, se recibió de bachiller en Abogacía y comenzó a trabajar en la misma iglesia con un grupo de adolescentes a los que les enseñaba sobre la importancia del cuerpo de cada uno. Con esos mismos jóvenes comenzó a colaborar en un instituto de chicos huérfanos.

Desde ese momento también tiene la misión de contener a los pacientes que se encuentran en la sala de espera del Hospital Fernández, que inician por primera vez el tratamiento contra el HIV.

Más allá de esta labor social que ejercía, no se sentía del todo bien, porque tenía 28 años, no trabajaba y sus padres debían mantenerla. *Tuve una entrevista en un estudio jurídico, estaba todo bien para entrar y sin ninguna necesidad se me ocurrió blanquear mi enfermedad, y me metieron el verso de la contención, que no querían que me enfermara y finalmente no me tomaron, rememora con bronca.*

Sin embargo, esa frustración no golpeó del todo su ánimo, y en 1998 comenzó a trabajar como voluntaria en la Fundación Huésped (fundación en acción contra el SIDA) hasta que en 2008 dejó de ser voluntaria para trabajar como asistente en el área de legales.

Es mi primer trabajo en blanco desde que tengo HIV. Y lo importante es que desde este lugar puedo educar a mis pares, porque hay mucho desconocimiento, muchos derechos que se avasallan; existe la discriminación y los despidos en forma arbitraria.

Hace tres años María tuvo que ser medicada porque sus defensas comenzaron a bajar y aunque admite que esta situación la bajo-neó al principio, para nada incidió en su estado de ánimo.

Empecé a venir a los grupos de contención porque no quería tomar medicación, porque había sido todo muy fácil sin ella, pero tuve que aceptar que era necesario, recuerda y agradece a su médica y compañera Alicia Sisto que nunca la abandonó en la pelea contra el HIV.

Un nuevo amor y otros sueños

En los cursos que dicta para futuros voluntarios de la Fundación Huésped conoció a Javier, con quien al principio intercambió charlas de amigo, aunque al poco tiempo ambos se dieron cuenta de que querían compartir otros momentos que excedían esa mera amistad.

El tema de las relaciones sexuales fue complicado al principio porque él no estaba acostumbrado a usar preservativo. Hubo muchos temores, fuimos hablando, discutiendo porque había cosas que él no me quería decir para que yo no me sintiera mal. Fue un proceso de a poquito, ver hasta dónde se iba llegando, hasta que nos relajamos. Fuimos descubriendo la forma de pasarla bomba sin tener temores; lo que nos puede ocasionar miedo preferimos no hacerlo, y no quita que tengamos una vida sexual plena.

A la hora de pensar en el futuro y de cumplir objetivos, María y su novio tienen muchas ganas de adoptar un bebé al que, si el destino quiere que sea una nena, llamarán Catalina.

Otra de sus metas es estudiar la Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales para presentar proyectos de incidencia política pública y privada. *Quiero hacer historia por todos, porque no todos tuvieron la suerte de tener una familia que los contenga para salir adelante. Dios no me permitió llegar hasta acá para ser una mera espectadora. Tengo ganas de dejar una huella importante. Lo único que me importa es que si yo dejo de existir siga habiendo algo que yo haya dejado.*

CONCLUSIONES:

María pudo salir adelante gracias a:

- El amor de sus padres y de sus hermanas que no la abandonaron en ningún momento desde que se enteró que padecía HIV.
- Su inquebrantable compromiso por ayudar a las personas que padecen su misma enfermedad.
- La posibilidad de tener un trabajo en el que la contuvieran y le permitieran seguir creciendo.



FLORENCIA MONTOTO SMAYENKA

es hipoacúsica y ayuda a familias cuyos hijos son sordos

*Saber que una familia va a recibir un implante
es una satisfacción enorme.*

Tras subir una larga escalera para acceder a su ph en el barrio de Chacarita, su angelical rostro y sonrisa de oreja a oreja reflejan la calidez de sus palabras. Florencia Montoto Smayenka (31) es rubia, delgada, esbelta, y por su cabello dorado bien podría creerse que se trata de una persona de origen escandinavo.

Después de avisar que a las 15:30 tiene que terminar la charla, porque puntualmente debe pasar a buscar por el Jardín a sus mellizos, Milos y Mateos, muestra con alegría los dos implantes que tiene en cada uno de sus oídos, los que le permitieron escuchar todo tipo de sonidos que anteriormente tenía vedados a causa de su sordera.

Durante sus primeros días de vida, Florencia respondió a los estímulos como lo hacen la mayoría de los bebés. Sin embargo, al año y medio, una tarde su mamá llegó de trabajar y la llamó por su nombre varias veces. Ella estaba de espaldas y no le contestaba. Hasta que se acercó un poquito más y ahí comenzó a reaccionar.

Como ese episodio se volvió a repetir, su mamá decidió llevarla al Hospital de Niños en donde, luego de realizarle los estudios de rutina, le dijeron que padecía una profunda hipoacusia en ambos oídos. Enseguida le colocaron unos audífonos para que pudiera captar, al menos tímidamente, los sonidos.

En aquella época, cuenta Florencia, se pretendía que las personas sordas comenzaran a hablar de alguna manera. Un médico le recomendó a su mamá que la enviara a una escuela especial. Para su sorpresa, en ese establecimiento le dijeron que su hija con un poco de suerte podría llegar a terminar la escuela primaria y que, como mucho, podría aspirar a hacer un curso de carpintería o costurera. Pero le advirtieron que no podía aspirar a otra cosa para su futuro.

Afortunadamente ella se horrorizó y me sacó de ese lugar a los pocos meses. Entonces empecé con la rehabilitación, pude comenzar a hablar y a escuchar básicamente con el método de la lectura labial. No tuve problemas en el rendimiento académico. Aprendí a sentarme adelante, a preguntar cada vez que me perdía y les pedía a los docentes que no me dieran la espalda, recuerda.

Florencia dice que era muy querida por sus compañeros, a quienes les enseñaba a leer los labios para las pruebas y confiesa, en medio de una pícara risa, que en algunas pruebas les traducía las respuestas cuando la profesora se daba vuelta.

Gracias al apoyo permanente de su familia que siempre estuvo al pie del cañón para acompañarla en todo lo que necesitó para salir adelante, Florencia pudo vivir una buena infancia. Y gracias a los audífonos tuvo una conexión con el mundo.

Una gran desilusión

Durante su adolescencia, estudió en la escuela secundaria y practicó natación y taekwondo, entre otros deportes. Cuando cumplió quince años realizó un curso de modelaje en la escuela de Anamá Ferreira, donde también aprendió a maquillarse y a tener “más estilo”. Y al poco tiempo comenzó a trabajar como modelo.

Florencia pasó por varias agencias y cuenta que en algunos trabajos le abrieron las puertas y que en otros se sintió discriminada a causa de su sordera. Y como si no hubieran pasado muchos años, recuerda en detalle una experiencia poco feliz que en su momento la dejó muy triste.

El dueño de una agencia muy conocida organizaba un concurso buscando a la chica del año y yo había sido seleccionada por fotos, pero cuando tuve que pasar por un casting les conté sobre mi enfermedad y esa persona me descartó, pese a que había sido seleccionada por un jurado, se lamenta a la distancia. Fue una experiencia muy fuerte y me pareció muy injusto porque había llegado ahí por mis aptitudes, no por mis limitaciones sensoriales. La mano derecha de esta persona estaba empeñada en que yo participara del concurso y decía que tenía futuro, pero el dueño no quiso saber nada conmigo. Me sentí desvalorizada.

Sin embargo, esa sensación de arbitrariedad e injusticia no derribó ni mucho menos las ilusiones y las expectativas que tenía para seguir adelante y ser alguien en la vida. Fue así que estudió bioquímica en la Universidad de Buenos Aires, y al poco tiempo comenzó a trabajar como docente en la misma casa de estudios. Esta posibilidad le permitió familiarizarse con sus alumnos que estaban muy conformes con sus clases y se “peleaban” para formar parte de su grupo en el laboratorio ya que compartía las clases con una colega.

Esta experiencia me puso muy contenta porque las personas sordas tenemos como una historia social y cultural bastante marginada, en el

sentido de que hay muchos mitos y creencias, y si uno no tiene la chance de conocer a la gente se pierde esa posibilidad. Por suerte, yo rompí un poco los paradigmas.

Después de desempeñarse como profesora, se dio el gusto de formar parte de “Domínico”, el programa de televisión que condujo Nicolás Repetto en canal 13. Su trabajo consistía en leerles los labios a los políticos, actores, deportistas, cantantes y todos los famosos para comprobar que era lo que decían en los audios que la producción emitía al aire. Si bien el segmento no duró mucho tiempo, pudo disfrutar de esa experiencia en los medios.

Una tarde, cuando llevó a sus sobrinos a un club a hacer deportes, su cuñado le presentó a Eloy, un hombre que es hipoacúsico como ella. En esa primera charla, él le confesó que nunca había conocido a alguien con su mismo problema. Mientras la noche le iba ganando espacio al día, ellos siguieron conversando y conociéndose. Luego la invitó a comer, luego a bailar tango, y al poco tiempo se pusieron de novios y empezaron a convivir. Desde ese momento, ambos supieron que la familia se iba a agrandar. *Habíamos planificado tener hijos y sabíamos estadísticamente que el 95% de los bebés que nacen sordos tienen padres oyentes.*

Sin embargo, cuando nacieron sus mellizos, que hoy tienen cinco años, los estudios pertinentes comprobaron que ambos padecían hipoacusia como sus padres. Desde ese momento, Florencia comenzó a pensar en alguna posibilidad para mejorar su calidad de vida y la de sus hijos. Fue así como se operó y recibió dos implantes cocleares (uno en cada oído) que son los que les permiten a las personas hipoacúsicas poder oír e iniciar el proceso del lenguaje. Y no es la única en la casa que los tiene: Mateos tiene dos y Milos y Eloy uno cada uno.

El cambio fue absoluto, ahora me doy cuenta de las limitaciones que tenía antes. Lo que más me llamó la atención fue descubrir que había

sonidos que yo creía que no existían. Cuando preparé el mate por primera vez después del implante, no podía creer el sonido que tenía la yerba. También desconocía la fricción que se produce al pasar un trapo húmedo por la rejilla. Ahora puedo escuchar cuando los chicos me piden algo desde su habitación, cuando estoy en el living o en la cocina, sin necesidad de mirarlos a ellos. Pero lo más importante es el sonido de la respiración de mis hijos y de las caricias, describe emocionada.

Ella cuenta que sus hijos van a un jardín común bilingüe, que tienen una total independencia y que su casa es “un caos” porque a todos les encanta hablar y ser protagonistas, situación que la pone orgullosa y la hace muy feliz.

Trabajar para los demás

Actualmente, Florencia trabaja en proyectos educativos de integración en Trabajar para escuchar, una asociación sin fines de lucro que tiene como principal objetivo orientar a familias con hijos con hipoacusia para que puedan acceder a un diagnóstico eficaz y un equipamiento y tratamiento oportuno.

Dentro de su tarea diaria, junto a Eloy, apadrina a algunos niños con este problema, realiza donaciones de audífonos y también capacita a los profesionales que los atienden.

Además está construyendo una escuela para padres con chicos con hipoacusia, donde día a día les brinda recursos como el asesoramiento para conseguir implantes, y los acompaña en los trámites que deben realizar y en el proceso de cirugía.

Siento mucha satisfacción con todo esto, como cuando mis hijos dan un paso hacia adelante. Saber que una familia está próxima a recibir un implante es una satisfacción enorme.

Y como si todo esto fuera poco, gracias a toda su fuerza y sus ganas de superarse día a día, logró comenzar Fonoaudiología, a pesar de

que esta carrera no admite a personas fuera del rango de audición normal.

Es una experiencia muy rica para mí. Me gustaría trabajar en el acompañamiento a la familia desde el diagnóstico al equipamiento, brindarles recursos a los padres con niños sordos; y quiero hacerlo cada día más profesionalmente.

CONCLUSIONES:

Florencia salió adelante gracias a:

- El apoyo incondicional de su familia.
- Las ganas por superarse día a día y ser alguien en la vida.
- Su vocación de ayudar a la gente que pasó por lo mismo que ella.



CARLOS LIRIO

recibió un trasplante de corazón y compite en mundiales para personas trasplantadas

La vida siempre te da otra oportunidad.

Carlos Lirio (33) junta en la mesa del living de su departamento cada una de las medallas que ganó en los mundiales para personas trasplantadas. Se las va colocando de a una, mientras su mujer le sonrío desde la cocina donde prepara mate. Su hijo duerme en la cuna y casi ni se lo escucha, mientras su padre repasa los momentos más difíciles de su vida que arrancaron en su adolescencia.

A sus 17 años, Carlos hacía una vida normal como cualquier adolescente de su edad en Junín de los Andes (Neuquén): iba al colegio, jugaba al fútbol y salía a bailar con sus amigos. Fanático de los deportes y de la vida al aire libre, en marzo de 1995 se dio el gran gusto de escalar los casi 3800 metros del volcán Lanín.

Sin embargo, una mañana jugando al fútbol en educación física comenzó a sentirse mal. No podía correr y el profesor lo mandó al arco, aunque como el malestar continuó, se agarró a uno de los postes porque no se podía mover.

A los pocos días viajó a Villa La Angostura para una competencia en básquet y tampoco pudo participar. *Un día me levanté de la siesta con vómitos, me llevaron de urgencia al hospital, me hicieron ecografías y detectaron que tenía una miocardiopatía dilatada, explica.*

Como el cuadro continuó con más complicaciones, decidieron trasladarlo a Neuquén capital, donde permaneció internado dos semanas hasta que sus padres lograron la derivación a la Fundación Favaloro en la ciudad de Buenos Aires.

A los dos días de estar en terapia intermedia, sufrió dos paros cardiorrespiratorios en una misma noche. Si bien los médicos lograron salvarle la vida, permaneció diez días con respirador artificial, con marcapasos, y su vida corrió serios peligros.

Algunos médicos no se mostraban convencidos de someterlo a un trasplante de corazón, temiendo que no pasara esa intervención. Sin embargo, el doctor Sergio Perrone dio el Ok y el 9 de junio de 1995 lo trasplantaron.

Me dijeron que la única chance de sobrevivir era con el trasplante. Yo estaba en un estado en el que no tenía mucho que decidir y casi no tuve tiempo de decir nada, rememora. En ningún momento se me cruzó por la cabeza que me iba a morir, aunque realmente estaba muy mal. Quizás por la edad que tenía que te sentís como invencible.

El trasplante que le devolvió la vida

El trasplante de Carlos duró entre 9 y 10 horas. Sus padres y su hermano Marcelo estuvieron durante toda la madrugada esperando buenas noticias desde el quirófano.

El día que me desperté de la operación estaba muy raro. Sentía como que tenía algo que no era mío y que me faltaba algo que sí era de mi cuerpo y ya no estaba. Fue una sensación muy rara, difícil de explicar.

Su recuperación fue bastante larga, pero fructífera. Antes de la enfermedad pesaba 73 kilos, pero luego, debido a los vómitos que le producía y a que recibía alimentación por sonda, llegó a pesar solamente 50.

Cuando pudo empezar a hacer un poco de movimiento, comenzó un trabajo de rehabilitación con un kinesiólogo. *Primero me tenía que sentar, con eso solo ya me mareaba; después empecé a caminar un poquito por el cuarto, todavía con el suero. Pasé en muy poco tiempo de ser un pibe de 17 años que corría y subía 3800 metros a no poder ni siquiera caminar. Estaba parado y se me doblaban las piernas. Había veces que se me flexionaban las piernas caminando y el kinesiólogo me tenía que agarrar para que no me cayera, grafica.*

Al poco tiempo de la intervención, Carlos se tuvo que quedar unos meses en Buenos Aires para los controles médicos. Recuerda que el día que le dieron de alta, salió con Marcelo a comprarse un jean y tuvo que tomar un taxi por solo dos cuadras porque todavía no podía caminar tanto.

Cuando regresó a Junín de Los Andes, una multitud lo aguardaba en su ciudad y lo recibió casi como a un héroe. *Como mi papá fue maestro durante 50 años, todos nos conocían y mi caso motivó decenas de cadenas de oraciones. Fue una emoción inmensa ver todo ese despliegue por mí.*

Carlos retomó la escuela al año siguiente y posteriormente estudió el profesorado de Educación Física. Al poco tiempo se trasladó a Buenos Aires para cumplir con los controles en la Fundación Favaloro, mientras estudiaba la Licenciatura en Alto Rendimiento Deportivo.

Su pasión por el deporte

Durante los primeros meses de 1997, participó en el primer Torneo Nacional para Personas Trasplantadas donde se ubicó primero en atletismo y ciclismo. Por esos éxitos fue becado para participar en el Mundial de Personas Trasplantadas que se llevó a cabo en Australia, donde logró un reconocido cuarto puesto en marcha aeróbica.

Mientras trabajaba en escuelitas de fútbol para niños y como docente de Educación Física en colegios primarias, en un viaje a su ciudad natal en 2004, conoció a Alicia, de quien quedó flasheado y enamorado.

Ella vivía en Junín de Los Andes, así que al poco tiempo, Carlos decidió regresar a sus pagos y darle una oportunidad a esa incipiente historia de amor. A los tres años se fueron a vivir juntos a Buenos Aires y al poco tiempo ella quedó embarazada de Ulises, que hoy tiene tres meses.

Después de todo lo que pasé, que me vaya bien con mi familia, con mi trabajo y con mis afectos en general es una sensación hermosa. Soy una persona con suerte, exclama.

Desde hace unos años, trabaja en la Fundación Favaloro en rehabilitación cardiovascular con las personas que se someten a un trasplante. *Los escucho, los contengo, entiendo sus miedos, sus ansiedades, lo que es hacer una cuadra y que te canse. Al que veo muy mal le cuento lo que yo pasé y le doy un empujoncito para que esté mejor de ánimo.*

Desde el 2005 forma parte de la Asociación de Deportistas Trasplantados de la Argentina (ADETRA) y logró que la Secretaría de Deportes de la Nación le otorgue un espacio para hacer actividades gratuitas en el Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CENARD) donde entrena a sus alumnos en natación y atletismo, muchos de los cuales lo acompañan en los mundiales que se realizan cada dos años.

Sus éxitos deportivos continuaron en Tailandia 2007, donde obtuvo una medalla de plata en voley, (solo fueron derrotados en la final, frente a Canadá). *Ese trofeo me marcó bastante y estaba feliz de la vida porque fue una competencia grupal. A mí me gustan mucho las disciplinas en equipo porque con mis compañeros trasplantados somos amigos. Festejamos los triunfos en comunidad y sufrimos las derrotas todos juntos*, dice Carlos, que también se alzó con dos medallas de bronce en voley y beach voley en el mundial de 2009.

Cuando me pongo a revisar mi historia digo que soy una persona con suerte. Puedo hacer muchas cosas a pesar del trasplante. He tenido la posibilidad de trabajar en lo que me gusta, tuve la chance de compartir una charla con Diego Maradona, ir a los mundiales, tener un hijo. Si uno quiere lograr cosas, lo puede hacer a pesar de las barreras que puede tener diariamente en su vida. Todo depende de las ganas que uno le ponga.

Carlos no se olvida de las personas que se encuentran en lista de espera, aguardando por el milagro de ser trasplantados para volver a creer en la vida y en la posibilidad de cumplir sus sueños.

Conozco mucha gente que está en esta situación, pero les digo que la vida siempre les va a dar otra oportunidad. Mi consejo es que no bajen los brazos para nada por más complicados que estén. Luego de una operación, la vida sigue como la de cualquier persona, y uno puede hacer lo que le guste y vivir sin inconvenientes, concluye.

CONCLUSIONES:

Carlos pudo salir adelante gracias a:

- Nunca bajar los brazos y pelear en todo momento por sobrevivir y concretar sus sueños.

- La donación de un corazón que hizo posible el milagro de su vida.
- El apoyo de sus padres y de toda su familia, que fue clave para escuchar y contener a este adolescente que apenas tenía 17 años cuando fue trasplantado.



GABRIELA CONTARTESE TULIÁN

padeció tres veces cáncer de mama y se curó en 2010

Una siempre siente la fortaleza para poder superar un momento triste.

Gabriela Contartese Tulián (37) es un ejemplo de lucha, de persistencia, de amor a la vida. En su monoambiente de Caballito resaltan varias fotos junto a su hermana Verónica y a su sobrina Camila en tiempos más felices. Mientras su gata Marilyn se sube a la mesa y ella invita muy amablemente con un mate y unos bizcochitos, de fondo se escucha en el televisor el llanto de una participante de Bailando por un sueño. «Ves, ella sí que tiene problemas», le dice en broma su amiga Marisa que vino de visita. Las dos sonríen en un gesto cómplice y valiente.

En el verano de 2006 Gabriela notó que tenía un bulto en su mama derecha. A los pocos días se fue de vacaciones y al regresar,

una mamografía detectó que tenía un tumor maligno, y su médico le indicó que debían operarla en forma urgente. En la intervención le quitaron once ganglios y una parte del pecho; y al poco tiempo arrancó con la quimioterapia.

Ella cuenta que en ese momento se sintió muy acompañada por sus padres y sus tres hermanos, además de la contención que le proporcionaron sus compañeros de la farmacia en la que trabaja desde hace 18 años. Pero, por sobre todas las cosas, se aferró a su creencia en Dios.

Lo que más la afectó de la quimioterapia fue la pérdida del pelo. Sin embargo, confiesa que en el peor momento, para paliar esa situación, hacía chistes de humor negro que compartía con los suyos y con algunos médicos.

La quimio te cambia todo. Pasás de ser una persona que controla su cuerpo a perder el pelo, a verte fea, abatida, recuerda. Pese a todo, yo tenía mucha fe porque sabía que eso era lo que me iba a sanar. Después de cada tratamiento bajaba les escaleras del sanatorio sonriendo y saltando y las enfermeras pensaban que estaba loca.

Desde abril de 2006 hasta diciembre del mismo año se sometió a las sesiones de quimioterapia y radioterapia, y a principios del 2007 obtuvo el alta médica. Cuando parecía que en su vida todo retornaba a la normalidad, en abril de ese año le encontraron un nódulo maligno en una de sus mamas a Verónica, su hermana mayor.

Ahí me agarró un ataque, me dio mucha bronca. Sentía que ella se lo había agarrado por mí. Ella sufrió tanto por mi tratamiento, porque detestaba verme sufrir.

Mientras su hermana comenzaba la quimio, ella decidió hacer terapia para poder poner en palabras toda la angustia que sentía. Fue a partir de ese momento que pudo separar las dos historias, para acercarse a Verónica, a quien le transmitió toda su experiencia sobre la enfermedad.

Gabriela confiesa que desde que era chica que siente que la vida hay que disfrutarla como si uno estuviera de vacaciones. Ese fue y es su concepto de vida. Y cuando su hermana terminó la quimioterapia, en agosto del 2007, decidió viajar un tiempo al caribe brasileño como recompensa por lo que le había pasado. *Era un lugar espectacular, hermoso. Sin embargo, yo veo las fotos de ese momento y no era feliz. Ahora pese a todo lo malo que me pasó me siento feliz.*

Sobre llovido, mojado

Gabriela retomó el trabajo, empezó el gimnasio y al poco tiempo conoció a Luis con quien se puso en pareja, aunque la relación aún no tiene ningún rótulo. Cuando todo parecía encaminarse, un nuevo control de rutina arrojó como resultado que tenía otro nódulo en la misma mama. Le hicieron una biopsia y resultó que era maligno.

Ahí lo tomé muy mal, sabía que iba a perder la mama. Ya lo habíamos hablado con el médico. Creía que lo peor era perder la mama, pero ante todo estaba la vida. Me dio miedo, me acostaba a dormir y me preguntaba por qué esto me está persiguiendo.

Finalmente, en agosto de 2008 le realizaron la mastectomía. Dice, a la distancia, que la familia y la terapia la ayudaron mucho para salir adelante y que las cosas que no le sirvieron cuando hizo quimioterapia en el 2006 las corrigió para sobrepasar mejor esos nuevos contratiempos.

Luis siempre estuvo conmigo. Hizo lo mejor para verme feliz y para que me sintiera bien como mujer. Me acompañó en todo momento y le voy a estar siempre agradecida porque, a su modo, él me demostró todo su amor.

Ni bien finalizó su segunda etapa de quimioterapia (con drogas más fuertes que en la primera) comenzó a averiguar la forma de reparar su mama derecha. Y fue así que la doctora Elina Ares le realizó

esa intervención por intermedio de un injerto que requirió sacar tejido del abdomen, una operación larga que se realizó en dos etapas. Y en marzo del 2010 le colocaron la prótesis definitiva en la mama derecha.

Como si la suerte se encaprichara nuevamente con ella, a los pocos meses de hacerse la reconstrucción mamaria, palpó otra vez un bulto grande, pero esta vez en su mama izquierda. Su médico personal, el doctor Alberto Bosisio, a quien agradece en varios pasajes de la charla, le aconsejó que por todos los antecedentes que tenía, lo mejor era extirpar la mama, lo que sucedió en julio de ese mismo año.

Ahí estaba resignada y por primera vez sentí miedo a morirme. Cuando me quitaron la mama sentí mucho alivio porque no quería más esa mierda en mi cuerpo, confiesa. Al día siguiente de la operación ya tenía otra luz, otra mirada. Estaba muy bien anímicamente, aunque un poco estresada por tantas operaciones. Era agotador pero estaba contenta.

Las dos caras de la vida

A mediados del 2010, Verónica, su hermana, comenzó a sentir dolores en la espalda y en otras partes del cuerpo. Le hicieron diversos estudios y los médicos no encontraron nada hasta que en agosto le diagnosticaron metástasis en la piel.

Fue terrible para mí esa noticia. Uno siempre siente la fortaleza para poder superar un momento triste, pero nunca quiere que lo pasen los seres queridos.

Gabriela pensó que a pesar de todo, su hermana saldría adelante, sin embargo su enfermedad se tornó irreversible. Cuando aún no estaba internada, Verónica le pidió que cuidara de Camila, su única hija que entonces tenía 17 años. La adolescente consintió

y desde ese momento viven juntas. Finalmente, el 9 de abril Verónica falleció.

Desde ese momento, Vero la empezó a soltar. Las tres siempre fuimos muy unidas. Yo le prometí a mi hermana que la iba a cuidar como si fuera mi hija, que la iba a defender y a proteger todo el tiempo que ella necesitara. Dentro de la tristeza de haberla perdido, lo más lindo fue haber recibido a Camila.

Gabriela cuenta que su sobrina es “un ser muy especial, muy dulce”, y que en este momento se siente tranquila, estable emocionalmente y madura para poder criarla.

Ahora sé lo que quiero y lo que no. Quiero seguir siendo feliz. Quiero hacer lo que es mejor para las dos. Ella eligió quedarse conmigo. Para mí es todo nuevo, a veces tiene alguna salida propia de los adolescentes a la que no estoy acostumbrada. Ella está muy positiva, pude lograr que haga terapia, la incentivo para que salga con sus amigos y por sobre todas las cosas, quiero que sea feliz.

Cuando terminó la última sesión de quimioterapia, en diciembre de 2010, Gabriela decidió repararse su mama izquierda y dice que ahora se siente completa y muy cómoda a la hora de vestirse.

Si bien reitera que vive el día a día y como si la vida fueran las vacaciones, planea mudarse, junto con Camila, a un departamento más grande y a largo plazo tiene pensado construir unas cabañas en unos terrenos que tiene en la provincia de Córdoba.

Pero entre sus sueños también figura el de ser madre, aunque no se imagina conviviendo con su pareja: *No confiero que tenga que armar una familia por un hombre. Me gustaría el año que viene tener un hijo con Luis porque estoy enamorada de él, pero tampoco lo quiero poner en un compromiso. Ahora me siento psicológicamente apta para esto, con o sin un hombre.*

CONCLUSIONES:

Gabriela pudo salir adelante gracias a:

- Su fe y su creencia en Dios que la ayudaron en los momentos de mayor angustia.
- El apoyo incondicional de toda su familia que nunca la dejó sola.
- La responsabilidad que tomó de cuidar y criar a su sobrina cuando falleció su hermana, lo que las unió y reforzó mucho más el vínculo de amor entre ambas.



ARIEL PERRETTA

fue secuestrado y liberado tras 16 días de cautiverio

*El momento más lindo fue cuando
me reencontré con mi familia.*

Ariel Perretta (27) aguarda en la sala de reuniones de Masterfilt, la empresa familiar en la que trabaja, que produce filtros de aire para automóviles, en Villa Madero (provincia de Buenos Aires). Tras preparar un par de pedidos y atender a algunos clientes, posa para la foto delante de la camiseta aurinegra de Almirante Brown, el club de sus amores, que luce en un hermoso cuadro. Enseguida, comienza a relatar la historia de su secuestro, el que, gracias a Dios, puede contar con final feliz.

Ariel relata que con 24 años, su vida previa al secuestro era como la de muchos jóvenes de su edad. Trabajaba, salía con amigos y estaba de novio. El último verano había viajado a Brasil y todos los sábados iba a la cancha a ver a Almirante Brown.

El primer intento de secuestro ocurrió una mañana cuando, yendo al trabajo, le cruzaron un auto. En ese momento pudo escapar y pensó que solo se trataba de un intento de robo.

Sin embargo, a los pocos meses el susto se hizo realidad. La mañana del 10 de abril de 2008, Ariel se dirigía a bordo de su Peugeot 206 negro, a su trabajo y a unas pocas cuadras de llegar, dos autos se le cruzaron y el suyo quedó entremedio de ambos.

Inmediatamente, del primer vehículo se bajaron tres hombres que le apuntaron con armas y lo hicieron bajar del auto. Lo taparon con una bolsa y le pidieron que llamara a su padre por celular y le dijera que había sido secuestrado, y que en lo sucesivo recibiría más instrucciones de parte de los raptos.

No sabía cómo decírselo a mi viejo para que no se pusiera nervioso. Le conté lo que había pasado y a los pocos segundos agarraron mi celular y lo tiraron. Después me encerraron en el baúl, me quitaron la billetera y otras pertenencias. En ese momento se te cruzan muchas cosas por la cabeza porque estás en manos de personas que no piensan y sentís que no vas a volver nunca más, que te van a matar. Tenía mucho miedo, estás acechado por personas que no tienen corazón, recuerda.

Ariel cuenta que cuando llegaron a su lugar de cautiverio (una vez que recuperó la libertad supo que era por el partido de Tigre) los secuestradores le colocaron una capucha y lo pusieron contra la pared. Más tarde le preguntaron cuánta plata tenía su padre y le mencionaron varias veces el nombre de la empresa que tenían, por lo que enseguida se dio cuenta de que el suyo no era un secuestro al boleo.

La casa en la que estuvo privado de la libertad era muy precaria, con ladrillos huecos sin revocar. *Estuve encadenado a una pared con un colchón con mucho olor a pis, las frazadas también olían muy mal. Tenía un tacho para hacer mis necesidades y no se veía nada, estaba todo muy oscuro.*

Hasta el segundo día de cautiverio estuvo en todo momento con la capucha puesta, hasta que logró convencer a su cuidador de que se la quitara porque así se iba a ahogar.

Si bien reconoce que la persona que lo custodiaba no le pegó en ningún momento y que recibió buena comida, como guisos y asados, los días se le hacían interminables y no veía la hora de volver a encontrarse con sus seres más queridos.

Estás en un lugar que no podés hacer nada. Me vigilaban para que no me escapara, pero era imposible, tenía una cadena atravesada de pared a pared. Pensaba mucho en mi familia, en mis amigos, en mi novia de ese entonces, quería que la pesadilla terminara ya. Confiaba en lo que podía hacer mi viejo y creía que él lo iba a solucionar todo. También pensé mucho en mis abuelos que ya no estaban, rezaba todos los días.

Uno de los últimos días que estuvo secuestrado, Ariel padeció una crisis de nervios. Pidió algo para calmarse y le dieron medio Rivotril. Al día siguiente continuó con ese estado pero esta vez le dieron un comprimido entero que resultó muy fuerte para él. Cuenta que al día siguiente, cuando se levantó, las piernas no le respondieron y que hasta se hizo pis encima.

Reconoce que en ese momento estaba muy nervioso porque los secuestradores le decían que faltaba poco tiempo para el momento de su liberación, pero que él no “aguantaba más” y que solo pensaba en cómo sería ese momento y en qué circunstancias recuperaría su libertad.

Hasta ese entonces Ariel no había vuelto a hablar con su padre, el que solo había recibido una prueba de vida suya: le dejaron una carta que él le había escrito en donde le expresaba que lo quería mucho y que lo disculpaba por una discusión que habían tenido días antes del secuestro.

Volver a nacer

La madrugada del 27 de abril de 2008 fue seguramente uno de los momentos que Ariel jamás olvidará. Era de noche, él estaba a punto de acostarse a dormir luego de haber tomado un mate cocido. De repente, recuerda, escuchó a lo lejos que una persona repetía su nombre una y otra vez. Inmediatamente, llegó un oficial de policía, junto con el gobernador Daniel Scioli. *Cuando observé que entraba la policía empecé a sentirme seguro, pero el momento más lindo fue cuando me reencontré con mi familia,* se emociona.

En ese mismo momento lo trasladaron en helicóptero hasta Ciudad Evita donde aguardaba su familia. *Estaban mis viejos y mi hermana, no podía creer que estuviera con ellos, nos abrazábamos y no parábamos de besarnos.*

Al día siguiente, sus padres le contaron que finalmente no se pagó rescate por el secuestro, que existieron tres o cuatro llamados extorsivos pidiendo tres millones de dólares por su liberación, y que principalmente su familia estuvo muy acompañada por amigos y vecinos que no los dejaron solos en ningún momento.

Para tratar de entender qué fue lo que le pasó y para poder salir adelante luego de estar dieciséis días secuestrado, Ariel tuvo cinco encuentros con un psicólogo, aunque está convencido de que la mejor terapia fueron su familia y sus amistades.

Salgo mucho con mis amigos y hablo del tema. Con ellos puedo hacer tranquilamente mi catarsis, dice. Con mi tío Cacho nos juntamos cada tanto a tomar un café y hablamos de cómo está cada uno, eso para mí es un cable a tierra.

A los pocos días de ser liberado recibió con enorme alegría el llamado de Blas Armando Giunta, el técnico de su querido Almirante Brown, que lo felicitó por la noticia y lo invitó a la cancha para el sábado siguiente. En ese partido, Ariel posó junto a los jugadores de

la institución, quienes le obsequiaron una remera, un banderín y una plaqueta que le agradecía por el incondicional apoyo que él y su familia manifestaban por el equipo de Isidro Casanova.

Ariel sostiene que, dentro de todo, la recuperación estuvo bien, que ahora sale a la calle tranquilo, pero que toma precauciones, que si observa algún movimiento raro pega dos vueltas con el auto, y que si se está por poner la luz roja del semáforo trata de ir frenando de a poquito y aguantar detrás de otro auto, dejando una separación entre ambos vehículos.

No tuve miedo de salir a la calle tras el secuestro, salvo los primeros días. Solo estaba pendiente del horario en que llegaba mi novia a mi casa. Lo que sí me costó es volver a trabajar; pero con las charlas familiares pude salir adelante. Hoy tengo el mismo trabajo que tenía antes del secuestro. Me sigo levantando a la misma hora, salgo a la misma hora de casa, y eso está bueno.

En mayo del 2010 se realizó el juicio por su secuestro y cinco de los acusados recibieron penas de entre cinco y veinte años de cárcel, y otros dos sospechosos fueron absueltos porque no se pudo comprobar su participación en el hecho. *Sentí mucha satisfacción por las condenas porque también se pudieron aclarar otros secuestros que no estaban aclarados*, afirma.

De la amistad al amor

A los pocos meses de ser liberado, Ariel terminó su relación con quien hasta ese momento era su novia. Desde que era adolescente, compartía salidas con dos chicas que eran sus mejores amigas: Marilina y Natalia. Iban al cine, a comer, miraban películas en su casa o en la de ellas. Eran los tres muy compinches.

Una noche, las invitó a cenar a su casa y como Marilina tenía otro compromiso, fue solo Natalia. *Siempre tuve onda con ella y aproveché*

la situación de que estábamos solos y le dije lo que me pasaba. Desde ese momento empezamos a salir y nos pusimos de novios.

Ese amor que sienten el uno por el otro los transformó en marido y mujer en abril de 2011, y en un corto plazo tienen pensado ampliar la familia. Ariel dice que está muy enamorado y que en el futuro le encantaría poder ayudar a su mujer en algún proyecto que esté relacionado con trabajar con chicos ciegos, su especialidad.

En rasgos generales llevo una vida normal. Hablo con la gente, no siento temor. Después del secuestro no cambié en nada, sigo siendo el mismo. Soy una persona muy feliz gracias a mi familia, amigos y mi señora, y me considero una persona muy afortunada por tener lo que tengo.

CONCLUSIONES:

Ariel pudo salir adelante gracias a:

- El cariño que le brindaron su familia y sus amigos antes, durante y después del secuestro.
- Su profunda fe religiosa lo que le permitió ser optimista durante los dieciséis días de cautiverio.
- El amor de Natalia y la convicción de querer formar una familia.



ALEJANDRA PORTATADINO

sufrió disforia de género y logró ser operada en 2006

*Cuando me operaron pude sentir un equilibrio
entre mi sentir de mujer y mi cuerpo.*

Una de las primeras cosas que aclara Alejandra Portatadino es que la disforia de género no es una enfermedad, sino un sentimiento de malestar al estar en un cuerpo que no le corresponde a la persona.

Si bien su documento actual indica que se llama Alejandra, tuvo que pasar muchos años de lucha para lograr ser reconocida como mujer por la justicia, luego de vivir durante muchos años como hombre.

Alejandra (su primer registro era Alejandro) cuenta que vivió una infancia “feliz” como la de cualquier niño que juega con sus juguetes. Los autitos y un tren eléctrico eran sus preferidos aunque admite que en aquellos años no jugaba ni al fútbol ni a las muñecas.

Tras terminar la escuela secundaria, comenzó sus estudios de Ingeniería en la Argentina y se recibió en los EE.UU. con el título de ingeniero en petróleo. Llevaba una vida normal: trabajaba en una empresa petrolera, estudiaba y estaba en pareja con una mujer.

A medida que fue ingresando en el mundo de los adultos comenzó a sentir una marcada ambigüedad, ya que se sentía mujer, pero su cuerpo no le respondía y eso le provocaba malestar y una gran confusión.

En un principio, compartió esta angustia con su pareja. Les costó a ambas aceptar esta realidad y se separaron. Sin embargo, por el gran amor que se tuvieron volvieron a retomar la relación, aunque finalmente cada una eligió su camino.

Me sentía muy mal. A mi ex pareja la quería mucho. Era como una lucha interna muy grande y llegó un momento en el que no pude aguantar más. Tenía mucha ansiedad, trabajaba de lunes a lunes para aislarme y para no pensar en otra cosa. Sentía mucha angustia. Es una lucha que tenés entre tu ser y tu cuerpo.

La angustia de la discriminación

Durante los primeros años del nuevo milenio, Alejandra se desempeñaba en un puesto gerencial en una importante empresa petrolera. Trabajó un tiempo en Chile y cuando regresó a la Argentina, nos cuenta que el gerente general le empezó a retirar unidades de negocio y a ponerle trabas en el día a día laboral, porque se enteró que había comenzado con los trámites judiciales para lograr la intervención quirúrgica de adecuación sexual. A los pocos días, el gerente general le dijo que su puesto no se justificaba más y decidieron despedirla.

Me mandaban a buscar cheques, a vender bidones a un taller mecánico, y yo había sido gerente de ventas directas que es un puesto estratégico-

co en las petroleras, donde se atiende grandes corporaciones y empresas. Evidentemente estaban buscando mi renuncia. Yo tenía mucho malestar e inseguridad en mí misma, dice.

Esa inseguridad la llevó a cometer dos accidentes leves con el auto ya que reconoce que durante ese período estaba afectada psicológicamente y conducía con estrés.

Con el único fin de lograr la intervención quirúrgica de adecuación sexual, empezó a leer libros sobre derecho constitucional, derechos de las personas, daños a la salud, e inició su trámite judicial para obtener ese reconocimiento como mujer.

La operación estaba mucho más cerca cuando las pericias psicológicas y los tests que le realizó el cuerpo médico forense habían descartado patologías psiquiátricas, confirmando su diagnóstico de disforia de género, por lo que se dictaminó que necesitaba la intervención quirúrgica.

Sin embargo, el juez en el que recayó su causa entendió que no correspondía su demanda judicial en el fuero federal y declaró la incompetencia de la causa. En ese momento se deprimió mucho ya que había gastado todo su dinero en esta “lucha” y se encontraba sola y desprotegida.

Pese a esta mala noticia, nunca bajó los brazos porque lo único que deseaba fervorosamente era mejorar su calidad de vida. Fue entonces que decidió apelar la medida ante la Corte Suprema de Justicia de la Nación donde finalmente se aceptó el caso correspondiente al fuero federal. Y en ocho meses dieron sentencia favorable.

“Téngase a AP como mujer porque psicológicamente, caracterológicamente y socialmente es una mujer”, recuerda con una sonrisa Alejandra sobre aquella sentencia que la acercaba cada vez más a su gran anhelo.

Fue en ese momento que empezó a planificar su operación con el doctor Pablo Maldonado, jefe de cirugía plástica y reparadora del

Hospital Gutiérrez de La Plata. *Me acuerdo que me dijo que si me operaba era con un diagnóstico, porque la cirugía no tenía vuelta para atrás. "En mi quirófano entra una mujer y sale una mujer. Yo no hago cambio de sexo", cuenta Alejandra que le dijo el especialista.*

La cirugía que le brindó el equilibrio

El 10 de mayo de 2006, Alejandra recuerda que se levantó de la cama con una sonrisa porque ese iba a ser su día. *Fui muy contenta a la operación. El médico me vino a buscar por la habitación y estábamos en el quirófano contando chistes hasta que el anestesista nos dijo que la cortáramos porque no me iba a agarrar la anestesia. Fue un momento muy divertido.*

La intervención duró entre cinco y seis horas y el postoperatorio la tuvo en cama durante trece días. No obstante, ella sintió una enorme alegría y satisfacción. *Cuando me operaron pude sentir un equilibrio entre mi sentir de mujer y mi cuerpo.*

Alejandra cuenta que la operación cumplió con todas sus expectativas, pero resalta que su vida continuó siendo igual que antes, aunque desde ese momento pudo rehacerse laboralmente.

Actualmente es parte de la comisión directiva en la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) con cuyos miembros, además, comparte una gran amistad, al igual que con sus compañeros en Green Cross Argentina, donde es contratada como ingeniera para proyectos puntuales. Además, por las tardes, también se desempeña en la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES).

Estoy muy contenta porque el ANSES, como organismo de estado, está dando un ejemplo de que la capacidad y la idoneidad de la persona no pasa por la identidad de género y me ha otorgado un empleo, agradece.

Desde hace algunos años es miembro de la Sociedad Americana de Ingenieros Mecánicos donde la consultan a diario por diversos temas de la especialidad y con mucho orgullo cuenta que fue una de

las especialistas que participó, junto a otros colegas, en un debate y asesoramiento sobre la tragedia nuclear en Fukushima (Japón). Y entre otros logros, también destaca que en octubre de 2010 asistió al encuentro académico organizado por el Instituto Balseiro, en Bariloche, donde compartió tres jornadas con los padres de la física nuclear argentina.

En compañía de su perra Rebeca, Alejandra vive en su departamento de Caballito y confiesa que está mucho más tranquila, que ya no siente tanta ansiedad como antes de la operación y que disfruta de las salidas con sus amigos. La fotografía, salir a conocer lugares, viajar, hablar con la gente y la investigación cultural son algunos de sus hobbies.

Mientras sueña con un proyecto para la recuperación de tierras por parte de los pueblos originarios, no descarta volver a enamorarse: *Creo que el amor pasa por el corazón. Me enamoro del ser humano como ser humano. Puedo ser heterosexual o lesbiana y compartir mi vida tanto con un hombre como con una mujer. Conocer una pareja es algo que no se pueden forzar, que se da naturalmente.*

CONCLUSIONES:

Alejandra pudo salir adelante gracias a:

- Nunca bajar los brazos en su lucha por lograr la operación de adecuación sexual.
- Sus estudios, que le permitieron ocupar puestos importantes en el ámbito laboral.
- El apoyo de sus amigos y amigas, en quienes se refugió en los momentos más difíciles.



ROGELIO RIBAS

se recuperó de una aneurisma cerebral
y es campeón nacional de scrabble

El scrabble me salvó la vida.

En su amplio living del departamento ubicado en Barrio Norte se destacan una colección de libros de Domingo Faustino Sarmiento, algunas fotos familiares y principalmente, los trofeos que obtuvo desde que empezó a jugar al scrabble, mientras trataba de dejar atrás las fuertes secuelas que le dejó el aneurisma cerebral que sufrió a los 28 años. *No conozco la palabra resiliencia*, dice, mientras busca su significado en el diccionario de la Real Academia Española.

Minutos antes de contar su historia, Rogelio Ribas (49) se emociona observando una vez más el video en youtube que describe el momento en el que se consagra campeón nacional de scrabble y le

dedica —con ironía— el título a un especialista que había destrozado sus ilusiones de volver a empezar.

Cambio de vida

Rogelio vivía solo, le faltaban solo cuatro finales y la tesis para recibirse de físico en la Universidad de Buenos Aires. Por aquellos días se ganaba la vida trabajando como docente en la facultad. Tenía 28 años y estaba en pareja con una chica 10 años menor.

Él confiesa que no se acuerda nada de lo que ocurrió aquella noche que marcaría un antes y un después en su vida. Dice que todo lo que sabe es porque se lo contaron.

Aparentemente estaba teniendo relaciones sexuales con su novia. En un determinado momento comenzó a sentir un dolor muy fuerte de cabeza. Salió corriendo al baño y se dio una ducha fría para ver si eso le calmaba el sufrimiento que tenía. De tan asustada que estaba, su novia llamó a la familia, que lo llevó inmediatamente a una guardia donde le realizaron estudios. Así descubrieron que tenía un aneurisma cerebral y que debían intervenirlo con urgencia.

Un doctor me dijo que tenía 50% de posibilidades de morir y un 30% de quedar con secuelas motrices, pero yo no era consciente de lo que me estaba pasando y hacía chistes, recuerda lo que le contó de aquel momento su hermano.

Tras regresar a la habitación luego de ser operado, Rogelio deliraba y entre otras cosas decía que había una guerra entre la Argentina y Chile, y pedía por su madre que había fallecido cuatro años atrás.

En esos momentos comenzó a olvidarse “instantáneamente de todo” y llegó a pensar que estaba soñando, síntoma que le duró aproximadamente dos años.

Fue muy raro lo que me pasó de un día para otro; yo no podía aceptarlo y me di cuenta que era una pesadilla. Me angustiaba tanto que me

iba a dormir con toda la ilusión de despertarme y que el sueño ya se me hubiera pasado. Pero cuando despertaba todo seguía igual y era una angustia terrible.

Rogelio cuenta que en esos días sus delirios aumentaban. Llegó a decir que la comida que le daban estaba envenenada y dejó de ingerir alimentos. Según le explicaron algunos especialistas, la falta de irrigación en áreas del cerebro y la ausencia de oxígeno en algunas de las neuronas motivaron esos comportamientos y la pérdida de la memoria a corto plazo.

Como lloraba todo el día y se tornaba “inmanejable”, su familia lo internó dos meses en un neuropsiquiátrico para tenerlo más contenido y estabilizado. Al salir, vivió un tiempo con su padre y más tarde con uno de sus hermanos. Pero la recuperación no era fácil.

Rogelio cuenta que al principio sus amigos estuvieron cerca de él, pero a medida que se dieron cuenta de que el tiempo pasaba y él seguía igual, se fueron alejando, así como su novia.

Me sentía solo y con una fuerte necesidad intelectual. No podía leer porque leía un primer capítulo y enseguida me olvidada quiénes eran los personajes. Tampoco podía observar una película porque a los diez minutos yo no sabía si ese personaje había aparecido o no, gráfica.

Fue en ese momento cuando comenzó a ejercitarse con crucigramas de manera “compulsiva” para sentirse activo, ya que para esa tarea no necesitaba de la memoria de corto plazo (la que había perdido) sino que los completaba con todos los conocimientos que había adquirido antes del aneurisma.

Siete meses después, Rogelio continuaba con su problema a cuestas y por recomendación de un familiar solicitó un turno con un especialista del instituto Fleni. Luego de realizarle una serie de estudios, cuenta que el médico le dijo: “¿Qué es lo que querés saber?, yo te voy a contestar sin pelos en la lengua”. Rogelio le contestó que deseaba saber si en algún momento se iba a curar y si iba a poder finalizar su

carrera en la UBA. *“No solamente que no vas a poder terminar la carrera, sino que no vas a poder hacer nada que requiera un mínimo esfuerzo intelectual porque tenés medio cerebro quemado”*, le contestó el doctor.

En ese instante, Rogelio sintió haber escuchado su propia sentencia de muerte. Se deprimió mucho y hasta pensó varias veces en quitarse la vida. Sin embargo, no lo hizo. *Después que pasó un tiempo, tomé ese incidente como un desafío para demostrarme y demostrarle a esa persona que estaba equivocada. No iba a tirar la toalla tan fácilmente.*

Ese juego que le salvó la vida

Con el antecedente de haber resuelto miles de crucigramas en aquellos días donde todo era tristeza, pensó en la posibilidad de comenzar a jugar al scrabble. Primero lo hizo en varios foros de Internet hasta que una persona le recomendó que, si de verdad le apasionaba tanto ese juego, formara parte de la Asociación Argentina de Scrabble.

Fue así que no solo se empezó a familiarizar con el juego, sino que también comenzó a conocer gente, después de tanto tiempo de sentirse aislado, sin un grupo de referencia.

Rogelio se animó a participar del primer campeonato nacional en 2008 y no le fue del todo bien. Sin embargo, al año siguiente volvió a intentarlo y obtuvo el certamen en el que compitió junto a otras 80 personas de todo el país.

Estaba temblando. Sentía una alegría indescriptible; no me lo esperaba nunca. Quería hacer un buen papel y me emocioné hasta las lágrimas, fue como una superación y una especie de venganza y revancha contra todos los que decían que no podía hacer nada. El scrabble me salvó la vida.

Rogelio cuenta que en la final derrotó a un hombre de Capital Federal por 2 a 1 (siempre se juega al mejor de tres para evitar la influencia del azar) y nunca olvidará la ovación que se llevó de todos

los presentes en el momento en que formó la palabra urajeado (que hace referencia al grito del cuervo, según explica), que a la postre le significó el triunfo final.

Esa noche recibió por parte de la Asociación un trofeo y dinero en dólares para pagarse el viaje al mundial que se disputó ese mismo año en la isla Margarita, en Venezuela. *La pasé bárbaro pero no me fue muy bien*, dice entre risas.

Si bien continúa con su problema de memoria, desde el momento en que se consagró campeón, su vida comenzó a cambiar. Actualmente da clases particulares de física a chicos de escuela secundaria y ciclo básico de la universidad. También trabaja en la producción de un programa de televisión que tiene su padre en un canal de cable.

Además, fue contratado por la Asociación Argentina de Scrabble como instructor en la modalidad duplicado del juego, un sistema en el que los oponentes juegan mano a mano con las mismas letras.

La verdad que estoy muy contento porque cada vez viene más gente a mis clases. Cada 15 días tenemos campeonatos y después nos juntamos en la semana a charlar y a jugar en alguna confitería. Son todos muy macanudos, tienen muy buena onda y eso me hace sentir muy bien.

CONCLUSIONES:

Rogelio pudo salir adelante gracias a:

- Su inagotable lucha por recuperar lo que había sido antes del accidente.
- La sed de revancha ante ese médico que no le había dado esperanzas.
- Su imperiosa necesidad de encontrarle un sentido a su vida.



SILVANA GOTUZZO

se recuperó después de sufrir ataques de pánico durante cuatro años

*Ahora que me curé puedo disfrutar
de salir a pasear con mis hijas.*

Silvana Gotuzzo (36) se prepara para llevar a su hija menor a un cumpleaños a unas cuerdas de su casa. Lo que para cualquier madre puede parecer una rutina, para ella es una vez más la confirmación de que está recuperada de una enfermedad que la llenó de temores, privándola de disfrutar de su familia.

En su casa de Balvanera, muy amablemente, prepara café mientras Oriana (7) se engancha en alguna foto y escucha, en silencio, lo que cuenta su mamá. Al finalizar la charla, le da un beso diciéndole al oído que se emocionó al escucharla. Claudio, su esposo, y Sofía, su hija adolescente de 13 años, también son protagonistas de esta historia por el amor incondicional y el apoyo que siempre le brindaron para verla feliz.

Los primeros síntomas

A los 17 años Silvana padeció episodios esporádicos que pudieron tener alguna relación con trastornos de ansiedad. En algunos momentos sintió mareos y tuvo presión baja. Esos síntomas le volvieron a aparecer cuando nacieron sus hijas. Manifestaba una “preocupación irracional” sobre lo que podría acontecer con las niñas si a ella le ocurría alguna tragedia. Siempre anticipándose a algo catastrófico.

Sin embargo, los indicios comenzaron a aparecer con mayor frecuencia en el año 2006 cuando su esposo se quedó sin trabajo, al quebrar la empresa en la que se había desempeñado durante dieciocho años.

Empecé a tener síntomas físicos como dolor de estómago, puntadas, ahogos y a sentir miedos irracionales, como no querer salir sola a la calle por temor a descomponerme o a perder la memoria.

Desde ese momento, cuenta que se volvió sumamente dependiente de su marido, que no se animaba ni siquiera a salir a comprar una leche enfrente de su casa y que llegó hasta a cambiar los turnos con los médicos para que él la pudiera acompañar.

Yo estaba de muy mal humor, no quería salir si no estaba acompañada. Como esposa estaba siempre exasperada. Se caía un papel y me ponía loca, les gritaba a las nenas si no hacían la tarea. Tenía miedo de morirme, de que me diera un paro cardíaco o un desmayo fuerte y no hubiera nadie cerca para auxiliarme, ilustra.

Silvana comenta que su marido le proponía salir solos a cenar y ella se negaba permanentemente. Y que cuando alguna vez, muy de vez en cuando, aceptaba ir a la casa de una pareja de amigos, debían volverse temprano porque le agarraban fuertes dolores de cabeza o tenía dificultad para tragar lo que comía.

Lo único que no dejó de hacer durante esos cuatro largos años fue cumplir con su trabajo como docente en una escuela primaria durante la mañana y en otra de adultos por la noche. Pero siempre

seguía con todos esos pensamientos que no le permitían disfrutar de su profesión ni mucho menos del amor de sus seres queridos.

Mi esposo me preguntaba qué me pasaba, me decía que yo no era así, me preguntaba por qué no salía con las nenas. Y yo le respondía que no lo podía controlar, que me venían esas sensaciones catastróficas que no podía manejar.

Cuando peor estuvo de salud, Silvana comenzó a delegar muchas cosas, especialmente las referidas al dinero, ya que no tenía idea de los gastos de su casa y solo manejaba plata para viajar en colectivo para ir a su trabajo, las veces que se animaba a hacer la cola en la parada. *Me veía mal, deprimida, me dejé estar. No me maquillaba, me había oscurecido el pelo y ya no sonreía en las fotos.*

Un clic llamado Sofía

Una tarde de lunes de fines de mayo de 2010, Silvana tenía que llevar a su hija mayor al dentista y como tantas otras veces, antes de salir de su casa, comenzó a dar vueltas y vueltas para tratar de bajar la ansiedad. Cuenta que en ese momento Sofía le dijo “*Mamá: quedate tranquila que estás conmigo*”. *Cuando ella me dijo eso hice el clic, porque pensé que yo era la que me tenía que encargar de mi hija, no ella de mí. Le voy a arruinar la vida y eso no es justo.*

Aconsejada por una amiga que se había tratado por ataque de pánico, al día siguiente decidió ir a una de las charlas de la Fundación Fobia Club, institución cuyos objetivos fundamentales son la docencia, investigación y orientación a personas que padecen trastornos de ansiedad y a sus familiares.

Esa tarde escuchó una charla orientativa grupal a cargo del director general, el doctor Gustavo Bustamante, se sintió totalmente identificada con sus palabras y se puso a llorar cuando comprobó que no era la única que pasaba por esos padecimientos.

Silvana cuenta que lo que más le impactó de esa primera reunión fueron los testimonios de personas que ya habían pasado por esa situación y relataban que, al principio, no podían cruzar la calle ni tomar un colectivo. En ese momento pensó que si esas personas se habían curado, ella también podría hacerlo. Al día siguiente llamó al Fobia Club y se entrevistó con el doctor Bustamante que, luego de realizarle exhaustivos estudios médicos y un test psicológico, determinó que padecía de trastorno de ansiedad generalizada (TAG), un cuadro que se presenta como una ansiedad y preocupación excesiva, con relación a una situación, eventos o a otras personas.

Desde ese momento tomó mucho impulso y decidió comenzar el tratamiento, apoyada y contenida desde muy cerca por su esposo, sus hijas, sus padres, su hermana y su cuñado, a quienes agradece enormemente por la contención y el amor que le brindaron en los momentos más difíciles de su vida.

Tras completar tres sesiones individuales con una psicóloga, la derivaron directamente a las charlas grupales de los días sábados, donde tuvo que exponer y anotar cada una de las situaciones de la vida cotidiana que no podía realizar.

Al principio, empezó a viajar en colectivo con un coordinador (una persona ya recuperada). Y aunque confiesa que las primeras veces “fue bravo”, reconoce que de a poquito fue tomando confianza. *Yo veía que cada sábado iba progresando, y me acuerdo que la segunda vez, viajé sola desde casa hasta Recoleta. Después me animé a ir caminando esas doce cuadras hasta el colegio. Y pensar que cuando estaba tan mal, a pesar de no estar bien de plata, me tomaba un taxi para no tener que estar esperando en la parada.*

Después de largarse a viajar sola otra vez en colectivo, Silvana volvió a caminar, a trasladarse en subte y a hacer salidas un poco más extensas. No por casualidad, recuerda que una mañana, mientras hacía el tratamiento, tuvo que viajar a la ciudad de La Plata sin

la compañía de su esposo y de sus hijas. *Al principio me angustié, pero una vez que subí al micro se me pasó todo. Una va adquiriendo confianza y te das cuenta que podés.*

En algún momento del tratamiento, los médicos le recetaron unos ansiolíticos para poder dormir mejor, dosis que fue reduciendo a medida que se iba mejorando.

Volvieron los proyectos

Desde que se curó, Silvana comenzó a comprometerse mucho más con sus clases y con sus alumnos, ya que antes se limitaba a preparar la clase como un mero hecho de rutina. *Cuando me animé a contarles lo que me pasaba a mis compañeros de trabajo, ellos me apoyaron y me contuvieron. Querían saber cómo estaba, ver mis progresos. La verdad es que son de fierro. También mis amigos íntimos me ayudaron enormemente.*

Por su enfermedad, toda la familia estuvo cinco años sin irse de vacaciones, ya que Silvana sentía que no podía estar alejada de su hogar por muchos días. Sin embargo, tras su recuperación, el verano pasado se fueron quince días a Villa Gesell, lo que resultó una experiencia inolvidable. *Fue estupendo, unas vacaciones que disfruté a pleno. Desde tirarme en la arena con las nenas hasta salir a caminar sola por la playa treinta cuadras ida y vuelta, y decir puedo, expresa, mientras en su rostro se le dibuja una hermosa sonrisa.*

Ahora va sola al supermercado y llena de productos su changuito, hace la cola para abonar en la caja, va al banco y disfruta cuando sale con sus hijas al shopping. Ya recuperada, tiene metas que antes ni siquiera se las podía imaginar.

Quiero hacer capacitaciones para abrir otras opciones en lo laboral y me encantaría escribir un libro de literatura infantil, se ilusiona. Me gustaría mudarme de departamento y conocer otros lugares como Roma. Ese sería un gran sueño.

CONCLUSIONES:

Silvana pudo salir adelante gracias a:

- La contención y el amor que le brindaron su esposo, sus hijas y el resto de su familia, que resultó fundamental a la hora de comenzar el tratamiento.
- Los profesionales de la Fundación Fobia Club que le diagnosticaron su enfermedad y le marcaron las pautas para su recuperación.
- Sus ganas de recuperarse y volver a ser la mujer que era antes de la enfermedad.



FLORENCIA DIETZ

quedó parapléjica a los seis años y en la actualidad
compite en tenis adaptado en silla de ruedas

*Conocer gente con el mismo problema
fue una salvación.*

Los 8°C de frío polar en la Ciudad de Buenos Aires no le impiden a Florencia realizar sus primeros movimientos de entrada en calor en la cancha de tenis adaptado del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CENARD). Con una tímida sonrisa, coloca las pelotitas de tenis en la rueda izquierda de su silla de ruedas, toma su raqueta y comienza a dar unas vueltas por la cancha. Uno de los profesores le arroja pelotas que ella devuelve con la notable precisión y potencia de su mano derecha.

Me acuerdo que estaba jugando con mi primito en el negocio de mi papá en José C. Paz cuando, de repente, sentí corridas y unos gritos que

venían desde la calle. A los pocos segundos escuché varios tiros, yo pensé que eran cohetes, y uno de ellos impactó en mi médula. En ese momento mi mamá me sacó de la mano y me dijo que corriera, pero yo no podía, tenía toda la espalda llena de sangre.

Florencia recuerda ese triste día de su vida en el que una bala perdida la dejó parapléjica y en silla de ruedas cuando apenas tenía 6 años. Cuenta que la noche en que le dispararon por accidente, la llevaron inmediatamente al Hospital Mercante de José C. Paz, y luego al Posadas.

Estuvo más de tres meses internada y recuerda con alegría que la fueron a visitar los compañeros del colegio y su maestra de primer grado. Al poco tiempo de abandonar el hospital, un hecho similar de violencia volvió a sacudir su barrio. *Una noche se tirotearon dos bandas por mi casa, yo estaba asustadísima y tenía miedo de que me volviera a pasar algo malo.*

Pese al cambio brusco que vivió desde tan pequeña, pudo volver a la escuela y recibir, otra vez, el cariño de todos los chicos. *La segunda semana me acuerdo que ellos me querían llevar con la silla y sin querer me tiraron y me caí al piso, recuerda hoy entre risas. Ellos siempre me ayudaron, se ofrecieron a acompañarme a todos los lugares y jamás me discriminaron.*

Durante la escuela secundaria, Florencia se perdió de vivir momentos especiales junto a sus compañeros a causa de su discapacidad. Tenía la posibilidad de viajar a Bariloche pero decidió no hacerlo porque supuso que iba a estar incómoda con su silla de ruedas.

Si bien su adolescencia no fue del todo fácil, contó con el amor de sus padres, Norma y Fabio, y de sus hermanos Damián (25), Lara (14) y Ariana (11) que siempre estuvieron al pie del cañón para sus necesidades.

Tenía mis días en los que estaba mal. A veces me sentía un tanto frustrada y me ponía a llorar. Pero enseguida tenía la contención de mi

familia que me alentaba para seguir adelante. El accidente me marcó para toda la vida, pero se puede salir adelante con el amor que te dan tus seres queridos.

El deporte y su primer amor

A los 17 años, mientras hacía rehabilitación en un centro de Esteban Echeverría, conoció a una persona que le ofreció practicar básquet adaptado para personas en sillas de ruedas. En ese momento no le disgustó la idea, pero por problemas económicos su papá no la podía llevar a las prácticas.

Sin embargo, a los pocos meses se acordó de aquella invitación, y en compañía de su papá, fue a ver a ese hombre al club AMIDA, y desde ese momento comenzó a entrenar.

A los pocos minutos, cuenta, le dieron una silla para probar y su papá se quedó a jugar como si fuera un discapacitado más. Era algo nuevo para ella y cuando conoció a sus compañeros se sintió reconfortada al ver que no era la única que tenía ese problema.

Para el primer partido oficial no pudo ser de la partida porque recién se había incorporado al equipo, aunque para el segundo juego —disputado en San Justo— pudo saborear desde el rectángulo su primer triunfo.

Estaba re nerviosa, había mucha gente y como yo era la única nueva sentía que tenía todas las miradas encima. Pero me fue bastante bien, me sentí muy cómoda en la cancha y defendí muy bien, dice.

Mientras entrenaba y competía conoció a Agustín, un joven que juega tenis adaptado, con el que estuvo de novia nueve meses. Durante la relación —al principio fueron amigos— él le enseñó muchas cosas, entre ellas a viajar en colectivo en silla de ruedas.

Ella lo iba a ver al CENARD todos los días y como no se animaba a decirle a su papá que la acercara, una mañana su novio le dijo que

lo esperara en la estación de trenes Federico Lacroze y juntos tomaron el colectivo hacia Núñez. *Esa experiencia fue genial y él estaba ahí para ayudarme. Después empecé a viajar sola y lo iba a ver todos los días*, dice Florencia sobre Agustín con quien actualmente son nuevamente grandes amigos.

Un profesor del CENARD, que la veía todas las mañanas, le preguntó si se animaba a jugar al tenis adaptado como Agustín. Florencia confiesa que al principio no entendía cómo se podía manejar una silla con una raqueta en la mano y cómo se hacía para pegarle a la pelota. Pero pese a esas dudas iniciales, comenzó a asistir a la escuelita los días sábados por la mañana y como observaron que tenía muchas posibilidades a futuro, le ofrecieron becarla para que pudiera entrenar todos los días y terminar la secundaria en la escuela que funciona en el CENARD y que depende del Gobierno de la Ciudad.

Luego de consultarlo con sus padres, respondió con un fervoroso sí a la propuesta y desde hace dos años vive en el hotel del CENARD. Comparte la habitación con dos atletas y otra tenista, cursa por la tarde 5º año y por la noche entrena.

El colegio le puso una celadora que la asiste en el horario de clases. *Con Valeria charlamos mucho, chusmeamos, es mi confidente, en el recreo tomamos mate. Me acompaña al hotel si tengo que ir y a las cuatro merendamos juntas. Si la necesito la llamo o le mando mensajitos.*

En abril de 2010 tuvo su primer torneo de tenis, el Argentina Open, y pese a que perdió en primera ronda, destaca que fue una experiencia muy interesante. *Estaba muy nerviosa porque estaban mis padres y sentí mucha responsabilidad, pero a pesar de eso logré enfocarme en la cancha y meterme en el partido*, explica.

De lunes a sábado Florencia vive en el CENARD y el fin de semana lo pasa con su familia. Se toma el colectivo 15 y su papá la espera en Pacheco para llevarla hasta la céntrica casa de José C. Paz a la que se mudaron hace cinco años para evitar más disgustos.

Si no hace frío, sale a manejar su cuatriciclo junto a sus hermanas y por la tarde suele visitar a su abuela, con quien toma unos mates y le cuenta sobre su semana en el colegio y en los entrenamientos.

Los domingos se junta toda la familia a comer un asado en su casa y reciben la visita de su hermano, su cuñada y sus dos sobrinos de seis y tres años. *En la semana los extraño mucho y siento mucha nostalgia. Quiero estar en mi casa y es complicado, aunque en el CENARD la paso muy bien y estoy muy contenida.*

Florencia quiere terminar la secundaria para empezar la licenciatura en Obstetricia, seguir jugando al tenis para participar en más torneos y en el futuro le gustaría volver a tener novio y en unos años formar una familia.

La verdad es que cuando me pasó el accidente no pensé que iba a poder salir adelante. Haber conocido gente con el mismo problema fue una salvación. Agradezco todo el amor y la fuerza que me brindó mi familia.

CONCLUSIONES:

Florencia pudo salir adelante gracias a:

- El apoyo de sus padres y de sus hermanos que estuvieron en todo momento a su lado.
- Haber conocido gente que padecía su misma dificultad lo que la ayudó a darse cuenta de que no era la única que lo sufría.
- Su constancia para practicar deportes y su fortaleza para no quebrarse y buscar en todo momento nuevos desafíos.



BERNABÉ GALERA

sobreviviente de la tragedia de Cromañón

Mi hija le dio un sentido muy grande a mi vida.

Bernabé Galera (32) conversa con los vecinos de Villa Devoto. Se muestra amable a la hora de contestar alguna de las preguntas que le hacen los jubilados, como así también con los niños que lo saludan y le piden que se sume al picado de fútbol. Él toma mate y vigila que todo esté en orden en la plaza Teniente General Richieri, donde trabaja como guardián de ese espacio público desde 2008.

Hasta el fatídico 30 de diciembre de 2004, día en que se produjo el incendio en el boliche República de Cromañón, que se llevó la vida de 194 personas, Bernabé era un ciudadano común que trabajaba en una empresa multinacional y que compartía el tiempo libre entre sus dos pasiones: alentar al club Quilmes y asistir a diversos recitales de rock siguiendo a La Renga, Jóvenes Pordioseros, Viejas Locas y Callejeros, entre otros grupos.

Aquella noche fatídica

El anteúltimo día del 2004, Bernabé había ido a Cromañón junto a su pareja de aquel entonces y a una amiga de ella. Llegaron más temprano que de costumbre porque en el primer turno tocaba Ojos locos, un grupo de Tapiales que él también seguía.

Bernabé recuerda que esa noche hacía mucho calor y que le había dicho a su novia que iban a estar mejor ubicados en la parte de abajo del local. En un momento, ella quiso subir para ir al baño pero él le pidió que esperara unos instantes. Dos minutos después comenzó el incendio.

Cuando vi que las dos velas se clavaron en la parte de arriba agarré a esta chica y a su amiga y salimos por una puerta muy angosta que yo sabía que era la única salida disponible porque conocía muy bien el lugar. Hicimos siete u ocho pasos y vimos como el fuego amarillo se había apoderado de toda la media-sombra. En ese momento se cortó la luz y fue un griterío total. El aire estaba caliente y yo empecé a gritar para que la gente saliera y no se quedara en la puerta. Muchos no sabían para donde correr.

Bernabé explica que si bien nunca antes había vivido una situación semejante, había pasado por experiencias de riesgo en la cancha o en otros recitales que le resultaron muy útiles a la hora de ayudar a sacar a otras personas del boliche en esa inolvidable y triste noche.

Pude sacar a varias personas pero se me murieron tres chicos en la mano. Cuando llegaron los bomberos logramos abrir una puerta que estaba atada con un candado y en ese momento observamos un montón de personas apiladas, uno arriba de la otra. No sabíamos para donde ir. Éramos cuatro pibes dando indicaciones mientras la policía te miraba con el palote, sin ayudar. Era todo un completo caos.

En esas primeras horas, recuerda que entró unas ocho o nueve veces para tratar de rescatar con vida a la mayor cantidad de jóvenes

que se encontraban dentro del lugar, mientras su novia y la amiga de ella ya estaban a salvo.

Cuando reingresó por la puerta que habían logrado destrabar los bomberos, Bernabé fue testigo del aglutinamiento de decenas de personas que yacían desmayados en el piso, y otras ya sin vida. *En ese momento no me puse a pensar en qué era lo que sentía. Después me partí en un llanto desconsolado porque era muy fuerte lo que estaba viviendo. Nunca había levantado un cuerpo muerto y menos de chicos de 13 años.*

Aproximadamente a las 3 de la madrugada del 31 de diciembre, Bernabé cuenta que se retiró de Cromañón y no sabe cómo apareció cuatro horas más tarde en Constituyentes y General Paz. En ese momento, al notar que estaba perdido, un empleado de una pizzería lo llevó en auto hasta su casa en Mataderos.

Cuando ese mismo día volvió a abrir los ojos, pensó que había vuelto a nacer. Por un lado, sintió alegría por estar vivo, pero por el otro una profunda tristeza por todos los chicos que habían fallecido y por los que aún continuaban internados. Los días posteriores también comenzó a sentir una gran culpa y a preguntarse por qué él había sobrevivido y otros no habían corrido la misma suerte.

Como estaba deprimido y con ataques de pánico, su papá lo convenció para que iniciara una terapia. Fue así que consultó con la licenciada Ángela Ponce, en el Hospital Álvarez, en quien depositó toda su confianza y, según dice, lo escuchó y lo guió para escribir su historia, pese a tanto dolor.

Cuando regresó de vacaciones, en marzo del 2005, Bernabé se dio cuenta de que las consecuencias de haber sobrevivido a Cromañón no solo se limitaban al plano psicológico, sino también al laboral.

Me comenzaron a hostigar en el trabajo. Y pensar que unos meses atrás me habían dado un premio por haber sido el único que no había faltado ni un solo día en el 2004. Me empezaron a perseguir hasta que me echaron.

Como ese trabajo le permitía mantener su tiempo ocupado varias horas al día, una vez que fue despedido los ataques de pánico fueron más constantes, y con la medicación que recibía, hubo días en los que durmió hasta 17 horas. En esos momentos, confiesa, estuvo cuatro veces a punto de tirarse bajo las vías del ferrocarril en Liniers, ya que sentía que su vida no tenía sentido.

La tarde en que escuchó por la televisión que Omar Chabán, gerenciador de Cromañón, quedaba libre mientras continuaba su procesamiento por la causa, Bernabé comenzó a hacer el clic que fue fundamental para seguir adelante con su vida.

Eran las cuatro de la tarde, tenía solo dos pesos en el bolsillo, me levanté de la cama y fui hasta Tribunales. A él ya lo habían sacado y también se habían ido los padres de las víctimas. A partir de ese momento pensé que si me había levantado una vez, no podía volver a estar tirado en una cama, porque yo no era así. Me estaba apagando cada vez más.

El sentido de la vida

Para volver a apostar por la vida, Bernabé contó con el apoyo y la contención de sus padres, pero especialmente con el amor que le brindó su abuela, a quien consideró como su mamá desde que era chiquito. *Ella se aguantó todo: toleró mis patadas, que la tratara mal, que me quiera dar de comer y yo no le acepte nada. Mi abuela fue un pilar gigante, reconoce.*

Ayudado por la terapia, empezó a buscar trabajo y a las pocas semanas entró como cadete en la Comisión de Transporte, donde gracias al destino, conoció a una mujer que también era sobreviviente de Cromañón. Luego de unas charlas en las que ambos se apoyaron y se contuvieron por lo que habían padecido, se pusieron de novios y fruto de ese amor nació Agustina, que hoy tiene 5 años.

Cuando ella me dijo que estaba embarazada me empezaron a cerrar un montón de cosas y entendí por qué razón nos quedamos acá. Mi hija me cerró el círculo, ella le dio un sentido muy grande a mi vida. Esa noticia me puso muy contento, me cargó mucho de energía. Agustina es preciosa, alta, grandota, hablamos de todo y tenemos una relación hermosa. Va al jardín y también hace natación, dice Bernabé, que vive en su casa de Mataderos junto a su hija, su madre y su abuela.

A medida que se fue recuperando, se fue acercando a las marchas que realizaban los padres de las víctimas y los sobrevivientes de la tragedia. En los reclamos conoció a mucha gente con la que compartió el pedido de justicia para los culpables y con muchos de ellos inició una gran amistad.

Desde ese momento, marcha todos los días 30 y colabora con la organización 30 de diciembre, junto a otros sobrevivientes. *Esto nos sirve para estar todos juntos y hacer catarsis. Compartir estas charlas me ayudó mucho a seguir adelante.*

Bernabé dice que una de las enseñanzas que le dejó haber estado en Cromañón el 30 de diciembre del 2004, es valorar las pequeñas cosas de la vida que anteriormente le parecían insignificantes. También aprendió a apreciar a la gente que está a su lado, especialmente a su familia con los que puede contar tanto en las buenas como en las malas.

Desde hace tres años trabaja como guardián en la plaza Tte. Gral. Richieri, cuidando que no se rompan los bancos, estando atento a que la empresa encargada de hacer la limpieza cumpla con sus obligaciones y preocupándose de que haya seguridad en los juegos para no tener que lamentar ningún accidente.

Si bien la relación con la mamá de Agustina no duró mucho tiempo, desde hace un año y medio está en pareja con otra mujer que también tiene un hijo. Su idea en el mediano plazo es poder estar juntos los cuatro y formar una familia.

Además, próximamente Bernabé piensa retomar el profesorado de Historia que dejó en 2003 y que no pudo retomar tras la tragedia. Y principalmente, sueña con poder seguir brindándole día a día todo el amor a su hija, su bien máspreciado que le develó el sentido de su vida.

CONCLUSIONES:

Bernabé pudo salir adelante gracias a:

- La ayuda de la terapia y el amor incondicional que le brindó su familia, especialmente su abuela.
- La llegada de su hija que fue la señal que necesitaba para darle sentido a su vida.
- Su fuerza de voluntad para apostar por la vida en los momentos más tristes y oscuros.



IRMA ROJAS

en 2007 encontró a su nieta, hija de desaparecidos

Encontrar a María Belén me cambió la vida.

Una cálida y amable sonrisa espera del otro lado de la puerta de "Abuelas de Plaza de Mayo". Bajita, vestida con un pantalón negro, una blusa violeta y un saquito del mismo color, Irma Rojas (76) señala en un afiche la foto de María Belén, su nieta a la que recién conoció en 2007 cuando fue recuperada luego de muchos años de tristeza y dolor. Aprovechando la ausencia circunstancial de Estela de Carlotto, titular de la Asociación, se acomoda en su oficina y comparte su historia.

La madrugada del 13 de mayo de 1977 una vecina tocó el timbre de su casa para contarle que su hijo, Horacio Antonio Altamiranda, y su nuera, Rosa Luján Taranto, habían sido secuestrados en su vivienda, en la localidad bonaerense de Florencia Varela, delante de sus dos hijos, de dos y tres años.

En ese momento le avisó de lo sucedido a su consuegra para que la acompañara en la búsqueda de ambos, pero ella le contestó que no pensaba hacer nada. Entonces decidió salir sola a caminar para dar con el paradero de su hijo y de su nuera, que se habían conocido mientras militaban en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Desde entonces dejé de trabajar y solo me dediqué a buscarlos. No sabía a dónde ir. Estuve en Florencio Varela, en La Plata y hasta fui cuatro veces a Campo de Mayo, donde después me enteré que los tenían, y a mí me habían jurado que no estaban ahí, recuerda resignada.

Como no tenía noticias recorrió comisarías, hospitales y hasta la morgue. Estaba desesperada y aún tenía las esperanzas de poder encontrarlos con vida.

Mientras continuaba con su búsqueda de día y de noche, se fue enterando de algunas cosas que hasta ese momento desconocía. Por ejemplo, que Horacio (que tenía 20 años cuando desapareció) hablaba mucho de política con su cuñado y que en el barrio la mayoría de los vecinos estaba al tanto de su militancia. Sin embargo ella no lo sabía.

Mi hijo era una persona muy inteligente, trabajaba como soldador y electricista. Conoció a mi nuera, se enamoraron y se fueron a vivir juntos. Nunca me imaginé que podía terminar como terminó. Una vez, él me había dicho que nunca me quería ver llorando. Por eso salí a la calle y luché para encontrarlos.

Irma recuerda que por aquellos días de 1977 se levantaba bien temprano y caminaba todo lo que fuera necesario para encontrar alguna pista firme que la llevara a reencontrarse con Horacio y Rosa. Cuenta que una vez le rogó a un oficial para que le mostrara los cadáveres si ellos estaban muertos. Sin embargo, una y otra vez le negaban el derecho a saber qué había sido del destino de ambos.

Como se dio cuenta de que sola no podía luchar contra el enemigo, si bien tenía el incondicional apoyo de su marido, decidió ir primero a

Madres de Plaza de Mayo, pero como su nuera cuando fue secuestrada estaba embarazada de ocho meses, una persona le recomendó que fuera a Abuelas de Plaza de Mayo, ya que en esa entidad buscaban a los nietos que habían nacido durante la Dictadura Militar.

Irma pasó muchos años en Abuelas siendo testigo de cómo muchas de ellas iban encontrando a sus nietos, y no perdía la esperanza de poder conocer al suyo, que en ese momento no sabía si se trataba de un hombre o de una mujer.

En el año 2005, en la provincia de Córdoba, una joven llamada María Belén, que siempre supo que había sido adoptada de buena fe, se contactó con la filial local de Abuelas porque sospechaba que podía ser hija de desaparecidos. Por cuestiones familiares decidió suspender esa búsqueda, aunque a mediados de 2006, la muchacha reinició el camino hacia su identificación.

Fue así como en junio de 2007, el banco de datos genéticos identificó de manera positiva, con un 99,99% de certeza, que María Belén era hija de Rosa Luján y de Horacio Antonio.

El 28 de junio de ese año fue un día que Irma jamás olvidará. Esa mañana se enteró de la noticia y por la tarde, en una conferencia de prensa, abuela y nieta pudieron estrecharse en un interminable abrazo que había esperado 29 años.

Habíamos ido con mi marido y tres de mis hijos. Yo pensaba a quién se podía parecer y cómo me recibiría. Cuando la observé comprobé que tenía la parte del mentón de mi hijo y el modo de caminar de mi nuera, recuerda. "Abuela, que bueno encontrarte, nunca te voy a dejar", dice que le dijo su nieta en ese primer contacto.

Después de esos besos y abrazos, Irma le presentó al resto de la familia y conoció a la persona que la crió, con quien mantiene una muy buena relación. Al día siguiente se realizó el tradicional brindis en Abuelas cuando encuentran a un nuevo nieto. *Estaban todas las abuelas, vinieron mi marido, mis hijas, mi hermana. Fue un día muy*

lindo, sacamos fotos. Yo no pensé que iba a ser tan cálido y emotivo el recibimiento.

En esos momentos su nieta le presentó a su pareja y a su hija de nueve años, una de sus seis bisnietas, que la abrazó muy fuerte y le dijo que estaba muy feliz de conocerla.

Irma dice que María Belén es muy cariñosa, una “excelente chica”, humilde, que tiene un “lindo” carácter, que sus padres adoptivos la criaron “muy bien” y que jamás quisieron alejarla de su familia de origen.

De mi hijo tiene la forma de hablar y tiene los ojos grandes como la mamá.

Actualmente, María Belén trabaja en Abuelas de Córdoba, y cuando tiene que viajar por trabajo a Buenos Aires no deja de pasar a visitar a sus abuelos y al resto de su familia.

También se ven en Córdoba cuando Irma viaja para verla y disfrutan de esos momentos que ambas guardarán para siempre en sus corazones. *Encontrar a mi nieta me cambió la vida, este es el premio más valioso que me dio la vida tras haber perdido a mi hijo y a mi nuera. Es una alegría tenerla.*

Desde el día que encontró a María Belén, Irma se levanta todos los días con una sonrisa. De lunes a jueves está en Abuelas, apoyando a las otras abuelas que aún sueñan con encontrar a sus nietos. Antes se tomaba todos los días tres colectivos desde Florencio Varela, pero desde hace algunos años le pusieron un remis que la lleva y la trae todos los días. Los viernes aprovecha para hacer las compras y llenar el changuito para cocinarle a su marido. Y pese a que no olvida ni por un instante a los que ya no están presentes, disfruta de su casa, de sus hijos, de sus nietos y de sus bisnietos. Hay dos cosas que espera con mucha ansiedad: los almuerzos de los domingos en familia y las llamadas telefónicas de María Belén. Dos situaciones que le devuelven la sonrisa y la hacen muy feliz.

CONCLUSIONES:

Irma pudo salir adelante gracias a:

- La persistencia, la lucha y la esperanza de encontrar a su hijo y su nuera con vida.
- El incondicional apoyo que le brindaron las Abuelas de Plaza de Mayo.
- El recuerdo de su hijo y su nuera que le dio fuerzas para seguir adelante con la búsqueda de su nieta.



JULIO Q.

se recuperó tras ser adicto a la
cocaína durante 17 años

Mi mujer me salvó la vida.

Julio Q. viene caminando por la calle Echeverría a la altura de la estación de tren de Belgrano R. en una hermosa tarde soleada. Sosteniendo el libro *El flaco*, de José Pablo Feinmann, dice que para hablar de su vida es necesario hacer referencia a Narcóticos Anónimos (N.A.) y que por esa razón su testimonio tiene que ser anónimo. Por eso, posa de espaldas y muy amablemente se dispone a dialogar. *Hoy hace 16 años, 7 meses y 15 días que dejé de consumir*, dice antes de comenzar a contar su historia.

Tras cursar un año en el Liceo Militar, Julio deambuló por varios colegios secundarios de la ciudad de Buenos Aires hasta que a los 15 años comenzó a trabajar como cadete en una consignataria

de hacienda en el centro, por lo que debió pasarse a una escuela nocturna.

Hasta ese momento, nunca había consumido drogas. Es más, cuando se enteró de que su hermano menor consumía sustancias prohibidas, lo encaró fuertemente y hasta le quiso pegar. Su primer contacto con la cocaína sucedió una noche en una discoteca de Olivos. Cuenta que estaba algo pasado de copas y sus amigos le dieron a probar una sustancia, convenciéndolo de que de esa forma se sentiría mucho mejor.

Al principio solo consumía cocaína los fines de semana cuando salía a la noche. Pero después comencé a trabajar en el puerto y me levantaba a las 5 de la mañana, después me iba al colegio y a las 11 de la noche regresaba a casa para empezar de vuelta al día siguiente. Como dormía muy pocas horas, empecé a tomar pastillas para mantenerme despierto y no me daba cuenta de que ya estaba empezando mi adicción, dice.

Al poco tiempo, mientras el consumo de cocaína solo se limitaba a los fines de semana, comenzó a trabajar en una empresa metalúrgica donde llegó a ocupar el puesto de Gerente de Costos, gracias a que cursó una carrera que le pagó su jefe de ese momento.

Sin embargo, no pudo mantener ese puesto que tanto le había costado alcanzar ya que el consumo de cocaína lo había extendido a casi todos los días de la semana. Y su estado no era el más adecuado como para poder asumir esa responsabilidad.

Tras siete años de noviazgo, en 1969 se casó con su primer amor, a quien le ocultó por completo su adicción a la cocaína. Pero el matrimonio duró solo nueve meses porque, según comenta, él se iba de "trampa" seguido y no estaba en condiciones de seguir manteniendo esa relación.

A los dos años conoció a su segunda mujer con quien tuvo a sus dos hijos mayores. A esa altura, el consumo fue creciendo muchísimo, lo que lo llevó en cierto momento a perder las riendas de su

vida. Y aunque nunca le habló de su enfermedad a su esposa, las constantes peleas pusieron punto final a la relación.

Había perdido mi sano juicio, no controlaba nada, no me importaba nada. Salía a conseguir droga a cualquier precio. Le robé a mi familia, perdí un auto, una casa, estaba muerto en vida.

Una mujer que le salvó la vida

En 1984 Julio se volvió a casar con una mujer que tenía dos chicos, y juntos tuvieron dos hijos más. Lejos de encontrar una salida a su problema del consumo, continuó incrementando su adicción. Sin embargo, de manera inconsciente, comenzó a dar algunas señales (dejaba droga en el auto, en la campera) porque era evidente que estaba desesperado y que necesitaba ayuda para salir adelante.

Por esos indicios, a mediados de 1993, su esposa decidió concurrir a un grupo de familiares de adictos y en varias oportunidades le recomendó algunas de las asociaciones que trataban su enfermedad. Pero todavía él no había tomado conciencia real de la gravedad de su problema. *En agosto de ese año me dijo que la relación no iba más y se fue con los chicos a la casa de un familiar en Río Cuarto. En ese momento lo único que pensé era que al fin iba a poder drogarme tranquilo sin que ella me molestara, recuerda.*

Sin embargo, cuando cayó en la cuenta de que estaba definitivamente solo, tomó la decisión de ir a N.A., aunque en ese momento no pasaba por su mente la idea de dejar de consumir: *Me acuerdo que la primera reunión fue el 2 de noviembre y me recibieron como si me conocieran de toda la vida. Me abrazaron, me aplaudieron y me dijeron que me quedara aunque no les creyera. Seguí yendo pero me seguía drogando, y cuando me preguntaban si había dejado de consumir yo les decía la verdad, y dejaba la droga en un árbol en la esquina.*

Julio convenció a su mujer de que había comenzando el tratamiento para recuperarse de su adicción y de esta forma logró que volviera de Córdoba junto con sus hijos. Pero como su conducta no se modificó, para fin de año ella lo volvió a dejar. Eso fue lo que lo motivó a hacer el clic definitivo. Estuvo un mes solo en la casa, triste y deprimido. Dice que no paró de consumir ni un solo instante y que no recuerda en qué momento habían regresado su esposa y sus hijos, ya que había perdido por completo el control de su vida.

Después de esa desagradable e imborrable experiencia, Julio tomó conciencia de que así no podía continuar con su vida. El 24 de enero de 1995, fecha que jamás olvidará, volvió a ir a los grupos de N.A. *En ese momento me rendí, estaba muy dolorido y no tenía más nada que perder, solo me faltaba morirme. Me acuerdo que entré con las manos levantadas porque me estaba rindiendo. Eso fue lo que les dije a mis compañeros, rememora entre lágrimas.*

Recuperar la dignidad

Julio cuenta que el programa de N.A. es gratuito, libre, confidencial y espiritual y que está basado en los 12 pasos del tratamiento que recomienda Alcohólicos Anónimos (A.A.) cuyo eje se fundamenta en la ayuda de un adicto a otro y en compartir sin prejuicios las experiencias personales con el grupo.

Desde ese momento, nunca dejó de asistir a los grupos y desde hace quince años realiza un servicio de información pública, que lleva a los colegios y a los medios de comunicación la misión de N.A. y la certeza de que no es necesario que nadie se tenga que morir por el consumo de drogas. También visita a los enfermos en los hospitales y lleva su mensaje a todas las personas que no pueden acercarse personalmente a las charlas.

Cuando comenzó la recuperación, su mujer le dio otra oportunidad y retornó a las charlas para familiares de adictos, al igual que su hija más chica que se insertó en el grupo de niños. Posteriormente, Julio blanqueó su situación con sus hijos mayores, a quienes les confirmó que hacía meses que había dejado de consumir.

Pude recuperar mi dignidad como persona; saber quién es Julio, un tipo que tiene defectos y virtudes; el poder escuchar el otro, compartir con los demás. A mí me ayudó mucho llevar el servicio a mi casa. Yo antes no hacía una cama, exigía que me sirvieran la comida, no colaboraba con mi mujer y mis hijos, y hoy todo eso lo hago con placer. Comparto todo con mi familia. Mi mujer me salvó la vida, resalta.

Hace cuatro años lo llamaron para trabajar en rehabilitación en un centro de salud donde tiene la misión de escuchar y atender a muchas personas que pasan por su misma situación. Actualmente presta servicios de lunes a jueves transmitiéndoles su experiencia a los más jóvenes de que esta adicción “es una enfermedad que tiene cura y que no hace falta tocar fondo, porque lo que les espera es lo mismo a corto o largo plazo”. Y aconseja a esas personas que se den una oportunidad, y que pidan ayuda “porque entrar es fácil pero se necesita mucho coraje para salir”.

Hace más de dieciséis años que Julio dejó de consumir y desde ese momento puede disfrutar plenamente de su mujer, de sus hijos, de sus dos nietas y principalmente de él mismo. Y dice que desde aquel día no hace otra cosa que agradecerle a la vida que lo iluminó para poder cambiar; y que ahora puede reparar por todo el tiempo que estuvo ausente.

CONCLUSIONES:

Julio pudo salir adelante gracias a:

- El amor de su mujer y sus hijos que hicieron posible el clic para pedir ayuda y dejar de consumir.
- Las charlas que viene presenciando desde hace más de dieciséis años en N.A. y el servicio que brinda a otras personas que pasan por su misma situación.
- La fortaleza para dejar de consumir y recuperar su dignidad como persona.



ELMA DÍAZ

llegó a pesar 160 kilos y actualmente se mantiene en 85

*Me pongo una bikini y me siento realizada,
es una felicidad enorme.*

Elma Díaz (38) disfruta muy relajadamente de su café preferido en el patio de una confitería, mientras el sol de primavera ilumina su bella sonrisa. Recoge un libro de su cartera y comienza a leer. Dice que es una de las actividades que más placer le da. Lo que para la mayoría de las personas podría significar un trámite, para ella es poder disfrutar libremente de su cuerpo y haber dejado atrás toda la angustia que vivió en los momentos en que llegó a pesar 160 kilos.

Elma cuenta que siempre fue “gordita” pero que cuando nació su hija, que hoy tiene 15 años, aumentó mucho durante el embarazo y que desde ese momento su cuerpo nunca más se pudo equilibrar,

hasta que llegó un momento en que casi sin darse cuenta la balanza marcó los 160 kilos. Ante esa alarmante situación decidió consultar con un especialista, que le diagnosticó que la única manera de sobrevivir era mediante un bypass gástrico.

Me sentía muy triste y era discriminada en la calle. Me decían "correte, gorda", el chofer del colectivo me pedía que subiera más rápido y yo no podía hacerlo por mi sobrepeso. No hay respeto por el otro, nadie se modera cuando tenés una discapacidad, dice a la distancia.

En ese momento, Elma se desempeñaba como suboficial de la Armada y, asustada por las palabras de su médico, planteó la posibilidad de realizarse esa cirugía para poder seguir viviendo. Sin embargo, la obra social le denegó la solicitud y a partir de entonces comenzó un calvario que jamás había imaginado.

A los pocos días, en su trabajo se formó una junta médica formada por diez profesionales (nutricionista, médico clínico y gastroenterólogo, entre otros) que debían tomar una decisión sobre su estado de salud. Elma cuenta que tenía turno con los diferentes especialistas prácticamente todos los días de la semana, de 8 a 18, pero que ninguno de ellos se dignaba a atenderla. *Querían hacerme enojar, fueron muchos meses muy agotadores. Estaba muy depresiva, tirada a menos, nadie me daba bolilla. La vida que hacía no era normal, la obesidad me excluía del resto, no podía viajar, no me podía mover, ni siquiera podía encontrar una posición cómoda estando sentada en una silla de espera.*

También se sintió discriminada en el trabajo. Cuenta que cuando pasaba delante de sus compañeros, ellos murmuraban y sentía que hablaban de ella por lo bajo. Pero esas miradas maliciosas no fueron nada en comparación con el trato que recibió de uno de los especialistas.

"Te vas a morir gorda e inválida gástrica, y vas a ser infeliz el resto de tu vida", cuenta que le dijo un cirujano en una de las juntas médicas que analizaba su posible intervención.

Ante esta situación presentó un recurso de amparo para poder realizarse la operación, y como respuesta recibió nuevas amenazas: *“No jodas con el amparo porque vas a terminar mal”*, le dijeron en su oportunidad.

En esos momentos de angustia confiesa que no veía la hora de morirse y hasta deseaba tener un ataque al corazón para no seguir llevando la vida que sobrellevaba. *No quería sufrir más, para mí era una agonía interminable.*

En el peor momento de su vida, Elma sacó fuerzas de donde no tenía y luchó por hacer justicia para lograr su tan ansiada operación. Por aquel entonces, su hija tenía 11 años y comenzó a sentir que no quería perderse su adolescencia, su crecimiento y que le gustaría estar presente el día en que su niña formara una familia. Fue así que, junto a su abogado, se presentó ante la entonces ministra de Defensa, Nilda Garré, a quien le manifestó toda la humillación que sentía como mujer, y tras la presentación de un amparo, se autorizó la operación.

Cambio de vida

Finalmente en abril del 2007 le realizaron el bypass gástrico y logró bajar hasta los 85 kilos, peso en el que actualmente se mantiene. Elma cuenta que la recuperación fue muy rápida y que a las cuatro horas ya estaba caminando.

Para mí fue un logro increíble. Quebré un montón de murallas, en ese momento pensaba que iba a seguir viviendo y disfrutando de mi marido y de mi hija, pese a todo el maltrato que había recibido en el trabajo.

Al poco tiempo de la operación, empezó a hacer gimnasia y se recibió de instructora en salud, alimentación y actividad física y de personal trainer. Y desde ese momento comenzó a disfrutar de su nueva vida, haciendo cosas que nunca imaginó que podría hacer.

Todos los días aprendo cosas nuevas, antes no podía hacer nada y ahora puedo hacer todo lo que me propongo. Voy a la playa, me pongo una bikini y me siento realizada; es una felicidad enorme.

Actualmente continúa trabajando en la parte jurídica de la Armada, a cargo de treinta y dos abogados. Si bien sostiene que nunca tuvo represalias tras haber ganado el juicio, mantiene sus reservas de que en algún momento la puedan volver a hostigar.

Actualmente, Elma se levanta todos los días a las cuatro de la mañana, para ir de Paso del Rey hasta su trabajo en Retiro. A media mañana para una hora para nadar, vuelve a la oficina donde continúa con sus tareas, hasta que la pasa a buscar su hija con quien algunos días se va de shopping y otros directamente a su casa.

Desde que me operé estoy mucho más tranquila. Todos los días me levanto temprano y sé que voy a estar siempre con mi hija hasta el último día y que la voy a poder ayudar en todo lo que necesite. Ahora puedo subir y bajar una escalera sin problemas. Estoy bien conmigo misma y también con mi esposo, e incluso puedo disfrutar mucho mejor las relaciones sexuales porque me estoy redescubriendo permanentemente.

Los fines de semana Elma aprovecha para ordenar su casa, estar con su marido y su hija y también atender en su domicilio a pacientes adultos mayores, a quienes les realiza chequeos médicos y los asesora en la parte alimenticia.

Además, ahora que se reconcilió con su cuerpo, aprovecha para hacer reuniones en su casa, con la familia y con amigos ya que antes, confiesa, le daba mucha vergüenza que la vieran como estaba. *Hoy por hoy estoy bien de ánimo, tengo la autoestima mejor. Me siento a tomar un café y a leer un libro en un bar y estoy mucho más relajada.*

Una vez que se operó su capacitación profesional le permitió sumar más trabajos, y de esta manera logró cumplir con el sueño

de terminar su propia casa. Entre sus deseos para el futuro, figuran ampliar su familia y seguir perfeccionándose en su formación académica en adultos mayores.

Se puede luchar contra la adversidad, salir adelante y lograr los objetivos que una se plantea. Pero para eso es fundamental no bajar los brazos y creer en uno y en la familia.

CONCLUSIONES:

Elma pudo salir adelante gracias a:

- El amor de su hija y su marido que la sostuvieron en los momentos más críticos.
- Su fuerza de lucha que le impidió rendirse ante la adversidad, permitiéndole hacer realidad el sueño de la operación que le devolvió la vida.
- Su vocación por el estudio que la ayudó a tener proyectos que le posibilitaron seguir creciendo en su faz laboral.

OLGA

logró denunciar a su ex pareja por abuso

Ahora que él está preso puedo dormir tranquila.

Olga (42) vivió un infierno, y aún no puede mostrar su rostro. Tímidamente ingresa a un bar de la zona de Retiro. Con su mirada triste pero franca, dice que está aliviada porque después de mucho sufrimiento, pudo denunciar al hombre que le arruinó la vida. Y sostiene que ahora sí se siente con fuerzas para contar su historia, para ayudar con su testimonio a las muchas mujeres de todas las clases sociales que son abusadas a diario y que aún no sacaron fuerzas para decir basta.

Olga llegó a Buenos Aires a los 24 años desde Tacna, Perú. Al poco tiempo se puso en pareja con un hombre y fruto de esa relación nació Valeria, su hija que hoy tiene 17 años.

Después de seis años de convivencia, decidió separarse. Al poco tiempo conoció a Fernando, un hombre diez años mayor que ella

con quien se puso de novia. En los inicios de esa relación nada hacía prever que podía ocurrir lo que ocurrió.

Él se mostraba como una persona buena, seria y responsable. En un comienzo yo no quería convivir con él porque no era el padre de mi hija y tenía miedo de que la cosa no funcionara. Pero él me sedujo con la idea de formar una familia y yo acepté, recuerda Olga, y hacia el año de relación, se fue a vivir con su nueva pareja y su hija a una casa humilde en RetiPoco después descubrió la peor cara de ese hombre con el que dormía todas las noches. Las agresiones verbales y físicas no tardaron en llegar. Olga mantiene su mirada triste y cuenta que ella siempre pensó que en algún momento podían cesar, y tenía la esperanza de que la llegada de su hijo Matías terminaría con ese sufrimiento.

Me decía que era una inútil, que no servía para nada y que era una puta porque demoraba en regresar del trabajo y en pasar a buscar a mi nene por el jardín. Me revisaba los mensajes de texto y la cartera, era muy desconfiado.

Instinto de madre

Como los golpes y los gritos eran cada vez más frecuentes, cuando podía, Olga se encerraba en el baño con llave para evitar que sus dos hijos fueran testigos de toda esa ola de violencia. Por aquellos días de sufrimiento su instinto de madre le aconsejó poner a su hija en un colegio pupilo por temor a que su concubino le hiciera daño también a ella.

Por un instante baja su mirada. Cuenta que desde un primer momento quería hacer la denuncia pero que no se animaba por sus amenazas: *Era una situación insostenible. Él me decía que se iba a llevar a mi hijo a un lugar donde no lo iba a poder encontrar y que se iba a desquitar con mi familia. Me alejé de mis hermanos, yo tenía mucho miedo,* dice con voz entrecortada.

A pesar del temor que tenía, aprovechó una tarde que Fernando estaba trabajando y se trasladó con su hijo a una vivienda cercana. Pero él logró ubicarla y comenzó con abusos sexuales.

Una tarde se trepó por el paredón de mi nueva casa, yo estaba sola y me violó. En ese momento sentí mucho asco, quería morirme, no tenía más fuerzas para seguir viviendo.

Cansada de los abusos que se repetían a diario, le rogaba una y otra vez que la dejara criar tranquila a sus dos hijos. Olga no daba más. Entre mayo y julio de 2010 pensó en quitarse la vida para no tener que seguir viviendo ese infierno. *Estaba decidida a matarme, pero se me apareció la carita de mi nene y pensé que no podía dejarlo sin mamá a esa criaturita tan linda.*

Sin embargo, lejos de tranquilizarse, su pareja hizo caso omiso a sus súplicas y una noche la sorprendió en la calle cuando regresaba de una casa de familia donde trabajaba como empleada doméstica.

Me esperó en la estación, se puso detrás mío. Me agarró del pelo y me arrastró unos 30 metros. Estoy segura de que me quiso llevar a un baldío para violarme otra vez, pero por suerte pasó un chico en una moto que nos alumbró y él me dejó tirada ahí y se fue corriendo, recuerda.

Al día siguiente, el 28 de agosto de 2010, fecha que nunca olvidará, sacó fuerzas de donde no las tenía y decidió hacer la denuncia en la comisaría por violencia verbal, física y sexual.

Él hacía lo que quería conmigo. Me tenía como un juguete, no podía salir de mi casa y hasta tuve que cambiar al nene del jardín porque me perseguía todo el tiempo. Por suerte fui a pedir ayuda y me la dieron.

Al momento de hacer la denuncia, constaba que Fernando era alcohólico, portaba arma blanca y contaba con causas judiciales anteriores. El fiscal que atendió la causa pidió su detención y tras estar unos meses en prisión preventiva fue llevado a juicio donde fue condenado, en diciembre de 2010, a dos años de prisión efectiva por violación de domicilio y daño, y otros cinco más por hostigamiento.

Por primera vez en muchos años, Olga llora pero de alegría, porque sabe que el hombre que le arruinó la vida estará muchos años tras las rejas, ya que en los próximos meses comenzará a ser juzgado por abuso sexual en el ámbito de la justicia de la Nación.

Ahora duermo bien, porque antes tenía miedo de que se apareciera por la noche en cualquier momento; estaba siempre alerta. Ahora me despierto en paz, llevo a mi hijo al jardín sin tener que estar mirando a los cuatro costados.

Después del infierno

Con el padre de su hijo preso, lentamente Olga va reacomodando su vida. Continúa como empleada por hora en casas de familia, aunque sueña con poder tener un trabajo fijo como peluquera o cocinera, los dos oficios para los que se formó.

Valeria continúa en el colegio pupilo porque su madre entiende que de esta forma está “contenida” y “protegida”. Los lunes por la mañana la acompaña hasta el establecimiento y los viernes por la tarde la pasa a buscar para pasar juntas todo el fin de semana.

Mi sueño es que mis hijos crezcan bien, felices. Quiero que estudien y que sean buenas personas. Quiero lo mejor para ellos porque son las luces que guían mi camino.

Y por último, hace hincapié en que en todos los casos de abuso siempre hay una salida. *Les digo que tengan fuerzas, que no se encierren en ese mundo que están viviendo. Tienen que saber que hay personas que tienen corazón y que las van a ayudar sin importarles de qué país son o cómo se visten, aconseja.*

Piensen en los niños que necesitan a su mamá. Yo estaba mal y me levanté arrastrada. Y desde ese momento mi vida cambió y cada día me siento un poquito mejor.

CONCLUSIONES:

Olga pudo salir adelante gracias a:

- El amor de sus hijos que le impidió tomar la trágica decisión de quitarse la vida en los momentos más angustiantes de su vida.
- Su fuerza para decir basta y denunciar al hombre que le había arruinado la vida.
- La acción de la Justicia que no la dejó sola y metió preso a su abusador.



OMAR CASTRO

quedó ciego pero logró retomar la escuela secundaria

Nunca miré para atrás.

Omar Castro (59) desciende del colectivo 24 en Perú y Venezuela. Recoge su bastón y se dirige hacia la Asociación de Ayuda al Ciego (ASAC) donde realiza tres veces a la semana su rehabilitación y diversos talleres desde que perdió la visión en el año 2000. Saluda a dos compañeros que también asisten a la institución e inmediatamente apoya su mano derecha sobre uno de los hombros de una empleada que lo guía hasta la sala de reuniones. A los pocos segundos entra en confianza y cuenta que en algún momento, junto a otros dos colegas, va a escribir un libro sobre la vida de una persona que perdió la visión. Es uno de los tantos proyectos que tiene y que lo mantienen muy activo desde aquel entonces.

Omar cuenta que desde muy joven y hasta antes de perder la visión, trabajaba de gasista. Como habitualmente hacía planos, en

el año 2000 consultó con otro especialista ya que el primero le había aconsejado que tenía que usar unos lentes. El oftalmólogo que lo revisó, le realizó un campo visual, que dio como resultado que tenía presión ocular alta y que debía colocarse unas gotas.

Por aquellos días de finales del año 2000 le habían entregado un automóvil 0 kilómetro ya que hasta ese momento no tenía ningún tipo de complicaciones con la vista.

Me fui de vacaciones con mi mujer y cuando volví, el control dio como resultado que la presión había descendido. Sin embargo, al mes siguiente volvió a subir y me indicaron otras dos gotas. A los pocos días comencé a ver algunas luces cuando manejaba y era el agua que se acumula en el ojo cuando empieza a no drenar.

A los pocos días, recuerda, iba manejando junto a su esposa y a la altura de Camino de Cintura se le cruzó una moto a la que casi le pasa por encima, porque no la había visto. En ese momento se dio cuenta de que comenzaba a perder la visión de su ojo izquierdo y en menos de seis meses tampoco pudo ver con el derecho.

Hasta último momento cuenta que estuvo trabajando; y recuerda una noche en la que había invitado a un amigo a cenar a su casa. Él estaba en una punta de la mesa, y cuando levantó la vista, observó “como un color grisáceo”. Esa fue la última vez que pudo ver.

Para mí hubo mala praxis porque el mal uso indiscriminado de las gotas produce la presión ocular, cuenta. Sin embargo, nunca me desesperé y comencé a pensar en qué iba a hacer de mi vida, y que tenía que tomar una decisión; pero nunca estuve depresivo, ni enfermo, sino activo y con muchas ganas de hacer cosas.

Omar dice que la que más sufrió su ceguera fue su mujer que se apenaba cada vez que él se llevaba las cosas por delante en la casa. Mientras tanto, él trataba de estar entero para contenerla. *Solo lloré los primeros días, pero me dije a mí mismo que tenía que salir adelante, porque mi vida no era solamente un par de ojos.*

Una puerta que se abre

En esos primeros momentos de confusión, una amiga de muchos años lo invitó a participar de una reunión en una iglesia de Ezpeleta, cercana a la localidad de Quilmes donde él vivía. Si bien solía ir a misa algunos domingos, nunca había tenido un contacto tan cercano y directo con la fe y con la religión católica. Tras consultarlo con su mujer, respondió afirmativamente y formó parte de un Seminario de vida que duró seis semanas y que, según cuenta, le cambió la vida.

Desde ese momento comenzó a tener una participación mucho más importante en la iglesia, que le sirvió de contención por su incapacidad para ver, pero que además le abrió las puertas para conectarse con la gente humilde y con la acción social.

A los pocos meses, el párroco de la iglesia lo invitó a hacerse cargo del comedor, que abastecía a unas 200 personas todos los días. Al principio, Omar pensaba que no iba a poder hacerse cargo de esa tarea a causa de su ceguera, pero tras pensarlo unos días, le dijo que sí, y durante dos años se ocupó de toda la organización de la mercadería y de las compras, junto a la ayuda de otras cuatro personas que lo acompañaban y guiaban.

Además, en la iglesia retomó una vieja pasión de su juventud: la guitarra. Y desde ese momento compartió su música con gente de otras parroquias, con los vecinos y hasta se dio el lujo de hacer varias giras por la Costa Atlántica. *Me di cuenta de que estaba muy integrado a la sociedad cumpliendo un rol, y que podía dar cosas y no quedaba excluido.*

Hasta ese momento, Omar no usaba bastón y casi todos los días caminaba acompañado de los lazarillos de la iglesia que muy gentilmente ofrecían su ayuda.

Fue en el año 2005 cuando comenzó a asistir a ASAC donde aprendió a usar el bastón en los talleres de orientación y movilización. También le enseñaron el sistema braille y cómo manejarse de

la mejor manera con las cosas que hacía a diario, como hacer una cama o lavar los platos. También aprovechó el curso de cerámica y hasta se recibió de operador en computación, título que depende del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y que le fue otorgado tras dos años de estudio.

Actualmente concurre a ASAC los lunes, miércoles y viernes de 13 a 17 y entre otras actividades, asiste a las clases de canto y vocalización, a las de técnicas de respiración y a radioteatro. Antes también había hecho natación y gimnasia.

Una profesora de la institución le indicó el nombre de las calles y le explicó cómo ir y venir desde su casa y de esa forma se animó a viajar en colectivo. *Es un desafío día a día. Hace seis años que ando solo y todavía me choco con las cosas*, dice sonriendo.

Además de sus profesores, Omar cuenta que Enrique, un amigo no vidente, le enseñó muchas técnicas de cómo viajar: *“Tenés que escuchar los pozos, las cunetas, las curvas”*, dice que le aconsejó. *Yo vengo en el 24 y se cuántas curvas y cuántas cunetas hay, y voy tomando referencia por la memoria visual.*

Volver a empezar

Como tuvo que abandonar el colegio secundario de joven para dedicarse a trabajar, hace dos años retomó la escuela, un anhelo que siempre quiso concretar. Cursa en una escuela para adultos todos los días de 18:30 a 22 y se graba las clases con un grabador que posee un sistema especial para ciegos.

Tengo aprobado primer año con 9 de promedio. Estudiar me abrió la cabeza. La escuela de hoy es totalmente diferente a la de los años 70 cuando yo estudiaba. Ahora te enseñan a pensar, antes era repetir todo como un loro. Tengo muchos profesores universitarios que nos dan muchas cosas para investigar y eso me motiva y me gusta mucho.

La mayoría de sus compañeros son jóvenes y Omar cuenta que les aconseja sobre la importancia de estudiar y de ser alguien en la vida. Además, se enorgullece cuando la mayoría quiere tenerlo en sus grupos a la hora de realizar trabajos prácticos en equipo.

Actualmente está jubilado, aunque realiza algunas tareas de gaisista en su casa. Y disfruta de su esposa y de todo lo bueno que le brinda la vida, más allá de su incapacidad para ver. Y además sueña con poder ayudar a mucha gente que tiene necesidades básicas insatisfechas, desde alguna tarea que no se remita a ocupar un puesto en una oficina, sino que esté vinculada a escuchar y a hablar con las personas.

Nunca miré para atrás, nunca me imaginé que podía hacer estas cosas sin la vista. Pero sigo adelante. Todo lo que estoy logrando me pone muy contento en el día a día. Sigo luchando y cambiando cosas y viendo qué otras nuevas cosas puedo hacer.

CONCLUSIONES:

Omar pudo salir adelante gracias a:

- Su profunda fe religiosa que lo ayudó a re-descubrirse como ser humano.
- Su convicción de no dejarse caer en el momento en que perdió la visión.
- Sus proyectos, que lo mantienen activo en todo momento.



AMNERIS DÍAZ

su hija nació prematura pero sobrevivió
a pesar del riesgo que tuvo su vida

*Lucía tiene una voluntad de hierro
y eso permitió salvarle la vida.*

Pintado de verde y violeta, en el cuarto se destacan algunas muñecas que son sus preferidas: Pepona, Sofía y Chocolate, a las que lleva a la cama para que salgan con ella en las fotografías. Mientras aguarda a su madre, se sienta apenas unos segundos en una de las sillitas rojas que rodean una pequeña mesa amarilla; luego va hasta su mini cocina para hacer que prepare algo de comer y enseguida va a tocar el piano, para subirse unos segundos más tarde a su triciclo.

Al rato, llega su madre, le hace upa, la llena de besos y posan juntas para la cámara. Minutos más tardes, Amneris relata la historia del nacimiento de su hija: el milagro de Lucía.

Amneris Díaz (33) vivía con su esposo Ezequiel en España. Como no podía quedar embarazada, juntos decidieron regresar a la Argentina e intentar ser padres, pero esta vez con el apoyo y la contención de sus familiares más cercanos. Con todas las expectativas a cuestas, se sometieron a dos tratamientos de inseminación artificial que no dieron resultado. Cuando estaban a punto de hacer una fecundación in vitro, Amneris quedó embarazada de forma natural, pero en ese momento de alegría no se imaginaba la lucha y el esfuerzo que debería pasar su hija para poder salir adelante luego de estar 75 días internada, por su nacimiento prematuro.

Parto de urgencia

El embarazo de Amneris venía sin ninguna complicación hasta que a la semana 27 de gestación, tuvo un broncoespasmo que la puso al borde de la muerte, porque sus pulmones eran muy pequeños y no tenían capacidad de respuesta para ese cuadro. Esa noche la llevaron a una guardia y el médico que la atendió le dijo que podía volver a su casa porque no era algo tan grave. Sin embargo, a las pocas horas su estado empeoró, decidieron llamar a la ambulancia y se ordenó su traslado de inmediato.

El cuadro seguía empeorando, no podía respirar. Me acuerdo que mi mamá le preguntó al doctor por el embarazo y él le respondió que primero había que salvarme a mí y después iban a ver qué pasaba con mi bebé. Yo no era consciente de que tenía riesgo de vida ni que Lucía podía nacer en ese momento, cuenta Amneris tres años después.

Cuando los especialistas lograron sacarla del cuadro clínico que la aquejaba decidieron que debían inducir el parto porque la bebé había quedado sin líquido amniótico y con la placenta envejecida en grado tres.

En ese momento, apenas recuperándose del broncoespasmo, del parto y de la gran cantidad de corticoides que le habían dado, no era consciente de los riesgos a los que están sometidos los bebés prematuros, como problemas neurológicos, sordera, hemorragias cerebrales o dificultades relacionadas con la motricidad.

Cuando nació Lucía pesaba un kilo exacto, era súper pequeña, pesaba un paquete de yerba. La primera vez que la fui a ver a Neonatología estaba en la incubadora con un pañal, debajo tenía un corderito y por arriba la cubría un nailon. Me daba mucha impresión, estaba como dentro de una bolsa y entubada con oxígeno, describe Amneris, en cuyos brazos tiene a Isabel, su beba de un mes y medio, también prematura.

Lucía permaneció 75 días en la incubadora. Estaba entubada por una vía periférica, una vía central y otra por donde le pasaban los antibióticos.

Con Ezequiel nos acompañamos durante todo ese tiempo. Cuando él iba a la clínica nos quedábamos las dos horas adentro, después volvíamos juntos para casa y al día siguiente comenzaba la rutina otra vez. Nunca nos reprochamos nada que pudiera lastimarnos más de lo dolorosa que era la situación, recuerda, mientras Lucía se esconde detrás de unas cortinas ante la mirada cómplice de su tía María.

Una tarde, Amneris y Ezequiel llegaron a Neonatología y observaron que su hija tenía la mitad del pecho blanco y la otra mitad de color rojo, y los médicos les dijeron que padecía una grave infección. *Esa noche al regresar a casa me acuerdo que estábamos en penumbras, casi sin ninguna luz encendida. Mi marido estaba llorando a mares abrazado a sus padres. Estaba muy presente el miedo a perderla.*

Esa misma noche, a eso de las cuatro de la madrugada, su suegro agarró el auto, fue hasta la clínica y le preguntó al médico de guardia si su nieta se iba a morir, a lo que el neonatólogo respondió “*es algo que yo no le puedo decir*”.

Un apoyo incondicional

Durante todo el tiempo que Lucía luchó por su vida, su mamá estuvo acompañada por toda la familia, que no la abandonó ni a sol ni sombra. Su marido, su madre, sus suegros, cuñados y amigos constituyeron un inflador anímico para acompañar las ganas de vivir que tenía su hijita.

La verdad es que soy una privilegiada. El apoyo de la familia es fundamental para mantener esa fortaleza porque te permite descargar en el momento que tenés que hacerlo, te ponen las pilas cuando ven que te estás cayendo y hacen que vos solamente te ocupes de lo que tenés que ocuparte.

Amneris también retribuye todas las cadenas de oraciones que se realizaron para salvar a Lucía, incluyendo las plegarias de personas a las que ni siquiera conocía. Incluso, el día que Lucía comenzó con la infección, su madre y su suegra, sin ser creyentes, visitaron a la Virgen de Lourdes y le hicieron una promesa, porque “era como concederles un milagro después de todo lo que vivíamos y veíamos ahí dentro”. Y como agradecimiento, tras su recuperación, colocaron su nombre en una mayólica de ese espacio religioso.

Después de luchar contra la infección que la tuvo a maltraer varios días, Lucía pudo salir adelante, aunque los antibióticos que recibió para salvarla le ocasionaron la pérdida de un riñón, lo que provocó cierta preocupación en sus padres que ya a esa altura estaban lejos de bajar los brazos, y con el apoyo de toda la familia trataron de pensar en el día después del alta.

Como Lucía era muy chiquita, la ropa que le compraban (aún las de prematuros) le quedaba tan grande que su abuela Ana le tejió batitas, chalequitos y escaarpines para que pudiera vestirse.

El día soñado: su segundo nacimiento

Lucía nació el 19 de junio de 2008 y recién el 3 de septiembre, 75 días después, pudo conocer su casa, el hogar que con tanto amor acondicionaron sus papás.

Recibimos a Lucía con mucha alegría y emoción pero también con algo de miedo porque se traía a casa una beba que pesaba 2,300 kilos y que había padecido y luchado mucho, expresa.

Amneris cuenta que Lucía siempre les dio a ella y a Ezequiel lecciones de vida, de lucha, de fortaleza y de voluntad. *Ella come sola desde que tiene un año y medio, va al baño sola, se limpia sola. Mi hija tiene una voluntad de hierro y eso le permitió salvarle la vida y salir adelante.*

Como mamá trata de tomar todos los recaudos necesarios, pero no se considera “sobreprotectora”, “enroscada” ni “paranoica”, y desea que sus hijas sean independientes. ¿Y cómo es Lucía? *Es súper independiente, es una nena despierta, habla absolutamente todo con mucha claridad. Le encanta dibujar y lo hace muy bien para la edad que tiene, es súper mimosa, agradecida, un encanto de nena, un privilegio tenerla como hija, responde.*

Mientras Amneris acaricia a su pequeña beba, Lucía trae de su pieza una bañera de color verde donde dice que van a bañar a Isabel y a su primita Valentina, la hermana de su inseparable y compinche primo Joaquín.

Después de haber tenido a sus dos hijas en partos prematuros, la mamá de Lucía e Isabel está convencida que ya no volverá a buscar otro hijo para no “tentar a la suerte”.

Al haber pasado lo de Lucía, el nacimiento de Isabel me agarró de una forma más consciente y tres años más grande. Por suerte, ella es una beba muy sana, aunque igual tuvo que estar en incubadora 30 días.

¿Cómo imaginás que será la relación entre tus hijas? *Me gustaría que sean muy compañeras, que respeten la individualidad de la otra,*

*que sean compinches, que se puedan cuidar entre ellas. Me las imagino peleando como todos los hermanos, durmiendo en la misma habitación y quedándose hasta las tres de la mañana charlando, concluye, en el mismo momento en que finaliza la proyección de la película *El Rey León*, la preferida de Lucía.*

CONCLUSIONES:

Lucía pudo salir adelante gracias a:

- Su fuerza de voluntad, que le permitió sobrepasar los momentos más difíciles al haber nacido prematura.
- El amor que le brindaron su mamá y su papá que no la dejaron ni un solo segundo sola.
- El apoyo que recibió Amneris de su familia y de sus amigos fue fundamental para mantenerse entera y pensar solamente en la recuperación de su bebita.



SANCKOU SANE

llegó como refugiado a la Argentina y logró traer a toda su familia

Cuando estaba en Senegal no me imaginaba que iba a sentir la alegría y la felicidad que tengo ahora.

A Sanckou Sane se lo nota feliz. Y no es para menos. Hace menos de un mes se reencontró con sus dos hijos mayores a los que logró traer de Senegal, país que se vio obligado a abandonar en 1998 como consecuencia de una guerra interna que puso en riesgo su vida y la de su familia.

Tras superar uno de los clásicos piquetes en el Puente Pueyrredón, este simpático senegalés de 43 años ingresa en una confitería ubicada en Caseros y Rioja, en pleno corazón de Parque de los Patricios, el barrio en el que vivió cuando llegó a la Argentina como refugiado.

Huir para salvar su vida

Desde niño, Sanckou vivió en el área de Casamanza, una región ubicada al suroeste de Senegal, entre Gambia y Guinea-Bissau. Y desde los años 80 comenzó a ser testigo de los enfrentamientos entre el gobierno de su país y el movimiento separatista que busca la independencia o autonomía de dicha región.

En todos esos años de conflicto, fue testigo de las bombas y los cohetes que cayeron en zonas muy cercanas a su casa, ubicada en un pueblo que aún no cuenta con servicios de electricidad y teléfono.

Cuando terminó la secundaria decidió que para proteger su vida, lo mejor era viajar a Egipto. Allí permaneció un par de años y se recibió de profesor de árabe. El regreso a su país natal le permitió conocer al amor de su vida, Marie, con quien se casó en 1993, y a los dos años nació su primer hijo, Demba.

Sin embargo, las condiciones de vida empeoraban día a día y como el gobierno perseguía a su hermano, a quien se acusaba de liderar la guerrilla, no le quedó otra opción que abandonar su país en busca de aires más tranquilos.

Sufrimos los ataques del gobierno y de las guerrillas de mi país. Entraban a las casas, robaban nuestras pertenencias y también violaban a las mujeres. Así no se podía seguir. Mi padre me aconsejó que lo mejor era que me escapara porque mi vida corría riesgo, cuenta.

Al primer lugar que huyó fue a Sudáfrica. Pero como en ese país no le permitieron la entrada, retornó en secreto a Casamanza, porque las fuerzas militares lo estaban persiguiendo. Al regresar se enteró de que su esposa estaba embarazada, una noticia que ni siquiera pudo disfrutar por las constantes amenazas que recibía. Si bien no le quedó otra opción que huir, cuenta que su intención fue, con el tiempo, poder traer a su mujer y a sus hijos a su nuevo hogar.

Sanckou caminó más de 200 kilómetros, descansando un poco a la noche para juntar fuerzas y seguir con su viaje. Cuando se encon-

traba a unos pocos kilómetros de Dakar, la capital de Senegal, se le acercaron varias personas que le recomendaron no recorrer a pie esa ciudad a altas horas de la noche porque era muy peligroso.

Como yo hablaba varios dialectos pude hacerme entender y ellos me dijeron que iban a buscar una solución. Enseguida me trajeron comida y me dijeron que me iban a sacar del país. Yo no estaba tranquilo y tenía miedo de que me metieran preso.

Por suerte, su pronóstico fue errado y en menos de una semana esos hombres le tomaron una fotografía, le consiguieron un pasaporte, le dieron un pasaje para emigrar y lo subieron a un avión sin controles previos de migraciones.

Bienvenido a la Argentina

Sanckou no supo a qué lugar estaba viajando hasta que leyó el cartel de bienvenido a la Argentina en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. *Había escuchado hablar de la Argentina pero no sabía que iba a venir para acá. Fue una alegría llegar a este país. Yo pensé que me iban a mandar a un lugar más cerca, como Marruecos o España. Pero lo bueno es que estaba muy, pero muy lejos de todo lo triste que había vivido en mi país.*

Como escapó con lo puesto, sin la posibilidad de contar con algo de ropa en una valija, cuenta que el primer día sintió mucho frío. Esa mañana de junio de 1998 le preguntó al taxista que lo trasladaba, en qué zona podía encontrar africanos y le respondió que en el barrio de San Telmo. Entonces, comenzó a buscar por la zona hasta que encontró a una persona de color, a quien le contó su historia. Luego de escucharlo atentamente, el hombre lo llevó al hotel donde vivía y, como no tenía plata, le recomendó que fuera a la Comisión Católica para pedir algo de dinero y ropa.

Los primeros días cuenta que durmió en la puerta del hotel, hasta que la entidad católica, ubicada en Córdoba y Laprida, le dio dinero para que pudiera alquilar una habitación y comprarse algo de comida.

Al poco tiempo se hizo de amigos y quedó fascinado con Puerto Madero, San Telmo y el Obelisco. En la Comisión Católica aprendió español y a los pocos meses entró a trabajar en una papelera en Parque de los Patricios, por recomendación de la esposa de un amigo también senegalés, donde se sigue desempeñando actualmente.

Con mi primer sueldo le envié dinero a mi mujer y me la pasaba pensando de qué forma podía traerla a ella y a mis hijos conmigo. Pero todavía no tenía lo suficiente para soñar con eso, dice.

Luego de trabajar durante tres años y juntar cada peso para poder pagar el pasaje, en 2001 logró traer a su esposa mientras que sus hijos se quedaron con sus abuelos en Casamanza, con la ilusión de poder reencontrarse lo antes posible con ellos también.

Mientras sus hijos mayores crecían al cuidado de sus abuelos, Sanckou y Marie tuvieron otros tres niños en la Argentina: Issa (9), Ali (6) y Marlene (3). *Los chicos van al colegio y hablan español mucho mejor que nosotros, se ríe. Tienen muchos amigos, están muy bien. Les encanta pasear por la Costanera Sur y la zona del aeropuerto. La verdad es que este país nos abrió las puertas y su gente es muy amable, continúa.*

Pese a haber vivido muchos años en Parque de los Patricios, este fanático del fútbol se hizo hincha de San Lorenzo y no de Huracán, su clásico rival. Y cada vez que puede concurre al estadio a ver al equipo de sus amores. Otra de sus pasiones es la carne argentina y cada tanto invita a sus amigos y los agasaja con un "rico asado".

El reencuentro con sus hijos

Hace un mes, Sanckou cumplió con lo que se había prometido desde el primer momento en que abandonó Senegal. Después de muchos años de espera, y gracias al trabajo de la ACNUR, la agencia para la ONU de los refugiados, Demba (16) y Adama (12) pudieron reencontrarse con sus padres y conocer a sus hermanitos argentinos.

La gente de la ACNUR me dio una alegría enorme porque me ayudo a traerlos. ¡Y pensar que a la nena solo la conocía a través de fotos! Había pasado una semana desde que habíamos vuelto todos a casa y no podía creer que tenía a toda la familia junta. Es una alegría enorme y estoy muy feliz.

Los siete integrantes de la familia Sane viven en una casa en Quilmes Oeste, y para mantener tantas bocas, muchas veces Sanckou solicita hacer horas extras en la empresa para juntar unos pesos más. *Tratamos de no salir a comer afuera porque se va mucho dinero. A veces se hace difícil llegar a fin de mes, pero estoy feliz de que estemos todos juntos. Cuando estaba en Senegal no me imaginaba que iba a sentir la alegría y la felicidad que siento ahora,* insiste.

Sanckou dice que extraña a sus amigos de Senegal, aunque se enteró que algunos murieron y que otros lograron escapar, al igual que él, a otros países en calidad de refugiados. Cuenta que a veces se puede comunicar por teléfono con su familia cuando los llama a un celular, ya que la electricidad en Casamanza, todavía brilla por su ausencia.

Por último, se permite soñar con algo para el futuro: *Quiero tener una confitería donde la gente pueda comprar y sentarse a tomar un café. Estoy juntando plata para poder llegar a hacer realidad este sueño y la idea es que en el futuro mis hijos puedan trabajar conmigo.*

CONCLUSIONES:

Sanckou pudo salir adelante gracias a:

- Sus ganas de poder reencontrarse con toda su familia en Argentina.
- El empeño que le dedicó a su trabajo para juntar dinero y poder hacer realidad su sueño.
- Su carisma, que le permitió conocer a mucha gente que en determinados momentos le tendió una mano.



MARÍA MASSA

padeció anorexia y cuando se recuperó
cumplió con su sueño de ser bailarina

Estaba desesperada y decepcionada de la vida.

Tras haber dejado a su pequeño hijo Mateo en el jardín de infantes, María Massa llega bien temprano a la entrevista en un coqueto bar de la zona de Plaza Serrano en Palermo. Antes de pedir su segundo cortado, recalca lo importante que es para ella poder contar su pasado para ayudar a muchas chicas que hoy en día padecen anorexia, enfermedad que sobrellevó desde el comienzo de su adolescencia.

Nunca pensé que después de tantas cosas feas, vinieran cosas tan lindas, reconoce a sus 38 años.

María tenía 13 años y una vida muy distinta a la de cualquier chica de su edad. Mientras estudiaba en el colegio secundario, parale-

lamente cursaba el cuarto año de la carrera de Danza Clásica en el teatro Colón.

Ser bailarina era su vocación. Por aquel entonces corría de un lado para otro. De su casa al colegio, del colegio al Colón, del Colón a las clases particulares. En medio de su desarrollo hormonal, vivía muy autoexigida para poder superar ese famoso cuarto año eliminatorio y llegar a cumplir con su mayor anhelo. Sin embargo, esa presión que ella misma se generaba le jugó en contra y comenzó a hacer desarreglos con las comidas.

Mi sensación era que no quería vivir, era algo horrible. El cuerpo era lo fundamental y yo estaba desesperada por llegar al mejor peso. Trataba de hacer dietas lo más serias posibles, pero cuando comía algo que me gustaba, me provocaba vómitos y eso me daba mucha culpa, era un secreto horrible.

María reconoce que por aquel entonces todas sus metas eran excesivas. Cuenta que nadaba 10 largos en las clases de pileta, pero que se exigía 40 o 50. Y cuando llegaba a esa meta, tampoco le alcanzaba. Si bien hacía terapia una vez a la semana, no podía controlar toda esa presión y ansiedad que tenía.

No comía ni milanesas ni papas fritas como las chicas de esa edad. Era un gusto que no me permitía ni siquiera los fines de semana. No comía cosas dulces. Yo no era consciente de lo que me pasaba, pero estaba desesperada, sentía que no tenía salida, estaba decepcionada de la vida, no era feliz, me sentía gorda, fea y no exitosa.

A María lo que más le dolía en aquellos días de tristeza y desesperanza era tener que ocultar los vómitos delante de su familia. Cuenta que una vez la mamá la pescó in fraganti y ella tuvo que decirle que estaba descompuesta.

Tenía que disimular, lavar los baños. Una vez en casa, la señora que cuidaba a mis hermanos había hecho manzanas asadas y cuando me enteré que les había puesto azúcar en vez de edulcorante, las vomité. Ya

era el extremo. Me sentía la peor persona por haber comido, por haber vomitado y por haberlo ocultado y no salir de eso, confiesa.

Mucho más que un preceptor

Mientras vivía toda esa pesadilla, a los 15 años conoció a Alejandro — su marido y padre de su hijo— que por aquel entonces era preceptor en su colegio. Al principio fueron amigos, luego fue su confidente y más tarde iniciaron una relación que comenzó complicada porque él le llevaba diez años. Además, había estado en pareja con una profesora de la misma escuela.

Ella estaba enamorada, aunque en esos días negros solo pensaba en que esa relación era imposible por su enfermedad: *Yo no quería perderlo. Alejandro era la luz que estaba en toda mi sombra. Era buen mozo. Y era mi único lugar de tranquilidad. Él sabía todo lo que me pasaba, sabía cómo preguntarme y por sobre todas las cosas, me escuchaba y me comprendía.*

Sus padres, junto con la ayuda de Alejandro y la profesora de geografía María Eugenia —otra de las confidentes que sabían lo que le estaba pasando—, fueron los que propiciaron el acercamiento a ALUBA para que María iniciara un tratamiento y lograra su recuperación. Luego de tener una entrevista con la doctora Mabel Bello, fundadora de la entidad en 1985, comenzó a atenderse.

Por aquellos años ALUBA funcionaba dentro del Hospital Udaondo y María recuerda sus sensaciones ante esos primeros contactos. *Era un lugar medio tristón, un pasillo largo, había salones chiquitos, como pequeñas salas de internación con sillitas.* También recuerda que le dieron la posibilidad de terminar ese año el colegio y el Colón para internarse al año siguiente, pero ella prefirió comenzar el tratamiento cuanto antes.

Así fue como empezó el proceso que, en esa época, funcionaba como “hospital de día”, de lunes a domingo de 8 a 17. Entre otras

cosas, aprendió lo trascendente que era hacer seis comidas diarias, pero principalmente que ella no era la única que pasaba por esa situación.

Me acuerdo que el salón naranja era como si estuviéramos en el jardín, con los cubiertos, vasos, era como que te enseñaban a empezar a vivir otra vez. Cuando vi que había gente que le pasaba lo mismo que a mí, me sentí muy identificada. Nos ayudábamos entre todos. Eso me quedó para toda la vida.

Mientras estaba en ALUBA, María rindió el cuarto año en el colegio y al poco tiempo ingresó al Teatro Argentina de La Plata, donde continua bailando hasta el día de hoy. Siguió su relación con Alejandro y antes de cumplir los 20 años se casaron. Al poco tiempo recibió el alta.

Todo lo que era un tabú dejó de serlo con el tiempo. Estaba anímicamente mejor. Empecé a mejorar la relación en mi casa, compartíamos actividades con mis hermanos menores y mis padres siempre me acompañaron en todo este proceso.

También pudo darse el lujo de bailar unas temporadas junto a Iñaki Urlezaga, cuando este gran bailarín recién comenzaba a dar sus primeros pasos. *Fue una experiencia hermosa y de mucha exigencia. Llegué a lo máximo al bailar a su lado, con mucho esfuerzo. Mi marido me bancó mucho cuando me iba de gira por el interior y viajábamos toda la noche en micro.*

La llegada de Mateo

Como no podían tener hijos, junto a su marido comenzaron los trámites de adopción. Sin embargo, al poco tiempo intentaron un tratamiento de fertilización asistida y pudo quedar embarazada de Mateo, que hoy tiene tres años y medio. *El hecho de haberme visto embarazada, con algunos kilos demás, fue muy bueno para mí: yo no consi-*

dero que esté curada, me siento recuperada. Una y la familia tienen que estar siempre atentas. No tengo miedo de volver a ser anoréxica pero lo tengo presente. Siento que la comida es un tema y quiero que mi hijo coma bien. Lo peor que me puede pasar es que a él le pase algo con ese tema, porque lo viviría como un fracaso.

Tras el nacimiento de su hijo, escribió —junto a Elvira Ibarbuen— *Salir al toro*, un libro que relaciona su vida, sus experiencias con la anorexia, la carrera, y la búsqueda y llegada de su hijo.

Actualmente trabaja de martes a sábado en el Teatro Argentino de La Plata y todo el tiempo libre se lo dedica a su hijo, a quien lleva todas las mañanas al jardín.

Sueño con poder tener otro hijo y estar casada para toda la vida. Quiero jubilarme feliz y después dar clase de balet para niños, pero mi prioridad es mi familia y disfrutar más del día a día sin exigirme tanto.

CONCLUSIONES:

María pudo salir adelante gracias a:

- Su lucha día a día por recuperarse de la enfermedad, para cumplir con su anhelo de ser bailarina.
- El amor de sus padres, de sus hermanos y de Alejandro que la contuvieron y le dieron fuerzas en los momentos más duros.
- El tratamiento que recibió en ALUBA y la posibilidad de compartir su historia entre pares.



JUAN FLEITA

ex jugador de fútbol que padeció Mal de Hodgkin
y logró volver a las canchas

*Todos tenemos una fuerza que está dormida
y la sacamos en situaciones límites.*

Muchos fanáticos del fútbol lo recuerdan por aquel espectacular gol de chilena que le hizo a Vélez jugando para Racing, en los comienzos de su carrera allá por los años 90. Precisamente, lo primero que salta a la vista en su casa de Valentín Alsina es la foto en la que se encuentra colgado en el alambrado de cara a su gente. También se observa una imagen junto al ex boxeador Marcelo Domínguez y varios retratos junto a su mujer y a sus hijos.

Sin embargo, el partido más difícil en la carrera de Juan “el lagarto” Fleita fue cuando le detectaron Mal de Hodgkin, un tumor del sistema linfático que lo obligó a abandonar las canchas por más de un año.

Corría el verano del 2003 y Juan se encontraba de pretemporada en Mar del Plata con el plantel de Huracán, equipo al que había llegado el año anterior. Una mañana comenzó a notar que tenía una elevación palpable en la zona del esternón, a la que no le dio demasiada importancia. Sin embargo, a los pocos días comenzó a tener fiebre y mucha debilidad, algo que no le había ocurrido antes.

Con esos síntomas decidió consultar al médico del equipo, el doctor Edgardo Locasso, que luego de revisarle el cuello le indicó que al llegar a Buenos Aires iba a tener que realizarse una biopsia en forma “urgente”.

La peor noticia

Tras el regreso de la pretemporada, el jugador —que en ese momento tenía 30 años— se hizo el estudio correspondiente y la noticia no pudo ser peor. *Estábamos en el bar de la sede del club y Locasso no se animaba a decirme lo que tenía, hasta que me dijo que era cáncer. Fue un cachetazo al alma, una noticia durísima, recuerda. “Vas a tener que olvidarte por un tiempo del fútbol”, dice que le dijo el médico.*

Lo primero que se le vino a la mente era que le quedaban pocos meses de vida. Tras unos minutos con la mente en blanco, reaccionó y le dijo al profesional que iba a luchar contra la enfermedad y que volvería a estar en una cancha de fútbol.

Juan recuerda que tras conocer la noticia, “lo peor” fue tener que transmitírselas a sus padres, a quienes había citado en su casa para no asustarlos por teléfono. *Fue un momento muy duro. Igualmente ellos fueron un sostén enorme para mi recuperación.*

Al día siguiente, reunió a sus compañeros y les comunicó la noticia a un plantel que ya venía golpeado, porque dos meses antes el arquero Sergio Schulmeister, de 25 años, se había quitado la vida como consecuencia de una depresión a la que no le encontraba

salida. Con estos dos golpes y con un plantel muy flojo, el equipo terminó descendiendo en junio de ese año.

Sin embargo, el jugador, nacido en Las Toscas, Santa Fe, nunca bajó los brazos y el apoyo de sus familiares y su profunda creencia en Dios fueron fundamentales para comenzar el tratamiento.

En ese momento conocí a Cecilia, que me ayudó muchísimo, dice en relación a quien hoy es su esposa y madre de dos de sus tres hijos. Recibí el apoyo de todo el ambiente del fútbol, de todos los equipos, de gente de la farándula, de Julio Grondona (presidente de AFA) y hasta del presidente Kirchner.

A luchar por volver

Para vencer el cáncer tuvo que someterse a doce sesiones de quimioterapia (en forma ambulatoria) cada quince días en el Instituto de Oncología Ángel Roffo.

Ir a la quimio era como un campeonato por la vida, un torneo de doce fechas. Cada cesión era un partido y yo tenía que dar lo máximo para salir campeón. Me preparé, hice la mejor pretemporada psicológica y sumado a los afectos y a la creencia en Dios, todo eso me ayudó para tener la predisposición y enfrentar las consecuencias de cada tratamiento.

Juan tenía tanta fe en su recuperación que unos días después de someterse a la quimioterapia —con la autorización de los médicos— asistía a los entrenamientos de su club, corría algunas vueltas a la cancha y se llevaba el afecto de todos sus compañeros y del cuerpo técnico. *Ellos se sorprendían, pero yo me sentía con fuerzas porque estaba batallando contra la muerte.*

En su lucha por superar la enfermedad y volver a las canchas tuvo una recaída, luego de la tercera sesión de quimioterapia. *Me acuerdo que llegué a mi casa donde vivía solo y me fui a acostar porque realmente me sentía muy mal. Estaba muy débil, tuve muchos vómitos y*

la verdad pensé que me iba. Ahí pensé que si salía de esa, me iba a curar, confiesa a la distancia.

Después de ese episodio que no se volvió a repetir, Juan completó sus doce sesiones de quimioterapia y debió someterse a otras cuatro de radioterapia para no dejar espacio al tumor a que volviera a aparecer.

Cuando el doctor De María (del Instituto Roffo) me dijo que lo fuera a ver recién en tres meses, sentí que había ganado el campeonato de las doce fechas. Cada vez que me hacía quimio era como el túnel previo para entrar a la cancha y la jugada dependía de mi predisposición y de mis seres queridos que estaban alentando en la tribuna que era la sala de espera, insiste Juan con una sonrisa.

Si bien quedaban los cinco años de remisión (que culminaron con éxito en 2008) él estaba seguro de que ya había ganado su batalla al cáncer y que estaba cerca de volver a jugar al fútbol. *La recuperación partió del convencimiento que tuve cuando me enteré que padecía esta enfermedad. La fortaleza mental es fundamental y aprendí que todos los seres humanos tenemos una fuerza que está dormida y la sacamos en situaciones límites.*

La vuelta a un paso

El 3 de abril del 2004 es un día que Juan jamás olvidará. Huracán se encontraba deambulando por el Nacional B, y esa tarde Fernando Quiroz, técnico del equipo con quien había compartido plantel en Racing, lo convocó para integrar el banco de suplentes.

Para mí era especial volver, era la posibilidad de reafirmar eso que le dije a Locasso de que iba a volver a jugar. Estaba caminando para entrar con el equipo y cuando observé la luz natural reflejada en el túnel sentía que iba derecho a encontrarme con Dios.

Esa tarde el estadio de Huracán estaba repleto solo para volver a verlo jugar, luego de más de un año fuera de las canchas. La gente

coreó su nombre cuando el equipo ingresó al campo de juego, él levantó los brazos agradecido, posando con una remera donde se leía "Gracias a todos", mientras sus compañeros mostraban una larga bandera con la leyenda "Bienvenido Juancho: compañeros y cuerpo técnico".

El partido lo ganaba San Martín de San Juan 1 a 0 y a los 28 minutos del segundo tiempo, Quiroz lo llama para que ingresara: *Cuando me dijo "vení" era como que iba a volver a debutar, recuerda emocionado. La gente me coreó, fue una sensación hermosa, de agradecimiento total. Gané el campeonato de la vida y me quería abrazar con todos. Mi mejor gol fue haber vuelto a jugar al fútbol.*

Después de ese partido, que finalizó 1 a 1, Juan continuó desparamando sus goles por Paraguay, Guatemala, Chile y Bolivia. En el año 2009 comenzó a trabajar en los juveniles de Huracán hasta que Miguel Ángel Brindisi lo convocó para ser su ayudante de campo en el primer equipo por septiembre de 2010, en una excursión que apenas duró dieciséis partidos. Si bien le ofrecieron dirigir la reserva del equipo de Parque Patricios, por una cuestión de "códigos" prefirió alejarse de la institución junto a su "amigo" Brindisi.

Mientras sueña con dirigir en primera división, Juan cursa el segundo año de inglés y pasa la mayor parte de su tiempo junto a su esposa Cecilia y a sus hijos Iván (11) Delfina (7) y Juanita (4).

Mi mujer es extraordinaria, una gran madre, una gran esposa. Las cosas no pasan por casualidad, sino por causalidad. En mi peor momento de la vida, Dios me mandó una mujer como Ceci y la hermosa familia que tiene detrás, dice en referencia al amor de su vida. Como padre soy compañero, a veces soy un nene, más cuando estoy con ellos. Esas son las cosas que me ayudan a disfrutar de la vida. Cuando sean más grandes les voy a explicar todo lo que me sucedió para que valoren todas las cosas de la vida.

CONCLUSIONES:

Juan pudo salir adelante gracias a:

- Su profunda creencia en Dios, que le permitió enfrentar confiado su tratamiento.
- El apoyo incondicional de sus padres, su esposa, sus hijos y sus amigos de la vida y del fútbol.
- Su lucha por volver a jugar desde el momento en que se enteró que padecía la enfermedad.



LUCILA LEVÍN

quedó viuda a los 26 años y ahora
está nuevamente en pareja

Ahora puedo decir que soy nuevamente feliz.

Con una tierna y cálida sonrisa, Lucila Levín (28) abre las puertas de su casa en el barrio de Caballito. Dentro del amplio living se destacan los sillones de color marrón, un reloj de pared, una mesa con un espejo horizontal y un enorme piano. Su pequeña Abril de cuatro años hace travesuras y corre detrás de la perrita Lola. Más tarde, regresa y posa junto a su mamá, y sus ojitos celestes se roban toda la atención de la cámara.

Una noche de agosto de 2002, Lucila salió a bailar con una amiga y dos chicos conocidos de ella. Ya en el boliche, sintió que había quedado “flasheada” por uno de ellos. Mientras tomaban algo, em-

pezaron a conocerse y a enamorarse. Al poco tiempo ya estaban de novios.

Desde ese momento comenzaron con Javier una linda historia de amor: hicieron viajes, se fueron a vivir juntos y fruto de ese romance, en enero de 2007, nació Abril, una hermosa nena que sumó más ternura a sus vidas.

Mientras Abril pronunciaba sus primeras palabras, sus padres planeaban irse a radicar a Saladillo (provincia de Buenos Aires) con la idea de vivir más relajados en el campo, alejados de la gran ciudad.

Sin embargo, todos esos sueños comenzaron a truncarse la noche en que Lucila y Javier celebraban sus seis años de novios. En ese momento, él notó que le habían aparecido algunos hematomas en el cuerpo y sospechó que eran producto de algunos roces jugando al fútbol. Esa noche habían ido al teatro pero cuando comprobaron que los hematomas empezaban a aparecer también en los brazos, inmediatamente se trasladaron a un hospital.

Los estudios que le realizaron arrojaron que tenía muy bajos los glóbulos blancos y casi no tenía glóbulos rojos ni plaquetas, por lo que debió ser internado de urgencia. Al día siguiente le efectuaron una punción en la médula y le detectaron aplasia medular.

Como nos dijeron que en Turín (Italia) eran especialistas en esa enfermedad, hablamos con los médicos sobre la posibilidad de viajar y Javier pudo hacerse la ciudadanía, salieron los papeles y en enero del 2009, él viajó con su papá para tratarse allí, recuerda Lucila, que al mes siguiente irse ella también con su hija, para seguir de cerca la evolución de su pareja.

Como parte de la familia de Javier vivía en Turín, le alquilaron a ella un departamento enfrente del hospital para que pudiera estar la mayor cantidad de tiempo con el papá de su hija. Rápidamente aprendió el idioma para estar más a tono con lo que le explicaban los médicos. Mientras tanto también debía ocuparse de Abril, a quien

llevaba a la plaza o a pasear. A los pocos meses de la internación viajaron sus padres que le dieron una enorme ayuda.

En julio de 2009 a Javier le realizaron el primer trasplante de médula. Los valores tardaron en subir y para colmo de males, al tener las defensas tan bajas, tuvo una infección en el pulmón. En ese momento, uno de los médicos le dijo a Lucila que Javier no pasaría la noche. Sin embargo, resistió y hasta llegó a un segundo trasplante, pero no tuvo suficiente saturación de oxígeno, por lo que debieron inducirlo a un coma farmacológico, y falleció el 7 de octubre.

Lucila recuerda que los días posteriores a la muerte de Javier fueron de mucha angustia, porque además debía darle la triste noticia a Abril. *Le expliqué como pude. Como ella había visto muchas veces El Rey León le conté que su papá estaba muy enfermo, que los angelitos se lo habían llevado al cielo y que nos iba a cuidar desde ahí. Hasta el día de hoy ella dice que Javier está en una estrellita y lo tiene ubicado en ese lugar.*

A los 26 años quedé viuda y eso te deja patas para arriba. En un segundo te tira a la basura todos los proyectos. Por más que yo tenía a mi familia, sentía una soledad muy grande. Si bien es cierto que estuve muy acompañada, desde lo interno sentía una soledad devastadora.

Volver a empezar

Mientras permaneció en Italia, en el tiempo libre, Lucila aprovechó para avanzar con su tesis que terminó una vez de regreso en Buenos Aires. *Durante todo el tiempo que estuvimos afuera la facultad fue mi cable a tierra. Terminar la carrera me ayudó a poner objetivos chiquitos y avanzar en mi profesión.*

Una vez que regresó a Buenos Aires, cumplió el sueño de recibirse y comenzó a buscar un empleo de pocas horas para poder dedicarle el resto del día a Abril. Fue así como en diciembre de 2009 consiguió un trabajo de estimulación psicomotriz con dos gemelas

con quienes pasaba unas horas todas las mañanas, mientras su hija estaba en el jardín.

A los pocos meses, le propusieron realizar una integración con Elena, una nena autista que recientemente había sufrido la muerte de su mamá. Así fue como conoció a Santiago, el papá de la nena.

Me dijo que teníamos una historia muy parecida y que podía contar con él para charlar en cualquier momento. Fue súper respetuoso, empezamos a compartir charlas, cosas que cada uno había escrito sobre el duelo, y me sentí contenida, cuenta Lucila sobre los primeros momentos que pasó con Santiago.

Ella, con una mirada cómplice, relata una anécdota que probablemente haya significado un clic en la relación entre ambos: una mañana ellos salían del jardín con Elena y un señor les empezó a recitar una canción de Luciano Pereyra sobre el amor, e inmediatamente les preguntó si eran marido y mujer, algo que ellos no supieron cómo responder. Al menos en ese momento.

Como la obra social que cubría la adaptación de la nena dejó de hacerse cargo de sus honorarios, Lucila dejó de lado su vínculo profesional con Elena, excusa perfecta para comenzar a afianzar mucho más la relación con su papá. Sin embargo, confiesa que al principio tuvo miedo y culpa por empezar una nueva historia de amor. Pensó una y otra vez si estaba bien lo que iba a hacer. Y se decidió a apostar nuevamente por el amor.

La verdad es que fue bastante increíble. Yo no me imaginaba ni de casualidad que iba a encontrar a una persona que entiende perfectamente lo que me pasó y lo compartimos desde el mismo lugar. Encontré un espejo en el cual me puedo reflejar, llorar, extrañar sin que haya celos ni cuestionamientos. Haber encontrado a Santiago fue una bendición.

Lucila fue llevando la relación de a poco y cuando el vínculo comenzó a crecer decidió que era hora de que Abril y Santiago se conocieran. Así comenzaron a salir los cuatro cada tanto. Algunas veces

fueron a cenar, otras al cine y a dar algún que otro paseo al aire libre. Todo en forma progresiva, hasta que se dieron cuenta de que la mejor elección era la convivencia.

Con Abril se lleva bárbaro. La relación se la fueron armando ellos, yo no me metí. Abril lo adora, él es una persona que no grita, que no levanta el tono de voz. Ella dice que es su papá prestado. Para el día del padre hizo dos tarjetas: una se la dio a Santi y la otra la puso al lado de la foto de su papá. Esas son cosas que salen de ella, cuenta emocionada su mamá.

En el plano laboral, Lucila se encuentra trabajando con una paciente mientras que perfila su formación por el lado de la estimulación de los bebés que nacen prematuros.

Sin embargo, no oculta las ganas de casarse en un futuro y de tener un hijo con Santiago, aunque por el momento pretenden disfrutar solo de sus niñas.

Ahora puedo decir que soy nuevamente feliz, sino no podría estar formando otra vez una familia. La pérdida de un ser querido es muy dura, pero la vida sigue y uno tiene que seguir viviendo de la mejor manera posible, disfrutando y proyectando. Pude volver a apostar a esta nueva relación porque estoy convencida de la persona que tengo al lado.

CONCLUSIONES:

Lucila pudo salir adelante gracias a:

- La responsabilidad y el empuje que tuvo al criar sola a su hija de dos años y medio.
- El convencimiento de terminar su carrera en la universidad y ocupar su tiempo en algo productivo.
- Nunca bajar los brazos y volver a apostar por el amor.

Créditos fotográficos

Isabel Yaconis	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
David Galante	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Brenda Leitefuter	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Claudia Albornoz	<i>Claudia Albornoz</i>
Roberto Piccardi	<i>Alejandro Gorenstein</i>
Florencia Montoto Smayenka	<i>Karen Burstein</i>
Carlos Lirio	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Gabriela Contartese Tulián	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Ariel Perretta	<i>Alejandro Gorenstein</i>
Alejandra Portatadino	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Rogelio Ribas	<i>Karen Burstein</i>
Silvana Gotuzzo	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Florencia Dietz	<i>Gentileza Editorial Perfil</i>
Bernabé Galera	<i>Karen Burstein</i>
Irma Rojas	<i>Abuelas De Plaza De Mayo/ Florencia Garber</i>
Julio Q	<i>Karen Burstein</i>

Elma Díaz

Omar Castro

Amneris Díaz

Sanckou Sane

María Massa

Juan Fleita

Lucila Levín

Karen Burstein

Karen Burstein

Gentileza Editorial Perfil

Karen Burstein

Gentileza Editorial Perfil

Gentileza Editorial Perfil

Karen Burstein

Índice

Agradezco	7
Prólogo	9
Introducción: el poder de la Resiliencia.	13
Isabel Yaconis	17
David Galante	23
Brenda Leitefuter	29
Claudia Albornoz.	35
Roberto Piccardi	40
María	46
Florencia Montoto Smayenka	51
Carlos Lirio	57
Gabriela Contartese Tulián	63
Ariel Perretta	69
Alejandra Portatadino	75
Rogelio Ribas.	80
Silvana Gotuzzo	85
Florencia Dietz	91

Bernabé Galera	96
Irma Rojas	102
Julio Q.	107
Elma Díaz	113
Olga.	118
Omar Castro.	123
Amneris Díaz	128
Sanckou Sane.	134
María Massa.	139
Juan Fleita	144
Lucila Levín	150
Créditos fotográficos	155

Impreso en Primera Clase Impresores

California 1231, Buenos Aires.

Junio de 2012

Tirada: 2000 ejemplares

